

CONVERSANDO EN VOZ ALTA es la transcripción de seis días de entrevistas en profundidad con el dirigente de la Convergencia Socialista y Secretario General del MAPU O.C., Jaime Gazmuri, realizadas en Santiago. Tres personas de distintas fuentes intelectuales y profesionales —bajo los seudónimos de Pedro, Juan y Diego— lo interrogan bajo fuego cruzado, siendo casi siempre abogados del diablo respecto a los principales temas de discusión en el seno del ideario socialista universal y nacional. Desfilaron así más o menos en orden, y sin ninguna pretensión de oráculo: un ejército de fantasmas de moda: la dictadura del proletariado, la Unidad Popular, los socialismos reales, el derrocamiento de la dictadura militar chilena, la renovación y convergencia socialistas, el papel de los partidos comunistas y el virtual futuro de Chile. Los conceptos con sus prejuicios y lastres debieron marchar campantes sobre la mesa. En fila, uno a uno se fueron desnudando y se les obligó a ducharse y caminar de frente, espalda y perfil

SEIS DIAS EN CHILE
CON JAIME GAZMURI

CONVERSANDO EN VOZ ALTA

CONVERSANDO EN VOZ ALTA

SEIS DIAS EN CHILE
CON JAIME GAZMURI



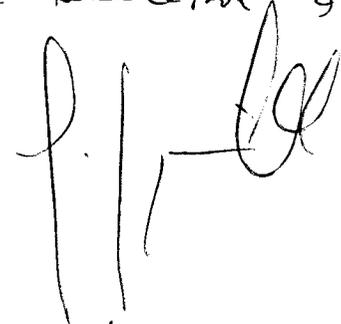
ec

editores contemporáneos

CONVERSANDO EN VOZ ALTA

**SEIS DIAS EN CHILE
CON JAIME GAZMURI**

PARA DON RAÚL,
en recuerdo de los
formados comunes,
como testimonio de adhesión
y por su integridad
y de nuestra amistad.



Buenos Aires, Mayo, 1986

editores contemporáneos

El cerco que separa lo clandestino de lo público ha sido siempre —y así lo anota la Historia— una frágil frontera.

Frontera vertiginosa quizás: límite que angustia y asola por su incertidumbre y filo... pero condenado en definitiva a ser transgredido por la fuerza compensadora de las ideas, grupos e individuos que están bajo su manto... impulsando desde lo privado a lo público: principios y creencias (que actualmente sólo están en órbita a través del paradigma de lo secreto), para que abandonen gradualmente su calidad de pensamiento minado y marginal.

Este libro pretende hacer que un conjunto de ideas y reflexiones en torno al socialismo, ampliamente conocido y difundido en el exterior, salte la línea del sigilo y pase a formar parte de la discusión pública y así “estas ciertas ideas” que no pueden ser expuestas, por razones de obvia fuerza mayor, pasen directamente del subterráneo al living de Chile.

Hasta hoy las ideas socialistas han sido puestas, por el régimen de Pinochet, en el limbo de lo impronunciable, en la pornografía de lo irrepetible —con obcecación y majadería— pretendiendo que las nuevas generaciones las tengan por indescifrables e inoportunas. Recuerdo haber estado alguna vez con Isidoro en el Madrid franquista (el entonces clandestino secretario general del Partido Socialista Obrero Español, Felipe González, hoy Presidente del Gobierno de la España democrática) y haberlo escuchado decir que cuarenta años de exilio, cuarenta años de asesinatos impunes, cuarenta años de justicia venal y cuarenta años de clandestinidad no habían logrado apagar la llama socialista, porque el socialismo era parte funda-

Copyright © : Editores contemporáneos
Inscripción: pendiente
Lugar y fecha de impresión: Chile, 1983.
Primera edición
Tiraje: 3.000 ejemplares
Impreso en Chile

cional del patrimonio ideológico del pueblo español. Ningún dictador, por más cruel y represivo que hubiere sido, había logrado desquiciarlo ni menos desvanecerlo. La mejor prueba era la generación de relevo que tomaba la bandera del PSOE con una nueva interpretación crítica de la realidad española surgida del franquismo.

En Chile, una nueva generación también toma las riendas del futuro. No sólo en el campo del relevo ideológico, también en las ciencias y las artes, y en el plano económico y cultural.

Es la generación de la mirada, desposeída de la palabra. Un batallón de miradas que en las calles se reconocen a sí mismas por el brillo de los ojos. Miradas que quieren y necesitan recapitular su historia y su memoria, mirarse en el espejo una y otra vez para autodesmitificarse y ponerse en su lugar, sin prejuicios ni complejos históricos que obstaculicen la reconquista de la palabra con sentido. En esta recapitulación y reflexión frente a la Historia y la Memoria quiere situarse también este libro.

Chile se derrumba ante el fracaso evidente del capitalismo extremo: los planteamientos socialistas pronto tendrán más vigencia que nunca en este país. Es la hora de la discusión y del debate público.

Conversando en voz alta es la transcripción de seis días de entrevistas en profundidad con el dirigente de la Convergencia Socialista y Secretario General del MAPU O.C., Jaime Gazmuri, realizadas en Santiago. Tres personas de distintas fuentes intelectuales y profesionales —bajo los seudónimos de Pedro, Juan y Diego— lo interrogamos bajo fuego cruzado, siendo casi siempre abogados del diablo respecto a los principales temas de discusión en el seno del ideario socialista universal y nacional. Desfilaron así más o menos en orden, y sin ninguna pretensión de oráculo: un ejército de fantasmas de moda: la dictadura del proletariado, la Unidad Popular, los socialismos reales, el derrocamiento de la dictadura militar chilena, la renovación y convergencia socialistas, el papel de los parti-

dos comunistas y el virtual futuro de Chile. Los conceptos con sus prejuicios y lastres debieron marchar campantes sobre la mesa. En fila, uno a uno se fueron desnudando y se les obligó a ducharse y caminar de frente, espalda y perfil.

De “las conversaciones” surgieron seis capítulos. Los temas, por razones de formato y género, no pudieron ser agotados en sus más sutiles detalles, pero creemos haber cumplido con entregar los elementos de juicio generales para que cualquier chileno de hoy tenga materia prima suficiente para la discusión y el diálogo políticos con fuentes originales.

Esperamos acortar así el trecho que separa hoy lo clandestino de lo que vendrá.

Juan
Marzo de 1983

primer día

**Sobre la Unidad Popular y el
período 1970 - 1973**

Diego:

¿Tú crees que efectivamente se intentó durante el período de la Unidad Popular una vía chilena al socialismo?

Esencialmente sí. Al menos si nos atenemos a lo que fue, tanto el programa como principalmente la práctica de la UP en ese período, los que a su vez se explican en función de la historia del movimiento popular desde los años 30 en adelante. El elemento principal de originalidad de esa "vía chilena" respecto de la experiencia socialista revolucionaria contemporánea era el intento de realizar una transformación socialista utilizando los procedimientos y las instituciones políticas de un Estado democrático de base capitalista como el nuestro.

La experiencia fue derrotada por múltiples razones. Una de las importantes fue —a mi juicio— que esa práctica política original no logró nunca sustentarse en una teoría y una cultura política que extrajera todas las consecuencias que estaban implícitas en una estrategia que —de hecho— apuntaba a la construcción del socialismo por la vía de la profundización de la democracia. La teoría y el discurso dominante de la Unidad Popular fueron incapaces de articular coherentemente la lucha por la democracia y por el socialismo. La primera era concebida como un escenario más favorable que otros para la lucha de la clase obrera y sus aliados en la consecución de su objetivo histórico socialista. La larga persistencia de un marxismo dogmático —propio de la época del stalinismo y de la Tercera Internacional— y su franca hegemonía en todas las fuerzas de izquierda a partir de la década de los 60, impidió que el pensamiento y la cultura de la Izquierda estuvieran a la altura de las tareas históricas que su propio desarrollo, hijo de una rica práctica de lucha social y política de varias décadas, le impuso con el triunfo electoral de 1970.

Así fue como las peculiaridades del proceso que la UP encabezaba eran percibidos muy insuficientemen-

te por sus propios protagonistas. Para el Partido Comunista consistían básicamente en la posibilidad del “tránsito pacífico” al socialismo, aspecto finalmente secundario respecto de los desafíos mayores que teníamos planteados, y básicamente el de constituir un bloque mayoritario de fuerzas sociales e ideales por la democracia y el socialismo, que diera sustento suficiente a la empresa de transformación socialista del país. La reflexión política del Partido Socialista de los fines de los 40 y comienzo de los 50 en torno a una concepción autónoma de la revolución chilena —la temprana crítica al stalinismo, la consigna de república democrática de trabajadores como horizonte socialista, etc.— no tuvo fuerza suficiente para imponerse en el partido y la izquierda. El PS, por el contrario, sufrió un proceso de dogmatización teórica y radicalismo político de los 65 para adelante, que lo encerró en la estéril discusión de las vías, típica de esos años, y le impidió recoger los elementos peculiares del proceso. Las nuevas fuerzas incorporadas a la Izquierda —el MAPU el 69, la Izquierda Cristiana el 71— sin perjuicio de sus aportes propios, tampoco pudieron dar cuenta en el plano teórico de los problemas que la experiencia y las circunstancias de nuestro país planteaban para un proyecto socialista.

En esta materia, las intuiciones más desarrolladas corresponden al Presidente Allende, en la medida que él formuló la tesis de la vía chilena al socialismo, caracterizándola como una revolución que no iba a pasar por las formas estatales de la dictadura del proletariado, tal como lo había entendido y practicado hasta entonces el movimiento socialista revolucionario internacional. Esa formulación en Allende es explícita.

De otra parte, lo original de Allende —respecto de toda la tradición social-demócrata contemporánea— es que esta afirmación se acompañaba con un programa de transformaciones económico-sociales que apuntaba efectivamente a sustituir radicalmente al capitalismo, y no sólo a reformarlo. Hay que recordar, sin

embargo, que estos planteamientos del Presidente Allende despertaban en nosotros —la mayoría de los militantes y dirigentes de la UP— una fuerte sospecha de reformismo. No constituían el pensamiento dominante, a pesar del indiscutido liderazgo político que Allende conquistó en la Izquierda en el período 70-73.

Juan:

¿Crees que los votantes de la UP llegan a tener una visión de mundo socialista? ¿Es esa su motivación al votar por la Unidad Popular o más bien un tipo de reivindicacionismo capitalista, donde más que una sociedad socialista lo que se quiere es una serie de mejoras dentro del sistema, como sueldos más altos o más poder, etc.?

No es fácil determinar exactamente las motivaciones y los niveles de conciencia reales de una masa como el millón de votantes de Allende el 70.

En todo caso, creo que se puede afirmar que en una parte considerable del electorado de izquierda, obreros, campesinos, empleados, estudiantes y profesionales, existía una cultura socialista real y una voluntad de cambio bastante radical del orden capitalista. Agregaría que este elemento de una voluntad de cambios de fondo en la situación general del país existía en sectores mucho más amplios que la Izquierda.

El antecedente de esta voluntad general —o al menos mayoritaria— por el cambio, es la situación política que se produce en los últimos años de Alessandri, de profundo descrédito de la Derecha. Se crea en esos años, en amplias masas, la conciencia de que los problemas del país requieren profundas modificaciones estructurales. No sólo la Izquierda, sino también el Centro, asumen representaciones ideológicas y simbólicas revolucionarias, claro, de distinto signo. Recuerdo uno de los slogans de la campaña de Frei: “Todo tiene que cambiar”. Son los años en que los temas de las reformas estructurales, de la reforma global de la sociedad crean una cultura mayoritaria por el cambio.

Diego:
Pero Frei no habla de socialismo...

Exacto. Pero seis años después Tomic habla de anti-capitalismo, no sólo de reformas. El programa de Tomic, tanto desde el punto de vista de sus formulaciones ideológicas como de sus proposiciones concretas de transformación social, es más avanzado que el de Frei. El programa de Tomic no habla explícitamente de socialismo, pero todo su discurso tiene que ver con la imposibilidad de un país como éste de desarrollarse por una vía capitalista. Ese tipo de discurso es el dominante en su campaña, a pesar de que no cuenta con la bendición del gobierno demócratacristiano, y con él la Democracia Cristiana saca más de ochocientos mil votos el 70.

Se puede afirmar, entonces, que la necesidad de realizar profundas transformaciones de carácter anti-capitalista era uno de los contenidos de conciencia de amplios sectores populares en esos años. De una mayoría nacional considerable. En ella la Izquierda expresaba la voluntad de transformaciones más radicales y explícitamente socialistas.

Juan:
¿Se podría pensar que hubo sólo rudimentos de un diseño estratégico en el programa de la UP? Es decir, ¿se pensó más allá de la solución de problemas inmediatos?

Más que rudimentos, yo creo que hay un conjunto de problemas... insuficientemente tratados, erróneamente enfrentados. La UP tiene por así decir, un programa claro de transformaciones económico-sociales y un tremendo vacío en el terreno de las transformaciones políticas y del Estado. El programa en ese aspecto es particularmente abstracto y genérico, y por tanto allí hay un gran elemento de diseño estratégico general no resuelto.

En el terreno más estrictamente político, el diseño

apuntaba a construir una amplia alianza de clases en función de las transformaciones económico-sociales que el gobierno emprendió. Este diseño sin embargo, no dio lugar a una política de alianzas concretas en el terreno político, social e ideológico.

Pienso, en fin, que el programa económico resultó ser simplista en extremo. Dominaba el supuesto de que bastaban las transformaciones estructurales —nacionalización del cobre, creación de un sector estatal dominante en la industria, nacionalización de la banca y reforma agraria— para resolver los cuellos de botella del desarrollo nacional. La realidad resultó ser más compleja; y no sólo por la guerra económica que nos declaró la gran burguesía y el gobierno de Nixon. Sobre este aspecto, en todo caso, las conclusiones no pueden ser taxativas en exceso, debido al corto período de la experiencia. Hubo en el terreno económico, social y cultural logros notables, que la Historia tendrá que recordar. Conquistas históricas —como la nacionalización de la gran minería del cobre— que ni el esquema económico ultraliberal de la Dictadura ha podido destruir.

Juan:
Desde afuera daba la impresión de que se estaba haciendo un gobierno pro obrero-campesino donde no había una visión nacional, o si había una visión nacional, no se tomaba mucho en cuenta en la práctica. ¿Tú crees que eso fue así? ¿Qué implicancias tuvo, buenas o malas?

Efectivamente faltaba una dimensión nacional. Tengo la impresión de que uno de los errores de diseño fundamentales era, precisamente, el de no desarrollar una concepción donde la transformación democrática y socialista que la UP quería desarrollar en el país se entendiera como un proceso que necesitaba, de manera absoluta, contar con una base de apoyo popular que fuera capaz de involucrar a la mayoría sustantiva de la nación. Y eso implicaba, sin duda, una visión muy dis-

tinta de la que tenía la UP respecto de la configuración social y política de una sociedad como la chilena. Existía el presupuesto de que la Izquierda por sí sola, a través del gobierno y a través de las transformaciones que el gobierno iba desarrollando, podría conquistar esa mayoría sustantiva.

No existía el propósito, como algunos sostienen, de realizar una revolución con el apoyo de la minoría del país. Al contrario. El objetivo explícito era conquistar la mayoría. El supuesto consistía en que los sectores populares y medios que no se identificaban históricamente con la Izquierda iban a ser “arrastrados” al apoyo al Gobierno en función —decíamos todos en ese tiempo— de que el programa y las transformaciones propuestas “interpretaban los intereses de clase objetivos del 80% de los chilenos”.

De una parte hay un discurso muy amplio, que si tú revisas la literatura de la época trata de desarrollar un frente de clases que incluye a la clase obrera, al campesinado, a los empleados, a los pequeños productores y comerciantes, a la intelectualidad, la burguesía no monopólica, etc.; pero en la práctica hay un gran sectarismo respecto de las manifestaciones sociales y políticas concretas de las clases que “se convocaban” Un diseño que suponía que las clases existen en la sociedad desnudamente, que no tienen historia, que no tienen representaciones propias, que no tienen, en fin, formas de constitución social y política autónomas. Se demostró que ellas no responden a la lógica mecánica de los supuestos intereses “objetivos de clase”...

Diego:

Se quería constituir una mayoría social y política, pero se opera en la práctica como si, por ejemplo, las capas medias en Chile no tuvieran un esquema de representación política ya constituido. Entonces el análisis fundamental tú lo sitúas bien, el análisis de la práctica: ¿era compatible una estrategia de cambios no negociada?, por lo tanto, no es que fuera anti-legal la

estrategia de cambios de la UP, lo que pasa es que no era negociada. ¿No hay ahí un principio fundacional de la crisis de polarización de la sociedad? De algún modo para que la UP fuera posible, ¿no necesitaba negociar con aquellos que políticamente representaban al Centro? Esos intentos de negociación ¿por qué fracasan?, ¿cómo evalúas tú el fracaso?

El asunto es más radical que el problema de una Izquierda no dispuesta a negociar, ya que la Izquierda negoció en varios momentos de la UP; negociaciones, en todo caso, que al interior de ella fueron difíciles. El problema consistió en no levantar un proyecto que efectivamente pretendiera —como objetivo al menos— incorporar al conjunto de los sectores populares, nacionales y democráticos que habrían podido concurrir a su realización. No hay esa voluntad ni esa concepción política en la UP. Eso no impide negociar: se negocia con la DC una cuestión tan importante como el acceso de Allende al gobierno con el Pacto de las Garantías Constitucionales. Pero es una negociación que incluso no es capaz de expresar, por así decir, todas las potencialidades que encierra en ese momento.

Con una concepción distinta habría sido posible, por ejemplo, concertar un entendimiento de largo aliento con la DC. Evidentemente, sectores importantes de la DC habrían impugnado esa política, pero en ese momento no tenían el control del Partido. Los jóvenes DC que la noche del 4 de septiembre del 70 salieron a la calle a saludar el triunfo de Allende sobre la Derecha, expresaban sentimientos muy difundidos en la base y la dirección DC, que la Unidad Popular no fue capaz de recoger en una política amplia.

Diego:

Pero es paradójal lo que estás diciendo, porque rescatas la propuesta de Tomic. Tú que participaste en la ruptura del PDC contra Tomic, ¿cómo analizar hoy día ese fenómeno?

Miradas las cosas con la perspectiva del tiempo y las

experiencias transcurridas, más que éste u otro episodio, lo que resalta es el profundo y trágico desencuentro histórico entre las fuerzas democráticas de raigambre popular en el país, desencuentro que hace posible el surgimiento del fascismo y la destrucción de la democracia. Tanto en la Izquierda como en el centro político fueron pocos los que advirtieron que la democracia difícilmente sobreviviría a este proceso de confrontación permanente y agudo entre izquierda y centro político, y que era indispensable para ambos —y para el país— encontrar un campo de entendimiento en cuestiones de fondo. Contribuyeron a este proceso las rigideces de la política de la Izquierda y el anticomunismo visceral de sectores de la DC.

Juan:

¿Se consideraba a la democracia como un hecho inquestionable?

Todos consideraban la democracia como un dato dado. La Izquierda era tributaria de un conjunto de falsas representaciones de lo que había significado el desarrollo y la lucha por la democracia en el país. Detrás de ellas estaba la idea de que la democracia política capitalista era una “concesión de la burguesía”, una sutil e inteligente trampa para domesticar al proletariado y a los sectores subalternos. Una falsa conciencia monumental que oscurecía el aporte fundamental de la clase obrera y el movimiento popular a la construcción en Chile de una democracia política relativamente evolucionada a partir de los 30 en adelante.

Un fenómeno análogo se produce —por razones diversas— en la DC y otros sectores democráticos, que fueron incapaces de valorar el aporte fundamental del movimiento obrero y popular al desarrollo democrático del país, y que, al contrario, visualizaban su desarrollo como una amenaza “totalitaria”. La DC fue incapaz de ver al enemigo de la democracia donde verdaderamente estaba: en la gran burguesía de este país.

Diego:

Claro, pero uno podría decir que era difícil para la DC ver el aporte sustantivo de la Izquierda al desarrollo y a la estabilidad democrática, cuando teníamos a una Izquierda obsesionada por el socialismo, que insistía en la dirección obrera de todos los procesos de cambio progresista y que proponía la dictadura del proletariado como horizonte de sociedad.

No cabe duda que muchos aspectos de las formulaciones teóricas con que operaba la Izquierda, de los contenidos de sus disputas ideológicas internas y, sobre todo, del tipo de discurso dominante sobre la democracia —al menos a partir de los 60 en adelante— dificultaban visualizar sus aportes sustantivos a la democracia.

Hay que considerar sin embargo, al menos otros dos elementos: uno es una práctica sostenida de lucha por la profundización de la democracia por varias décadas, de una Izquierda que desde el 32 en adelante evitó toda tentación putchista y militarista, salvo en sectores marginales. El otro es el concreto contenido de sus programas políticos, desde que se constituyó como alternativa nacional autónoma con la constitución del FRAP. Añadiendo que su representante principal —Allende— fue quien supo más que nadie articular el carácter nacional, democrático y socialista de la propuesta de la Izquierda.

Es claro, este divorcio entre práctica política, propuesta nacional y cultura teórica dominante fue un factor presente y limitante permanente, que no debe ser eludido; pero todo ello no debe oscurecer los errores significativos de la política del Centro, y de la DC en particular, desde el punto de vista de la defensa de la democracia en esos años. El hecho de que —por múltiples razones— el grueso de la DC fuera arrastrada a la insurrección reaccionaria del 73 no es de responsabilidad exclusiva de la Izquierda, ni mucho menos. Tal como nosotros, la DC no puede excluirse de una severa autocrítica histórica, en la medida que la expe-

riencia de estos años trágicos debe servir para el futuro.

Pedro:

Pienso que en esto hay que meterse más a fondo. Creo en efecto que en los años 67 y 68 aparece un fenómeno de sobreideologización de la Izquierda; se forma un centro de gravedad teórica de carácter dogmático, que adquiere mucho peso, mucha consistencia, quedando sólo como sobreviviente un pensamiento anterior más rico.

Todo ello hace que lo que podríamos llamar la teoría del cambio social con la cual la Izquierda enfrenta el 70 es bastante dogmática. Con ella la Izquierda no podía producir una transformación sólida de largo aliento, de perspectiva nacional. El clima de cambio mayoritario que tú has señalado —y que posibilitaba a la Izquierda convertirse en la fuerza dirigente en el proceso de cambio social— al cabo de tres años se invierte, y da paso al clima político que da origen a la dictadura. ¿Qué pasó en esos tres años? ¿Cuáles son las inviabilidades básicas del proyecto de la Izquierda? ¿Cuáles son los hilos conductores de esa teoría del cambio social imperante en la Izquierda? Me parece que el primero de ellos es el peso decisivo de una idea economicista de la política, que está detrás de una manera de entender las alianzas. Cuestión que hemos criticado pero que hay que profundizar. Tú resaltabas la figura de Allende y también la sospecha que despertaba en este plano. Toda la discusión sobre la democracia, de las vías nacionales, etc., debía pasar por el colador de rígidas categorías marxistas. Acordémonos incluso, del propio debate partidario que había en esa época... una cita de Lenin contra otra, incansables polémicas por descubrir en qué fase de la revolución del 70 estábamos, etc.

De acuerdo. La Izquierda sustituyó una teoría sobre la transformación socialista del país por un marxismo de manual, ...y de los manuales más primitivos. Ade-

más una reflexión sobre el desarrollo social y político del país, sobre las características particulares del Estado chileno, sobre las fuerzas sociales e ideales que operaban en nuestra sociedad, etc., fue sustituido por un conjunto de afirmaciones generales, abstractas —pretendidamente científicas— incapaces de iluminar la práctica política. El Estado era burgués y punto. Pero al mismo tiempo se decía que las Fuerzas Armadas eran peculiares y democráticas. La DC era simplemente la “nueva cara de la Derecha”. La cuestión estratégica básica era definir a priori si la revolución iba a ser pacífica o armada. Y así por delante. La política no tenía en ese cuadro un marco teórico suficiente, con el agravante de que a partir del 70 la política se hizo extremadamente compleja para la Izquierda. Las insuficiencias teóricas que no habían sido obstáculo para que el movimiento obrero y popular se convirtiera en una poderosa fuerza nacional, se convirtieron en un obstáculo formidable en un momento en que esa Izquierda estaba llamada a dirigir al país. Las causas de este fenómeno son profundas y complejas. No es posible abordarlas seriamente en una entrevista como ésta. En todo caso, creo que hay que buscarlas en la historia de las principales fuerzas políticas de la Izquierda —el PC y el PS—: en las circunstancias de su desarrollo, en los procesos de conformación de su pensamiento político, en la forma en que asimilaron y asumieron el pensamiento marxista, etc. El resultado es que ninguna de estas fuerzas —por diversas y hasta opuestas razones— fue capaz de dotar al movimiento obrero y popular de un horizonte teórico acorde con su gravitación social y política. Su unidad política no resolvió los problemas en este plano y en algunos aspectos los agravó, porque la política común fue muchas veces el compromiso entre opciones diferentes más que una síntesis superior.

Con toda la importancia de lo que podríamos llamar el “déficit teórico” de la UP, el análisis no debe desconsiderar las insuficiencias en la conducción estrictamente política. No toda insuficiencia en la conduc-

ción política puede atribuirse a un vacío teórico. Si fuera así ciencia y política serían lo mismo, y bastaría una conciencia iluminada para asegurar una política acertada. En períodos como el que el país vivió entre el 70-73, una dirección más homogénea y madura habría sido capaz de sortear muchos obstáculos: en la conducción económica, en la política hacia la DC y las Fuerzas Armadas. De paso, habría podido influir en replantear los debates y los temas de la Izquierda.

Diego:

Tú hablaste de desencuentro histórico, fórmula que me gusta. Entiendo entonces que tú planteas que la UP era posible históricamente como un nuevo bloque nacional y popular. Si es así, sería una especie de resurrección moderna de la línea de los frentismos de los años 40. Pero justamente la Izquierda de los 60 para adelante se organiza, se constituye, como crítica de esa política del frentismo. Entonces son dos preguntas las que quiero hacerte. ¿Cuál era el bloque político que hubiera hecho posible este nuevo bloque? Y en segundo lugar, si por ahí va tu reflexión, lígame eso con el desarrollo moderno de la Izquierda, porque justamente la Izquierda nueva, la Izquierda de los 60, se organiza tratando de matar su historia... tratando de destruir lo que es la lógica del frentismo, pero sin una crítica a fondo de ese frentismo, sin descubrir entonces cuáles son las insuficiencias reales de ese frentismo. Critica a ese frentismo por reformismo, cuando en realidad habría que criticarlo por no haber sido lo suficientemente reformista...

No puede haberse planteado para los años 70 una simple resurrección moderna de la política de frente popular de los 40. Los problemas del país eran otros, como también las correlaciones de fuerza, tanto sociales como políticas.

A fines de los 60 el país enfrentaba el agotamiento definitivo del tipo de desarrollo y de industrialización

orientada al mercado interno iniciado en el período del Frente Popular. Los esfuerzos del gobierno de Frei de inaugurar un nuevo período industrializador —esta vez intentando desarrollar en colaboración con el capital extranjero un tipo de industria moderna, de punta y competitiva en los mercados externos— habían también mostrado sus límites. La ampliación sustantiva de la democracia durante dicho gobierno —sindicalización campesina, reforma educacional, organización vecinal, etc.— tuvo el efecto de amplificar la lucha y la demanda sociales. La contradicción entre el desarrollo de la democracia y la base capitalista de una economía que no lograba expandirse sustantivamente constituía el telón de fondo de las pugnas políticas del período. La conciencia general de la necesidad de cambios de fondo expresaba esa contradicción y se manifestaba en sectores más amplios que el movimiento obrero y la izquierda histórica. No hay que olvidar que la tesis de la “vía no capitalista de desarrollo” tuvo una fuerte adhesión en la DC, en pleno gobierno de Frei. La gran burguesía captó también los procesos de fondo que vivía el país. El programa de Alessandri del 70 se articula en torno a la idea de la necesidad de una profunda reforma del Estado, de orientación claramente autoritaria que, como es obvio, se presenta con todas las precauciones que impone una situación política democrática. Esta regresión autoritaria de la Derecha, y no un mal cálculo político, es lo que impide que el 70 se reproduzca el cuadro electoral de 1964. La política de la Izquierda no es capaz de recoger todos estos elementos fundamentales de la situación del país. Recoge la necesidad de las transformaciones económicas-sociales en la perspectiva de un nuevo tipo de desarrollo. Pero no advierte que el arco de fuerzas necesario —y posible de construir— para acometerlas es mucho más amplio que la Izquierda y que se hace necesario un nuevo bloque histórico de fuerzas populares y nacionales. Tampoco advierte suficientemente el giro autoritario de la Derecha como una tendencia histórica de

fondo, lo que hacía que la lucha por la ampliación y la defensa de la democracia fuera el campo de encuentro de todas las fuerzas progresistas del país, y no una trampa burguesa. Esa ampliación requería —claro está— transformaciones democráticas del propio Estado, y la constitución del 25 era a esas alturas un marco estrecho en muchos aspectos. Cuestión que en ese período no llegamos siquiera a plantear con fuerza porque andábamos demasiado enfrascados en la cuestión de las vías, o en discusiones tan primitivas como si tenía sentido o no utilizar la lucha electoral.

Estoy de acuerdo en que una crítica descaminada sobre la experiencia frentista de los 40 contribuyó a que la Izquierda no fuera capaz de diseñar una política conforme a los desafíos reales del movimiento popular y el país. La cuestión no consistía en reeditar la política de los 40 para los años 70. Pero una crítica pertinente a la experiencia del Frente Popular del 40 no podía poner el énfasis en el supuesto error de “colaboración de clases” que significaba la alianza con el Partido Radical, sino que en la incapacidad de la Izquierda y del Frente para realizar las reformas históricamente necesarias en ese período, y particularmente la transformación de la agricultura. El elemento vigente de la crítica a ese período se refiere a los efectos perniciosos que acarreó la división de la Izquierda desde el final del gobierno del Presidente Aguirre Cerda. Toda esa temática, que es recogida con fuerza, particularmente en el debate del PS de los 50, me parece recuperable.

En el PS la línea de frente de trabajadores, que tenía inicialmente aportes originales y valiosos —como la superación de un obrerismo estrecho— se tradujo a poco andar en una obsesión por estrechar las alianzas políticas de la Izquierda, que dio resultados como la consigna del 64 de “negar la sal y el agua” al gobierno de Frei y las resistencias del Partido a la incorporación del Partido Radical a la Unidad Popular.

La línea del PC era más sensible a la necesidad de una política de alianzas más amplia, pero fue incapaz

de abandonar una concepción no tacticista de las alianzas y de abrirse a una reflexión sobre la vinculación entre lucha por la democracia y socialismo. La política del FRAP, y luego de la UP, es el producto negociado de la de estas principales tendencias en la Izquierda —con otros aportes, claro está— donde no se establece una clara hegemonía de ninguna.

Diego:

Estás hablando como si tú y tu partido no hubiesen sido actores del proceso.

¿Cuál era la línea del MAPU en ese universo contradictorio y difícil que era la UP? ¿Hay en el MAPU una línea que piense que el programa de cambio de la UP requiere un nuevo bloque nacional popular, no sólo de una política de corto plazo de alianzas, sino de algo que podemos llamar compromiso histórico. Hay en el MAPU eso? ¿Existe en ti esa concepción? Y si existe, ¿cuáles son sus limitaciones, cuáles son sus momentos cruciales de aparición, etc.?

Lo primero que habría que decir es que el MAPU tuvo en ese período dos líneas distintas. Nacemos a comienzos del 69 con la línea del Frente Revolucionario. Una línea que se construye sobre la base de la crítica a lo que designábamos el frente-populismo (al que asimilábamos la estrategia del PC y de Allende) y al foquismo guerrillero, como dos orientaciones estratégicas globalmente incorrectas. El énfasis se pone en el desarrollo de un frente revolucionario constituido por el proletariado y las capas medias empobrecidas; en el trabajo y el desarrollo de masas con un fuerte acento en la crítica a las formas burocráticas de constitución del movimiento sindical; en la necesidad de utilizar todas las formas de lucha, incluso las electorales; en la tesis de que en Chile no existe una vanguardia revolucionaria y que los partidos históricos de la Izquierda deben reconcurrir ante las masas. Todo ello con un programa que planteaba transformaciones básicamente socialistas. En el terre-

no teórico el Partido se define marxista, reclamando con mucha fuerza una aproximación crítica y no dogmática al marxismo. Añadiría que desde el comienzo ponemos mucho énfasis en la importancia de incorporar a las masas cristianas al proceso revolucionario en Chile y América Latina y en una política unitaria en la Izquierda. Y... una gran desconfianza en los aspectos superestructurales de la política. Por último, creo que hay —desde el comienzo— un elemento de modernidad en nuestro pensamiento y estilo político. Con estos elementos de línea nos incorporamos a la Unidad Popular y a los intensos debates que precedieron a la discusión de su Programa de Gobierno y de su línea política para enfrentar la campaña del 70. No fue una incorporación fácil ni sencilla. La línea de frente revolucionario chocaba en varios aspectos con la que se iba definiendo en la UP. En todo caso, nos metimos de lleno en la campaña, con gran mística de trabajo en sus tareas de masas y una participación activa en las discusiones de cúpula. Hicimos intentos para salvar la distancia entre la perspectiva estratégica y nuestra práctica política. En general, intentos desafortunados. El tipo de soluciones rebuscadas que usamos en la Izquierda cuando hay que cambiar la línea, pero al mismo tiempo se pretenden mantener incólumes los “principios” anteriores: decíamos que la UP era la mejor aplicación táctica de la línea estratégica del Frente Revolucionario.

En 1970, en el I Congreso, se produce un giro explícito. Se asume claramente la política de la Unidad Popular. Ambrosio es el principal artífice intelectual de las nuevas formulaciones, como lo había sido de las antiguas. Contestando tu pregunta, en esa reformulación del 70 no hay una propuesta explícita de nuevo bloque nacional. Hay elementos que apuntan a ello: una defensa muy explícita de la alianza con la burguesía mediana y pequeña; un énfasis particular en la importancia de las tareas democráticas y nacionales contenidas en el programa de gobierno y la afirmación de que no se vive una etapa básicamente socialista; en el terreno político, se busca una división signi-

ficativa de la DC y el diálogo con sus sectores progresistas; se acentúa la importancia del mundo cristiano, etc. Todo eso se expresa políticamente: somos resueltos partidarios del pacto sobre garantías constitucionales con la DC, que creó bastante resistencia en la Izquierda, etc. Estos elementos están presentes en nuestra línea de esos años, pero en el marco de una concepción “frentista” de las alianzas políticas: la noción de un bloque democrático, nacional y popular de alcance histórico políticamente más amplio que la UP no cabe en nuestro universo teórico de ese tiempo.

Respecto de los problemas más generales de la vinculación entre democracia y socialismo, nuestro pensamiento de esa época se queda también a medio camino. Se valora el elemento democrático en el proyecto socialista; se critica el burocratismo presente en los socialismos reales; está presente la idea del autogobierno de las masas como perspectiva histórica; la importancia de la lucha ideológica sobre la imposición administrativa y estatal para conquistar a las masas, etc. Estas son temáticas de nuestro discurso inicial. Pero la perspectiva de la construcción del socialismo por la vía de la profundización de la democracia en un país como éste, tal como la concebimos hoy día, no la teníamos. Más bien trabajábamos con la idea genérica de la destrucción del Estado burgués como horizonte... y con proposiciones de transformación en el Estado concreto en el que actuábamos como política. El clásico desfase del que hemos hablado.

Agregaría que durante los años del gobierno popular el Partido sufrió un proceso de involución dogmática en el terreno teórico. La original aproximación crítica al marxismo se fue convirtiendo paulatinamente en una adscripción casi total al marxismo-leninismo al uso en la Izquierda. Este proceso de dogmatización que se aceleró el 72 y se cristalizó el 73, no ha sido fácil revertirlo en estos años...

Diego:

En las negociaciones de junio del 72 con la DC, tu

partido está por llegar a un acuerdo.

Apoyamos muy resueltamente esas negociaciones. Se trataba de acordar con la directiva de Fuentealba una ley que permitiera definir el área de propiedad social: su dimensión, las formas de indemnización y de organización y gestión de las empresas nacionalizadas. Habían buenas condiciones para un acuerdo que, a nuestro juicio, era óptimo en el sentido que permitía que uno de los elementos centrales del Programa de la UP se realizara con un acuerdo nacional ampliamente mayoritario y con la sanción legal del Congreso. Incluso las objeciones de la DC no se referían principalmente a la magnitud de las nacionalizaciones, sino a las formas de gestión de las empresas estatizadas, respecto de la cual proponían formas autogestionarias como modelo general. En las discusiones quedó claro —pese a las reservas de sectores de la UP y de quienes en la DC estaban en una política de confrontación con el gobierno— que éste era un punto negociable y en el cual el movimiento sindical tendría que decir su palabra. La DC llegó a estar de acuerdo en que una autogestión completa era imposible en determinadas áreas estratégicas —como la gran minería del cobre— y nosotros propusimos que en otras ramas industriales una autogestión más plena era posible, como la industria textil, por ejemplo.

Finalmente, las negociaciones no prosperaron, pero el episodio es indicativo de las posibilidades de concertación que existían entre las fuerzas democráticas respecto de cuestiones de envergadura.

Este tipo de política encontró resistencia al interior de la Unidad Popular. Pero incluso nosotros que la defendíamos con mucha fuerza considerábamos que constituían acuerdos puntuales, tácticos, afirmando explícitamente que no comprometían una orientación estratégica respecto de la Democracia Cristiana. Me acuerdo de un discurso mío en el Caupolicán, luego de un pleno del Partido en que se había discutido el tema de las negociaciones sobre el área de propie-

dad social con la DC, en el cual junto a una defensa muy fundamentada de ellas, se advertía enérgicamente sobre el carácter táctico de los acuerdos y se alertaba contra aquellos que pretendían darle un carácter más permanente: eso, decíamos, ya sería reformismo.

Diego:

En octubre del año 72 entiendo que el Partido es un fuerte impulsor de la entrada de los militares al gobierno. ¿Esa incorporación de los militares al gobierno se hace con un diseño de negociación política, de reformulación del programa de la UP en función de la nueva situación de fuerza y la incorporación de nuevos actores a la política, o no?

Inicialmente el ingreso de las Fuerzas Armadas al gabinete estuvo muy ligado a la necesidad de poner fin al paro de octubre, cuyo carácter pre-insurreccional fue bien advertido por el mando del Ejército, y en particular por el General Prats. Se pensó acertadamente que un gabinete con presencia institucional de las Fuerzas Armadas contribuiría a mantener el orden constitucional severamente amenazado por la estrategia ya claramente insurreccional de la derecha, que contaba con el apoyo y la inspiración directa del gobierno de Nixon, como quedó claramente demostrado después en el Congreso de los Estados Unidos. De allí también el carácter transitorio con que se definió el gabinete encabezado por el General Prats como Ministro del Interior. Duraría hasta las elecciones de marzo del 73.

Durante ese período, y particularmente al acercarse la elección se discutió la posibilidad de prolongar la presencia de las FF.AA. en el gabinete, lo que requería obviamente una concertación con el Alto Mando del Ejército sobre el programa del gobierno. Se discutió con Prats un programa de Conciliación Nacional, como él lo llamaba, que consistía fundamentalmente en consolidar el área de propiedad social, nacionalizando todas las empresas monopólicas (unas 200 aproximadamente) y otorgando claras garantías de inexpro-

piabilidad a los demás; en realizar un proceso similar en el campo, sobre la base de declarar inexpropiable los predios de menos de 40 hectáreas básicas y de culminar la expropiación de los demás; en impulsar una política económica centrada en el aumento de la producción y en resolver los problemas de distribución, que ya eran agudos. Sobre esa base Prats seguiría en el gabinete y se abriría un diálogo entre el Gobierno y la DC para garantizar la institucionalidad democrática y buscar acuerdos sobre el programa de gobierno. Las conversaciones avanzaron bastante, llegándose a elaborar un documento con los contenidos básicos del plan, en el que el Presidente y Prats estaban totalmente de acuerdo. Como Partido seguimos muy de cerca esas discusiones y acuerdos.

El resultado electoral de marzo, que entregó al Gobierno un respaldo electoral que muy pocos esperaban, creó condiciones favorables para concretar ese acuerdo, a pesar de la oposición de que era objeto en los círculos militares que ya estaban en una actitud sediciosa. No hubo, sin embargo, energía suficiente para imponer esa política en la Unidad Popular en ese momento y todo el plan abortó. Las FF.AA. volverían al gobierno luego del levantamiento del regimiento Blindado N° 2, pero en un cuadro político muy diferente, con un proceso insurreccional en marcha, con el mando democrático debilitado, con una Democracia Cristiana erosionada por la estrategia de la Derecha y un gobierno aislado e incapaz de enfrentar seriamente la crisis económica y política. Prats fue forzado a renunciar a la Comandancia en Jefe al poco tiempo... y bueno, el resto lo conocemos.

No haber optado por esa política en marzo del 73 cuando era posible, creo que fue el mayor —y el último— error de conducción del gobierno y de la UP. Descartado un acuerdo de fondo con el alto mando democrático, en un momento de alto respaldo popular al Gobierno, y que habría creado nuevas condiciones para el diálogo con la oposición democrática, el destino del gobierno popular estaba prácticamente sellado. El resto era casi una cuestión de tiempo.

Diego:

Tú, el 7 de marzo, encabezas la ruptura del MAPU. ¿Cuál era el diseño político que había detrás de la ruptura? En segundo lugar, ¿qué te parece el estilo político desde el punto de vista de las concepciones sobre las formas de hacer política?

La ruptura del Partido que provocamos en marzo del 73, obedeció —en su diseño— a un intento de realizar un giro más general en la política de la Unidad Popular. ¿En qué dirección?... En la que he señalado recién. No te olvides que la ruptura se produjo apenas dos días después de las elecciones de marzo. Si bien se habían desarrollado un conjunto de contradicciones políticas en el interior del Partido no rompimos con el único objeto de resolverlas.

En la Izquierda la oposición principal al entendimiento con el alto mando se daba en el PS y el MAPU. Sectores de ambos partidos lo objetaban como reformista. En el MAPU ellos constituían una leve mayoría de la dirección, sin perjuicio de que empujábamos activamente esa política desde el gobierno con el ministro Flores. Pensábamos que tomándonos la dirección del MAPU contribuiríamos a darle un mayor respaldo a esa línea en el conjunto de la UP, tomando en cuenta, además, que importantes sectores del PS realizaban un serio intento por cambiar la orientación de su partido. El diseño era, por lo tanto, homogeneizar la dirección de la UP tras una propuesta política capaz de enfrentar la crisis del país y derrotar a la insurrección burguesa en marcha. El apoyo manifiesto que recibimos en esa ocasión del Presidente Allende indica que no se trataba solamente de una querrela interna de un partido de la UP.

Las cosas no ocurrieron como pensábamos. En el PS se impuso finalmente una suerte de veto implícito a la continuación de un gabinete con presencia militar. En el Ejército, a su vez, el mando democrático no podía imponer fácilmente una política que no tenía un respaldo claro y unívoco de las principales fuerzas

del gobierno. Juzgado el asunto por sus resultados, a posteriori, se podría decir que lo único que quedó fue una nueva división de un partido de izquierda. En su momento, la situación era distinta.

Respecto del método, fue una ruptura hecha al margen de la legalidad partidaria y por lo tanto con una dosis de violencia. Nos autoasignamos una representación que formalmente no teníamos. Me parece, en general, un método condenable. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que se correspondía con el nivel que había adquirido la lucha política en el país y con la importancia de las distintas opciones en juego. Los métodos en política tienen mucho que ver con las condiciones históricas concretas. No creo que sean completamente indiferentes. Algunos, como la tortura, el asesinato político, el chantaje y el soborno, por ejemplo, me parecen condenables en toda circunstancia. Quien los usa —aunque sea en función de los fines más sublimes— envilece los propios fines que proclama. De otra parte, la violencia admite diversos grados y formas, por lo que para los fines de una ética política que realmente ilumine y condicione la práctica no puede reducirse a un concepto abstracto.

Juan:

Llegamos prácticamente al pre-golpe. ¿Tú crees que el golpe podría haberse evitado y de qué forma?

Es tan difícil escribir la historia como no fue. Sin embargo cuando uno piensa que en la historia la voluntad colectiva —y también las grandes individualidades— juegan un papel, y que la sociedad no se desarrolla en función de leyes como las leyes naturales o de designios inescrutables, es también muy difícil sustraerse a este complicado ejercicio de imaginar cómo las cosas hubieran podido ocurrir.

Creo en primer lugar, que el golpe militar, el desenlace conocido del gobierno de Allende y la instauración posterior de un régimen como el actual no eran inevitables. A pesar de las serias deficiencias de la Iz-

quierda, de las que hemos hablado extensamente y que condicionaron tanto su derrota, una conducción política más coherente y lúcida pudo evitarla. Había factores que hacían posible esta conducción, y en particular las condiciones políticas y humanas del Presidente Allende. En los partidos no todo fueron desaciertos. En las masas —la clase obrera, la juventud, los profesionales— existían grados de compromiso, abnegación, capacidad creativa y disciplina que se demostraron inmensos. Recuérdese por ejemplo, el paro de octubre. Literalmente los trabajadores hicieron funcionar el país casi un mes, con toda la burguesía y una parte de las clases medias en contra.

Desde el punto de vista nuestro el problema fue que no supimos aprovechar ninguno de los momentos en que era posible romper el aislamiento de la Izquierda mediante un entendimiento de largo alcance con otras fuerzas democráticas.

De esos momentos, a mi juicio los más claros fueron tres: el del acuerdo con la DC sobre las garantías constitucionales en octubre del 70; el posterior a las elecciones municipales de marzo de 1971, en que la UP sacó el 50% de los votos y en el cual sectores muy amplios de la DC se jugaban por una política de entendimiento con el Gobierno; y por último el acuerdo posible con el alto mando del que hemos hablado, en marzo de 1973. En cada ocasión nuestra política fue estrecha.

Al poco tiempo después de la elección de marzo del 73 la situación era prácticamente irreversible: la derecha golpista había ganado la hegemonía en el conjunto de la oposición. El mando democrático del Ejército se debilitaba por semanas, la crisis económica ya no era manejable.

Los últimos intentos de diálogo con la DC y los esfuerzos de mediación del Cardenal y la Iglesia se realizaron en un clima político y social polarizado en extremo y con un dispositivo —nacional e internacional— ya funcionando para el desenlace militar. La encrucijada sin salida queda simbolizada en el Presidente Allende, quien pensaba anunciar un plebiscito

constitucional para resolver la crisis nacional el mismo día en que murió defendiendo la Moneda con las armas en la mano, y con ella a la democracia chilena.

segundo día

**Sobre la Dictadura,
las transformaciones del país
y la Izquierda**

Pedro:

Durante largo tiempo una de las discusiones importantes en la Izquierda ha sido el grado de consistencia de las transformaciones emprendidas por el régimen. Ante la crisis actual, cuando parece que algunas no se sostienen por mucho tiempo, ¿cuáles perdurarán —a tu juicio— y cuáles corresponderían a una etapa que la crisis dejó atrás?

No cabe duda que el tema de la magnitud, la profundidad y la consistencia de las transformaciones introducidas por la dictadura, que finalmente refiere al tipo de régimen instaurado después del golpe, ha estado en el centro de muchos de los debates de la Izquierda en estos años; y no pocas de las diferencias políticas entre nosotros han tenido como telón de fondo distintas apreciaciones sobre esta cuestión. Han existido, además, percepciones muy pendulares, desde aquellos para quienes el régimen actual viene a ser un cierto paréntesis en el desarrollo “natural” del país, al cabo del cual la sociedad chilena volverá a ser más o menos idéntica a como era antes, hasta los que sobrevaloraron la fuerza y la dimensión refundadora del proyecto histórico que la gran burguesía ha impuesto en estos años.

Yo soy de los que piensan que efectivamente hemos asistido a la implementación de un nuevo proyecto histórico burgués, que introdujo modificaciones sustantivas en el modo de funcionamiento del capitalismo en Chile, convirtiendo a la burguesía financiera en el centro ordenador del sistema y vinculando estrechamente la economía nacional al sistema capitalista mundial. Una elevación sustantiva de las tasas de ganancia del capital y de explotación del trabajo y un fuerte endeudamiento externo permitieron, —entre otros factores— la recuperación de la crisis concientemente provocada en 1975, el crecimiento del producto a un ritmo promedio del 8% entre los años 76-80, la propaganda del “milagro chileno” y los años de euforia del régimen. Se aplicó un modelo de desarrollo y un tipo de hegemonía social y política que

exigía la represión y la destrucción de la democracia y su sustitución por un régimen político autoritario y excluyente como forma permanente del Estado, como también la formación de una nueva cultura centrada en la "ideología del mercado" y los valores de la seguridad nacional.

La implantación de este proyecto, su éxito económico por varios años, la represión sistemática y la destrucción del tejido social que caracterizó a la sociedad chilena ha provocado —sin duda— profundas transformaciones económicas, sociales y culturales en el país. ¿Qué perdurará de todo aquello? La herencia de la dictadura ya la comenzamos a recibir: una crisis global como Chile no ha vivido en la historia de este siglo, con todas sus secuelas. Este es un consenso creciente.

La consistencia de las transformaciones económico-sociales dependerá básicamente del tipo de salida política a la crisis de la dictadura, y de las fuerzas que dirijan el proceso de democratización al que inevitablemente se dirigirá el país en los próximos años. La gran burguesía y el imperialismo económico y político, intentan desde ya mantener lo esencial del modelo.

Particularmente difícil será, creo yo, superar los efectos de la crisis social y de convivencia que la dictadura ha provocado. El país ha pagado un costo en sangre, en sufrimientos, en atropellos, en pauperización de amplias capas de la población, en mediocridad cultural, en fin, en estrechamiento de los horizontes colectivos e individuales de la vida que pesarán por largo tiempo en nuestra convivencia.

Agregaría que durante un tiempo una parte del pensamiento de izquierda —y más en general, democrático— sobrevaloró la consistencia del modelo económico y no advirtió sus elementos de debilidad estructural más evidentes. Ello tuvo una importancia política, además, en la medida que el éxito del modelo económico ha sido uno de los pilares fundamentales del proyecto global.

Diego:

Pero, cuáles serían esos elementos de debilidad estructural?

Básicamente dos: primero, la extrema dependencia del sistema capitalista —y en particular financiero— mundial. Y segundo, la circunstancia de que esta "refundación capitalista" no significó modificaciones sustantivas en términos de la estructura productiva del país. Este es un intento de refundación capitalista que no desarrolla de manera importante —salvo en áreas marginales— fuerzas productivas nuevas. Lo que queda después del experimento en este terreno, de desarrollo y modernización capitalista en la economía real, es efectivamente muy poco. Algunas modernizaciones en la agroindustria; en el sector forestal quedarán al menos los árboles plantados en este régimen, y alguna modernización del sector pesquero. Ahora, ninguna de éstas son áreas estrictamente nuevas. No se desarrollan áreas industriales nuevas, no hay expansión minera. Se trata entonces de ocho años en los que el "boom" tiene muy poca base en la expansión de la economía real. Y donde los niveles de producción prácticamente en todos los sectores —incluso en el año 80 que puede ser considerado el último de los años buenos— no se recuperan, en general, respecto de los niveles del año 70. Esta es una debilidad muy grande. Y esto era, en un análisis relativamente riguroso, predecible. Estuvo siempre puesto el problema de las bajísimas tasas de inversión, muy inferiores a las históricas, éste fue un dato permanente; estuvo el dato de la relativamente baja inversión extranjera, otro de los pilares teóricos del modelo y esos eran dos indicadores que para un economista no demasiado avezado indicaban limitaciones estructurales fuertes. Para no hablar ya de los efectos de la apertura indiscriminada al exterior, de los déficits de balanzas de pagos, que eran cuestiones que —por último— con rectificaciones en la política, quizás se podrían haber manejado.

Yo ubico las limitaciones estructurales básicamente en estos dos planos. Para ponerlo en términos simples, ésta no ha sido una “refundación” capitalista que haya resultado eficiente en términos de creación de riqueza y de desarrollo.

Juan:

Tú crees que se ha producido una readecuación de clases o una reclasificación de la sociedad?

Creo que de alguna manera sí. También sobre esto hay datos. Tengo la impresión, incluso, de que algunos con los que se ha trabajado son un poco antiguos. Las cifras globales que conozco sobre estas cuestiones alcanzan hasta el 78 y 79, y por lo tanto esos datos pueden no estar midiendo suficientemente algunos fenómenos que han seguido desarrollándose. Las tendencias advertidas hasta esos años habría que suponer que se han profundizado. Las fundamentales son relativamente conocidas: hay una leve disminución cuantitativa y una mayor disminución porcentual de la clase obrera, específicamente de la clase obrera industrial. Hay una mantención de la magnitud de la clase obrera minera, por lo menos en la gran minería del cobre. Los datos, si tú comparas el porcentaje total de mano de obra ocupada el 78-79 respecto del 70 registran una disminución de los obreros del 24 al 20%. Mi impresión es que esa tendencia se mantiene en el tiempo. Si hiciéramos el corte hoy día —a fines del 82— la disminución sería mayor. Ello supone una modificación en la estructura social tradicional de alguna significación. Esta se acentúa si los datos nacionales se desagregan por ramas industriales o por regiones. El perfil social, por ejemplo, de la zona industrial de Concepción se ha alterado sustantivamente. Por la disminución a la mitad de los obreros del carbón y el cierre de la mayoría de las grandes industrias de Penco, Lirquén y Tomé.

Después están todos los fenómenos de aumento de la importancia relativa del sector servicios y del co-

mercio.

En el sector agrícola se han producido, asimismo, modificaciones sociales que, aunque no están suficientemente medidas, toda la evidencia disponible indican que son de magnitud. La contrarreforma agraria produjo un proceso más o menos masivo de disminución de los asalariados en los fundos restituidos a sus dueños; se ha creado una nueva capa de campesinos propietarios en una parte de las tierras expropiadas en los dos gobiernos anteriores; aumentan los trabajadores temporales; aparecen nuevos asentamientos rurales marginales; se desarrollan empresas de alta concentración de capital, principalmente en la fruticultura, etc.

Y está el gran dato social nuevo de una masa de desempleados —estructural, intrínseca del modelo— que no ha bajado del 15% real en ninguno de estos años, y que hoy día supera el 30%. Esta es, a mi juicio, una transformación social de magnitudes considerables, por cuanto produce una situación de marginación de la producción y de la sociedad de sectores muy amplios, cuestión que no tiene que ver solamente con los problemas obvios del nivel de ingreso y de las condiciones materiales de vida, sino también con las secuelas psicológicas, familiares, sociales y políticas que provoca la cesantía crónica.

Creo que éstas son las transformaciones más significativas en la estructura social. A las que habría que agregar los efectos económicos, culturales y morales de la expulsión del país de una masa importante de la población, tanto por la represión política como por motivos económicos.

No hay cifras exactas sobre la magnitud de la emigración. Hay cálculos de la Iglesia que la estiman en un millón de personas, fenómeno completamente nuevo y que acentúa la realidad de una nación profundamente dividida.

Diego:

Claro, pero también uno parece observar una especie de expansión del consumo durante el flujo mayor de

importaciones, un aumento en la calidad del consumo para sectores amplios de la población. ¿Qué efectos crees tú que ha tenido este fenómeno, es decir, crees que se alcanzó a producir integración vía mercado, vía consumo de algunos sectores sociales que expliquen la desmovilización social y política y la apatía más allá de la represión?

Mira, yo creo que el llamado fenómeno del consumismo obedece a fenómenos reales que se han dado en estos años. Ahora, yo sería cuidadoso, sin embargo, para extraer de allí conclusiones de carácter político muy definitivos...

Diego:

No digamos políticas, extraigamos más bien aquellas que tienen que ver con las transformaciones sociales... conectándolas, quizás, con los fenómenos de cambio en las capas medias que a uno le parece observar, para completar un poco el cuadro de cambios en la estructura social.

Bueno, yo tengo la impresión que —en términos de consumo— hay varios fenómenos. El primero y más evidente, es la aparición de un consumo suntuario como este país no había vivido nunca, con todos los efectos que esto produce, no sólo en aquellos que consumen suntuariamente sino en el nivel de expectativas, en el condicionamiento y configuración de formas de vida —personales y sociales— de sectores más amplios que aspiran a acceder —aunque sea parcialmente— a las pautas de consumo de las capas más altas. Este es un primer factor.

Se han producido, además, fenómenos de cambio en la estructura del consumo. Hay un cierto proceso que podríamos llamar de modernización del consumo. El país empieza a consumir de acuerdo a patrones que se acercan —en algunos rubros— a los de sociedades de niveles de desarrollo alto. Hay rubros en que estos consumos cualitativamente nuevos, son relativamente amplios. Léa el otro día —y tengo

aquí cifras de encuestas de consumo donde tú tienes por ejemplo: adquisición de cocinas modernas en el 95^o/o de familias de ingresos bajos, de televisores en el 90^o/o; de radios en el 89^o/o —bueno, la radio ya estaba incorporada antes como consumo de masas—; de refrigeradores en el 52^o/o; de lavadoras automáticas en el 43^o/o. No son, quizás, cifras espectaculares, pero en relación con los índices históricos de equipamiento doméstico en sectores populares son bastante altas. No tengo datos para las capas medias. Pero a simple vista accedieron masivamente a consumos que antes se consideraban conspicuos. El aumento espectacular del parque automotriz o los millones de dólares que se han gastado en importar whisky en estos años no han ido a parar, obviamente, de manera exclusiva a la burguesía acomodada. Es decir, se produce una readequación de los consumos, en el sentido de que consumos propios de sociedades con nivel de desarrollo mayor que el nuestro pasan a ser utilizados por sectores amplios de la población. Habría que agregar el fenómeno de las expectativas que, ligado a este proceso de modernización de determinados consumos —especialmente en el equipamiento doméstico— hace que tipos de consumos que antes aparecían muy lejanos para el hombre de trabajo común comienzan a aparecer como posibles. Lo que evidentemente influye en determinados comportamientos sociales.

Se ha insistido mucho, también, en todo lo que significó este proceso como vinculación relativamente extensa de los consumidores al sistema financiero, debido a la proliferación de los créditos al consumo. Yo creo que todos estos fenómenos han sido reales.

Diego:

Pero tú te niegas a sacar conclusiones políticas. No quieres sacar conclusiones...

No quiero sacar conclusiones políticas lineales de este fenómeno.

Diego:

Ya, claro, o sea una hipótesis tal como que uno de los elementos que determinan la desmovilización social estaría en el hecho de que se estuvieran produciendo integraciones vía consumo, a ti te parece dudosa.

Me parece dudosa. Incluso —en general— creo que corresponde a un tipo de percepción de esta clase de fenómenos sociales que es equivocada. Por lo menos en regímenes dictatoriales modernos como éste. En general, si uno analiza por analogía, —con todo el sesgo que tienen siempre las analogías históricas— yo tengo la impresión de que el factor principal de desmovilización, como factor estructural, es la cesantía y no el desarrollo o la adquisición de una capacidad de consumo más elevada. La experiencia de España señala esto. Cuando los españoles se llenaron de autos, el movimiento democrático no flaqueó. No estoy estableciendo una correlación estricta entre la movilización obrera y el consumo de automóviles por parte de algunos —o muchos— obreros; pero no hay duda de que la industrialización en España, bajo Franco, por ejemplo, desarrolla una clase obrera nueva, desarrolla capitalistamente al país, y es en estos períodos en que se empieza a reanimar el movimiento democrático, desde los 60 para adelante. Me parece que no es una casualidad tampoco, que el movimiento democrático brasilero, por ejemplo, tenga más desarrollo en las áreas industriales que en las zonas deprimidas. En Sao Paulo, más que en el Nordeste. Esta idea de que el consumo es desmovilizador, esconde otra idea: de que la movilización se da en situaciones de pauperismo extremo. Tengo la impresión de que el proceso real no es así, en un país como éste al menos.

Juan.

A mí me da la impresión, y desde fuera de la política, de que en general los partidos políticos chilenos llevaron a la masa más hacia el consumo de ideología que a lo que se podría llamar el insumo de ideologías; a la internalización ideológica más allá del plano del inte-

rés en el corto plazo. O sea, más que una visión de mundo entregaron una visión de intereses cercanos. Crees tú que esto fue así?... Se supone que Chile el 73 era un país mayoritariamente socialista, sin embargo, de repente se transforma en un país netamente capitalista, con una masa media despolitizada que no se traumatiza inmediatamente... Tú tocaste el caso de España, a mí me parece totalmente distinto, ya que allí los partidos tienen una tradición ideológica de años y funcionan históricamente...

Lo que yo cuestiono es que el consumo haya transformado radicalmente en Chile las representaciones políticas, los factores de conciencia. Respecto de lo que tú dices, hay varios temas. Primero, discutiría aquello de que la mayoría del país haya sido socialista el 73. El 73, por lo menos el momento del golpe, hay una minoría importante y muy activa...

Juan:

Pero, desde el 73, hay una mayoría socialista, digamos...

Hay un 42^o/o de la gente que está con el Gobierno a toda costa, con un gobierno que a esas alturas, mal gobierna, con un país con desabastecimiento, con colas, con múltiples problemas cotidianos que afectaban la vida de la gente. Todo ello exacerbado por la oposición, sin duda, pero no vivíamos en un país que “funcionara” normalmente. La Derecha hace el cálculo de que un cierto deterioro político por las dificultades en las condiciones de vida, va a significar un descenso electoral muy grande del Gobierno. La Derecha piensa en términos tradicionales de que el comportamiento político iba a estar muy condicionado por la concreta situación de coyuntura económica y material que vivía la sociedad. La elección de marzo demuestra precisamente lo contrario: un gobierno que tiene serias dificultades para gobernar la sociedad, saca muchos más votos que el 70, y bastantes más. Se sube más del 6^o/o en porcentajes, pero sobre una

masa electoral muy ampliada porque ya votan los analfabetos y los mayores de 18 años. Desde este punto de vista el comportamiento de la Izquierda, de las masas de izquierda en ese período, demuestran, en ese momento histórico, tener niveles de conciencia política o de lo que tú llamas visión de sociedad muy altos. Y ese 42^o/o no es —obviamente— pura clase obrera. Ni son tampoco sólo los directamente beneficiados con las medidas del Gobierno Popular. En ese 42^o/o hay evidentemente un porcentaje, difícil de medir, de electores pertenecientes a sectores sociales que están sufriendo los deterioros relativos que a algunas capas les había significado el Gobierno Popular en sus postrimerías. Hay capas medias que hacen cola para la carne, fumadores empedernidos que no encuentran sus marcas en el mercado o pagan el triple de su precio, etc. Yo no estoy diciendo que se puede traspolar esa situación mecánicamente al Chile del 82, pero en ese período las cosas eran así.

Otra cosa es toda la discusión en la Izquierda sobre el economicismo, que es una discusión antigua. Yo al menos tengo una opinión distinta a muchas. Desde el punto de vista de un programa de transformaciones con sentido revolucionario, la reivindicación económico-material en sociedades como la nuestra es un componente central del proyecto democrático y socialista. No sé si estos problemas pudieran tener una connotación distinta en sociedades con niveles de desarrollo mucho más altos.

La reivindicación económica de los sectores populares, básicamente de los trabajadores, responde a necesidades muy reales, y tienen que formar parte de una plataforma de la Izquierda.

La crítica que yo haría, en este aspecto, a la Izquierda histórica, no es tanto la presencia de las reivindicaciones económicas en su programa, sino el no haber transformado en reivindicaciones políticas necesidades que se ubican en otro plano. En ese sentido hablaría de un sesgo economicista. Pero no tanto por el énfasis, necesario, en la lucha por mejores condiciones materiales de vida sino por no haber incorporado

al programa, a la cultura y al ideario de las fuerzas de izquierda un conjunto de reivindicaciones que hoy día nos parece que un programa socialista tendría que contemplar: todas las reivindicaciones que hacen a la calidad de la vida como elemento fundamental del proyecto de transformación. La reivindicación de una configuración armónica y humana de las ciudades; de la elevación masiva de la vida cultural; las demandas del movimiento feminista; la lucha por la preservación y el buen uso del medio ambiente y los recursos naturales renovables, un conjunto de reivindicaciones que no son exclusivamente económico-materiales, que a mi juicio deben ser componentes sustantivos de un programa que pretende transformar la calidad de la vida y en la que el socialismo aparezca, no puramente como un proyecto que satisfaga de una manera razonable las necesidades materiales sino el conjunto de necesidades humanas que el capitalismo de una u otra manera niega, o al menos resuelve muy insatisfactoriamente, tanto social como individualmente, y que afectan decididamente la vida cotidiana. Todo ello va más allá de la mera reivindicación de una justa distribución del esfuerzo productivo de la sociedad... Esta sí me parece una crítica pertinente.

Y en determinados momentos pueden haber contradicciones entre unos objetivos y otros. Ello plantea, en países de desarrollo medio como Chile, problemas bien complicados desde el punto de vista de qué significa calidades de vida deseables en sociedades como ésta, en función de su dotación de recursos y sus posibilidades económico-tecnológicas. Por allí yo podría seguir un discurso "anticonsumista" pero que no es anticonsumista, sino que entra a calificar los consumos deseables y posibles para las mayorías, en la perspectiva de una creciente igualdad social.

El auto por familia, por ejemplo, a mí me parece una reivindicación discutible en una sociedad como la nuestra, que habría de contrapesar con los efectos que tiene su materialización en la estructuración de la ciudad, en las opciones de desarrollo industrial, etc.

Así, la opción del auto por familia implica una serie de opciones que pueden estar deteriorando la calidad de vida de la masa de la población en otros aspectos.

Diego:

Quiero cambiar un poco de tema. Tú has hablado de dictadura, incluso hablaste de dictaduras modernas. Por qué has dejado de hablar de fascismo?...

Puede ser por una concesión a los entrevistadores... La verdad es que yo hablo indistintamente de dictadura y de fascismo. Entiendo que hay toda una discusión al respecto. En todo caso, no he dejado de hablar de fascismo, me parece que sigue siendo una categoría posible de ser defendida desde el punto de vista más conceptual y que tiene eficacia política. El problema que hay detrás de la denominación es otro: intentar caracterizar el tipo de régimen que tenemos y eso no se resuelve con el título, con el nombre. Yo no estoy discutiendo con términos como autoritarismo o dictadura, la cuestión es tratar de identificar los procesos reales que estamos viviendo. Puede haber una cierta impropiedad en el uso de la categoría de fascismo, en el sentido de que éste responde a fenómenos que se han dado en contextos que tienen bastante diferencias con el nuestro. Sin embargo, es una cuestión relativamente semántica. Recuerdo que hubo un tiempo en que la Izquierda convirtió este asunto en uno de sus principales motivos de polémica, pero detrás de esa polémica por las denominaciones, se escondían problemas más de fondo y más reales.

Diego:

Desde el año 77 para acá, se observa un cambio en la forma y también en la intensidad de la represión. Sin embargo, permanece la desmovilización social, política, y la incapacidad de la Izquierda de incidir en la vida política nacional. A qué factores atribuyes tú esto?

En qué sentido tú afirmas que ha cambiado la repre-

sión?...

Diego:

En el sentido de que la represión del '73 al '77 es una represión completamente elástica, que está definida puramente por necesidades. No tiene ninguna regla no vamos a decir moral— incluso jurídica a la cual atenerse. Desde 1977 para adelante se hace menos elástica, a partir de diciembre de 1976 ya se atenúan hasta desaparecer las desapariciones y se establecen algunas normas muy amplias pero reguladoras. O sea, hay un paso, podríamos decir, de una perfecta elasticidad a una cierta inelasticidad. Los fenómenos tipo Lumi Videla, tipo Soria —funcionario de las NN.UU. que lo tiran por un barranco— no se vuelven a repetir con la misma frecuencia.

Pedro:

Disminuyen los márgenes de arbitrariedad...

Diego:

Disminuyen los márgenes de arbitrariedad, disminuye entonces la vinculación entre política y muerte como posibilidad. Mantiene por supuesto el sistema —es evidente, no hay para qué decirlo— una alta cuota de represión, pero esta vinculación estrecha entre política y muerte; política-amenaza; política-persecución, empieza, en primer lugar a ser más tolerada porque hay un mayor hábito, y en segundo lugar porque hay una menor frecuencia de asociación entre muerte y política. Sin embargo, la disminución de la dureza de la represión no es proporcional a la movilización del movimiento popular. Si tú aceptas esa hipótesis —porque puedes no aceptarla— a qué se debería la explicación, dónde la encontrarías?...

Es bien complicado este asunto. Antes de aceptar o rechazar tu hipótesis, yo haría otra afirmación: que no se puede explicar todo el fenómeno de la desmovilización por la pura lógica de la represión. Este es un aspecto esencial de la situación que vive el país todo

este tiempo. O sea, la imagen de que aquí es la pura represión el arma coercitiva del régimen es simplista. Está todo el otro fenómeno de la atomización social, de la destrucción de las estructuras de agrupación, de constitución de las clases, grupos o sectores; la desaparición del espacio político, la supresión de los partidos, etc. Fenómenos, claro, que tienen un momento represivo inicial, pero que después pasan a ser —por así decir— parte del escenario nacional. Y por tanto, una mayor activación social y política necesita —como condición de posibilidad— que estos factores vayan siendo superados. Esto es muy importante. A lo que hay que agregar que esta situación se mantiene básicamente por la represión. Hay que hacer las dos afirmaciones juntas. Si en una especie de análisis de laboratorio suprimieras la represión, tendrías un proceso de rearticulación de la sociedad explosivamente más rápido que el actual. Yo no creo que se conseguiría automáticamente un grado de articulación idéntico al anterior, porque evidentemente algunos de los efectos de la atomización social no se resolverán en un acto mágico. La experiencia de otros países ilustra este aspecto. El pasivo que quede después de experiencias de este tipo en términos de apatía política, de desmovilización, de privatización, no desaparece con la sola supresión de los estados de emergencia y de las medidas represivas.

Sobre tu afirmación, yo no tengo la impresión de que haya habido una disminución —por así decirlo— sustantiva de la represión. Lo que ha logrado el movimiento de los derechos humanos, el desarrollo del país, y hasta las propias inercias de un régimen como éste, es que —si comparas con el 74-76— el método del desaparecimiento como método de represión a las estructuras partidarias ya no existe. Los otros elementos que hacen a la represión se han mantenido básicamente iguales, con sus ciclos de mayor o menor intensidad, claro está. Ocurre también que el desarrollo de los procesos de rearticulación social y de movilización democrática que se han producido hacen que la represión no sea omnipotente y omnipresente como

aparecía en los primeros años. Un cuadro que dibujara al país enteramente atomizado y desmovilizado no representaría la situación real. Ha habido avances significativos —no los suficientes como para que el movimiento democrático pueda liquidar hoy día a la dictadura— pero que sin embargo se han traducido en la ampliación de espacios de libertad, y de un clima social y político distinto, digamos, al de los años 74-75.

Por último, hay que considerar que los desaparecimientos como método, y el asesinato de los cuadros políticos que se utilizaron ampliamente en esos años, así como la campaña de aniquilamiento de las estructuras clandestinas —el 74 en el MIR y el 75 en el PC y el PS— fue un tipo de represión que en esa época afectaba poco a la masa y prácticamente todas las estructuras partidarias, con muchos costos, lograron resistir y recrearse. Hay toda una historia heroica de esos años, en que la Izquierda logró sobrevivir, que está por escribirse.

Diego:

Claro, pero esos métodos extremos de represión eran un elemento inhibitor formidable de la militancia.

Evidente. Pero desde el punto de vista de la masa que se activa, la política puede hoy día no ser sinónimo de muerte, pero sigue siendo sinónimo de cárcel, de tortura, de relegación, de exilio y de pérdida del empleo. La tortura no ha desaparecido y toda la gente especializada que trabaja en esto dice que tiene un efecto inhibitor formidable, incluso más que la detención y la privación de la libertad física. Los índices del 77, 78, 79 y por delante, no registran disminuciones cuantitativas importantes: detenciones, presos, relegados, etc. Y sigue habiendo un margen —claro, no tan masivo como en el período anterior— para la represión sin ley. Siguen siendo posibles campañas de aniquilamiento, hoy día orientadas básicamente hacia el MIR; pero siempre queda abierta la posibilidad que se extiendan. Y aparecen o siguen produciéndose formas represivas como el asesinato de Tucapel. Lo que

hace que la amenaza de la muerte siga existiendo para una capa importante de gente que se vincula a las organizaciones, en este caso, sindicales.

Diego: *Ya. Pero me interesa más otra cosa, porque es muy evidente que lo que tú dices es verdadero. Yo quería preguntarte: tú señalas el efecto de la privatización, de la atomización, de la desarticulación del tejido social, etc.; tú crees que la Izquierda ha tomado suficientemente en cuenta en el diseño de su política estos cambios, que son cambios culturales producidos en la sociedad?...*

Yo creo que, en general, muy poco. Y cuando los tomamos en cuenta, tengo la impresión de que los tomamos en cuenta todavía muy imprecisamente. Hay una parte de la Izquierda, una línea en la Izquierda, que casi no considera estos cambios. La prensa del PC es un buen ejemplo. Por lo menos, por lo que uno lee, escucha y conversa existe allí una representación del país que a mí no me cuadra para nada con la que tengo, y que pienso que es la real. En fin, es toda esta idea de un movimiento popular existente, consituado más o menos sobre los parámetros en función de lo que se constituyó en el período democrático y con una disposición a la movilización política antidictatorial casi inminente. Hay una línea política que se construye —en buena medida— sobre ese supuesto. Sobre esto, podemos volver más adelante. Pero en todo caso, existe una Izquierda que este dato básico —la desarticulación del tejido social anterior al 73— lo computa muy poco en su análisis de la sociedad.

La otra línea que se perfila en la Izquierda —la de la renovación y la convergencia— es mucho más sensible para pensar la política sobre la base del supuesto de un país transformado. Y a indagar, por tanto, cuáles son las transformaciones que en este terreno hacen necesario replantear muchas de las formas tradicionales de hacer política.

Haría un solo agregado: A veces nos podemos equi-

vocar en identificar cuáles son precisamente estos elementos culturales nuevos que tú señalas. Tengo la impresión —y éste es un tema que circula mucho— de que las grandes alineaciones políticas de las gentes que se alineaban políticamente antes del golpe no se han modificado sustancialmente. Se dice que este país seguiría dividido políticamente en tercios y, que por tanto, no habría una despolitización sustantiva. Hay algo que es cierto en el argumento, o sea, en su subjetividad, en la medida en que éste es un régimen que no ha logrado despertar adhesiones masivas o movimientos importantes de apoyo capaces de modificar la llamada conciencia política, es muy posible que las representaciones e identidades políticas de la mayoría de la población sigan siendo —más o menos— las anteriores. Habría que ver qué ocurre con todas las personas que no se politizaron en la vieja democracia. Allí es posible que hayan elementos enteramente nuevos en este terreno. Yo creo que la despolitización —que es real y que es necesario computar— va por otro lado: consiste en la sensación muy generalizada en sectores muy amplios del país de que la acción individual y colectiva es incapaz de transformar las condiciones de la sociedad. Este es el elemento de despolitización que yo veo más presente.

Pedro:

Sobre la primera afirmación, esta idea de la permanencia de las identidades políticas —derecha, centro, izquierda— tú no crees que ha emergido una cierta identidad democrática, entre el centro demócrata cristiano y la Izquierda?...

Creo que hay gérmenes de eso, existen gérmenes de nuevas identidades. Pensar que existen nuevas identidades desarrolladas sería contradictorio con todo el análisis que se hace sobre la despolitización de la sociedad. Hay gérmenes nuevos allí donde han podido constituirse...

Diego:

Tú no crees que lo democrático reclassifica, por usar la palabra, las identidades políticas, resitúa. Que lo democrático se pone por arriba de la identidad de izquierda?...

Claro, en el sentido que la Izquierda vive un proceso de revalorización de la democracia política. En proyección ello puede reidentificar al conjunto del cuadro político del país, pero no necesariamente las adscripciones a las grandes corrientes que existen en el campo democrático. Por decirlo de otra manera, yo veo muy difícil que se pueda...

Pedro:

El campo democrático es un término nuevo...

Evidente...

Pedro:

Antes no tenía sentido, políticamente, hablar de campo democrático...

Lo que hay en todas las fuerzas políticas es una revalorización de la democracia, de alguna o de otra manera.

Pedro:

... Y en la Iglesia Católica...

Cierto. Yo no imagino que un partido político tenga perspectiva nacional en Chile sin que afirme programáticamente su adhesión a los derechos humanos, por ejemplo...

Juan:

A qué crees tú que se debe que tanto antes como ahora parte de la Izquierda, por lo menos, tenga una debilidad crónica para descodificar la realidad, para captar realmente lo que está pasando. Llegamos a la conclusión de que esa había sido una de las causas básicas

del desastre. Y hoy día, parte de la Izquierda estaría en lo mismo, con una especie de voluntarismo en la interpretación de la Historia...

A mi juicio, las dificultades en este aspecto tienen muy directa relación con todos los procesos que dieron origen a la constitución del tipo de pensamiento dominante en la Izquierda. Ese es el nudo central del problema. Sobre esto ya hemos hablado. Esta me parece una llave de explicación válida: una izquierda que se desarrolla en un marco teórico-cultural estrecho, dogmático, acientífico. Y que desde ese punto de vista pierde posibilidades de comprensión de lo real.

Se crea entre ciertos elementos de su pensamiento —o de su ideología en el sentido más estricto— y la realidad un abismo, donde el desciframiento de aspectos importantes de la realidad se convierte en un proceso insólitamente difícil. La no superación de este tipo de problemas tendrá efectos históricos relativamente serios para la Izquierda, porque se puede crear una distancia creciente entre la realidad de las cosas y el sentido común de la gente y las representaciones, la simbología y la política de la Izquierda, o de parte de ella. Esta es una cuestión más compleja hoy día, porque de alguna manera el pensamiento y la ideología izquierdista —de una izquierda que tenía una práctica social muy amplia, viva y rica— no le impidió desarrollarse hasta un cierto grado. Sí le impidió conquistar una hegemonía estable en el país. Hoy día la no superación de este nudo limitante puede impedirle que se constituya en una fuerza nacional de significación. El desafío tiene hoy día un mayor dramatismo, una mayor urgencia histórica y se convierte en un problema político sustancial, y no en una cuestión puramente académico-teórica.

Diego:

¿Cuáles son los principales elementos de ilusión política que tú ves hoy día; para continuar la pregunta, cuáles serían estos velos ideológicos?... Ya señalaste

uno, esa especie de diagnóstico irreal de Chile. Me gustaría que prolongaras más esa respuesta. Cuáles son hoy día las ilusiones con las que vivimos?... En el sentido de falsas ilusiones... cuando tú decías un cierto modo de mirar el país que es perfectamente irreal. Esta especie de país combativo, en marcha, heroico, movilizado. Bueno, ahí uno percibe claramente una ilusión. Pero tengo la sospecha de que hay otras ilusiones.

Evidentemente que hay otras ilusiones. Existe la otra gran ilusión del partido-portador-per-se de intereses sociales predeterminados y que alude a una determinada forma de concebir al partido como instrumento de transformación social y de vinculación del partido con el mundo de lo real. Lo que podríamos llamar la ideología “del partido de la clase obrera”, per se, porque lo afirma, independientemente de lo que pase en el país con los obreros concretos, etc. La idea del partido —que también per se— tiene un programa claro “a aplicar” a la realidad y que por lo tanto es relativamente inmutable en sus contenidos sustanciales.

Hay allí un conjunto de esto que hemos llamado ilusiones que impiden —incluso— entrar a una discusión que hoy día es absolutamente pertinente para responder al problema de qué es hacer política y hacer partido en un país como éste: partido y política revolucionaria, socialista. Cómo se hace esto concretamente en este Chile transformado; en términos más conceptuales, en todo lo que hace a una determinada teoría del partido como instrumento de transformación, hay otro nudo de pensamiento insuficiente, amputado, de la Izquierda. Nos movemos muchas veces con unas categorías que no responden a las demandas que surgen de la sociedad en que pretendemos operar.

Existen también esquemas falsos en toda la problemática de la vinculación entre partido, clase obrera y socialismo, en una sociedad como la nuestra.

La otra gran cuestión que una parte de la Izquierda no logra resolver definitivamente es cómo se asume la

democracia como un elemento central, estratégico. Y cómo la Izquierda, siendo democrática mantiene identidad socialista. Porque allí, hay otra ilusión posible...

Diego:

Eso quiero entenderlo. El socialismo es una ilusión para tí?

No, el socialismo para mí sigue siendo el elemento de identificación histórica del movimiento popular y de la Izquierda.

Diego:

Por qué?... Porque no es una ilusión hablar de lo que está lejos, cuando sólo vemos que nuestro horizonte en un plazo largo— no es el socialismo? ¿Hablar de socialismo no será hablar de algo que está muy lejos? Y no plantearlo como utopía —porque claro, como utopía yo lo entiendo— sino como reivindicación. Te pregunto si tú crees que la Izquierda tiene que seguir identificándose con el socialismo?...

Sí, absolutamente, y no es esta una afirmación dogmática. A mi juicio, siguen existiendo en este mundo muy buenas y sólidas razones para procurar una superación completa del capitalismo como forma de organizar la sociedad. Esta no es una ilusión, una idea falsa por decirlo así. Además, en países como éste, la experiencia histórica de estos años es un test —extremo claro, pero un test al fin de cuentas— de lo que da un intento serio de hacer capitalismo.

No participo de la idea de una cierta izquierda, de concebir al socialismo como un punto terminal que se pone, por así decir, para las calendas griegas y que responde a una concepción algo mecanicista de la transformación social.

Diego:

Tú dices que hay que luchar por construir el socialismo.

En los plazos más breves posibles, no en los más largos.

Diego:

¿Cómo concilias eso con una política democrática?

Precisamente postulando un proyecto socialista que realice plenamente la democracia en todos los planos de la vida social, y un camino de construcción del socialismo mediante la profundización de la democracia en todas las esferas. En esta concepción democracia y socialismo se identifican plenamente... en el socialismo claro está, porque en el capitalismo la democracia será siempre y necesariamente incompleta, escindida.

En esta óptica el socialismo será posible cuando las fuerzas socialistas conquisten la hegemonía de la sociedad y consecuentemente en el Estado.

Juan:

Por qué la renovación de una parte de la Izquierda tuvo que pasar por un golpe como el que hubo aquí...

No es que la renovación haya tenido que pasar por un golpe. Ocurre que el golpe nos plantea dramáticamente el problema de la renovación. Se desarrollan, además, procesos de renovación de las izquierdas como un fenómeno contemporáneo.

Pedro:

Pero antes del golpe, había o no gérmenes de la actual renovación de la izquierda?...

Sustancialmente no, al menos en el terreno teórico y cultural.

Juan:

En ese sentido el golpe es fundamental.

Pedro:

Pero existía la necesidad, en ese sentido era un tema

actual.

Era un tema pertinente.

Diego:

No fuimos nosotros los que inventamos el Eurocomunismo y hartó que nos hacía falta.

Creo que esto forma parte de la conversación anterior. El proceso que la Izquierda había desencadenado históricamente en el país requería, ya en ese momento, de un marco teórico-cultural distinto del que se tenía.

Juan:

O sea, que el golpe es elemento precipitador.

Le da un dramatismo distinto a esa necesidad. Sin hacer afirmaciones grandilocuentes, a mi juicio, en el Chile que yo imagino hacia adelante, si la Izquierda no se renueva en algunos aspectos sustantivos, no va a tener siquiera el rol que tuvo en la vieja República. Y si la Izquierda pretende constituir una fuerza nacional capaz de desarrollar socialismo en este país tiene que superar con mucha amplitud su performance histórica anterior. Porque éste es el caso, además, de una izquierda derrotada en un proceso revolucionario. No todas las izquierdas han llegado a ese punto de fuerza. Pero, haber llegado y luego sufrir una derrota de magnitud tiene consecuencias históricas.

En este país, la Izquierda tiene que hacer las cuentas con esa derrota de proporciones.

Pedro:

¿No crees que otra ilusión de la Izquierda es la conciencia de su propio tamaño?

¿Hoy día?... ¿En qué sentido, tamaño?... Habría que calificar tamaño.

Pedro:

En su peso.

Diego:

Tú crees que la Izquierda es un tercio.

Pedro:

Electoralmente un tercio, pero hoy día ¿cuál es su peso?...

El problema es que ello significa un cambio completo de escenario. Ahora, en un juego de cambio de escenario yo tengo la impresión de que es por ahí. Creo, además, que es una cuestión que no tiene mucho sentido discutir.

Diego:

Pero la ilusión del tamaño. No será de que hoy día una de las cosas que caracteriza la sociedad autoritaria es justamente la ruptura y quiebre, la reestructuración de las pautas de representación. Que a lo mejor no permanecen más que con el autoritarismo. Son flores de esta sociedad y mueren con ella. Pero, mientras están, operan.

Y explican, por lo tanto, estos grados tan permanentes de desmovilización. Una parte por supuesto, otra se explica por la represión y la coerción. No quieres confesar que somos chicos.

No es que no quiera confesar que somos chicos. Sino trato de representarme las cosas como efectivamente pueden ser. Este es un terreno lleno de hipótesis.

Diego:

Pero son importantes las hipótesis.

Tengo una hipótesis particular que —como la tuya— tampoco la puedo demostrar fehacientemente. Construida por analogías, por aproximaciones, por juego de cambio de escenarios y que no acierto a ver bien qué utilidad tiene.

Diego:

Pero no te ubiques en el escenario próximo de la democracia. Ubícate en el escenario del autoritarismo. Yo te digo hoy día, creo que la Izquierda, o lo que la Izquierda es capaz de movilizar, es de tamaño muy pequeño.

En esta sociedad, la Izquierda tiene una capacidad de movilización como la que conocemos, que es hoy día escasa. Eso es evidente. Si mido así tamaño, sí. Si tú mides tamaño por la cantidad aproximativa de chilenos que se identifican con la Izquierda, con el socialismo, con lo que ha significado históricamente la Izquierda, creo que esa cantidad de chilenos es grande. Tú la encuentras en muchas partes. Yo me la encuentro en muchas partes. Aunque no ando encontrándome con demasiada gente en este país... Representarse así la situación también da pistas políticas. Por lo que decía anteriormente. Hoy día no hay, como alguna gente se imagina, que hacer el proceso del "Que hacer" de Lenin del año 1903, de despertar la conciencia antidictatorial de masas que están embaucadas ideológicamente por la Dictadura. Yo no creo que éste sea nuestro problema principal. Y no sólo cómo Izquierda. Creo que en los niveles de conciencia, de representaciones de conciencia, es real que hay sentimientos democráticos muy amplios en el país, o aspiraciones al cambio mucho mayores que la movilización actual de actores sociales. Esta es aún débil. Y esto señala toda una pista para enfrentar los problemas que tenemos políticamente, la cuestión de las formas de hacer política y toda esa problemática.

Diego:

A mí me da una pista mala eso. Yo entiendo que tú rechaces el embaucamiento, además que la palabra es perfectamente digna de ser rechazada. Pero lo otro lleva a creer que lo único que tenemos que hacer es organización. Es una versión más matizada de la óptica del PC, pero al fin parecida, en la medida que supone una masa hoy retraída pero disponible para la

acción.

Tu conclusión es arbitraria. Yo afirmo en este plano que el fenómeno de despolitización que básicamente enfrentamos no es que la gente haya alterado radicalmente sus representaciones políticas, sino que no sabe qué hacer con ellas. Se ha perdido el sentido de la política, la conciencia de que la acción colectiva puede transformar la realidad. Entre la conciencia democrática y la adscripción histórica el PDC, el PC, el PS o la Convergencia Socialista y la vida práctica de la mayoría existe un vacío, y ese vacío no se puede llenar, obviamente, con pura organización: conocemos los límites de esa manera de concebir el problema. La cuestión es que no es posible hacer la política que sabíamos, porque nos cambió la sociedad y el Estado. De allí surge toda la temática de la renovación de la práctica política, de la reconstrucción de actores y sujetos sociales y políticos capaces de convertirse en protagonistas de la lucha por la democracia y luego de sostenerla. Esa reconstrucción es un proceso complejo: es social, es cultural y es también política; requiere de agentes y animadores múltiples, ya no es el monopolio exclusivo de los partidos, pero necesitará también de partidos, de unos partidos que se constituyan en función de estas exigencias en varios aspectos inéditos. De allí el desafío de la renovación de los partidos y del cuadro político del país. Si queremos de verdad aprender las lecciones de nuestra historia la óptica es, entonces, bastante más amplia y ambiciosa que la de reorganizar o desarrollar la organización de los partidos que tenemos.

Diego:

Comúnmente se dice que uno de los fenómenos más originales de la situación actual es la aparición de nuevos movimientos sociales. Pero uno podría preguntarse si se tratará de nuevos movimientos sociales o más bien de cambios en la percepción, lo que nos permite distinguir lo que antes menospreciábamos por una especie de reduccionismo clasista.

En un sentido estricto han aparecido pocos movimientos sociales nuevos en estos años, al menos de dimensiones nacionales. Ello tiene que ver con fenómenos que ya hemos mencionado: la atomización social como una característica de la situación actual y las dificultades del proceso de reconstrucción de sujetos sociales. Con todo, se ha realizado un esfuerzo considerable para reconstituir organización e identidad social y popular. En este proceso sí se han producido fenómenos nuevos, que pueden tener una influencia duradera en el país en la medida en que logren consolidarse establemente más allá de las críticas coyunturas que los originaron. El proceso de rearticulación social ha consistido en algunos casos en el esfuerzo de reconstruir —en las nuevas condiciones— movimientos que han tenido gran desarrollo y gravitación nacional, como el sindical y el juvenil. En otros, el desafío ha sido responder a necesidades nuevas, surgidas como consecuencias de las políticas de la dictadura: la represión, la cesantía crónica, la pauperización creciente de enormes franjas del mundo popular, el exilio, etc., lo que ha dado origen a nuevas organizaciones y redes de solidaridad en barrios, poblaciones y, —en casos— a nivel nacional. Asimismo, actividades, iniciativas y organizaciones culturales se han convertido en agentes importantes de reagrupación y de constitución de identidad social y cultural democrática, especialmente en los ámbitos juveniles. Se desarrollan gérmenes de movimientos sociales nuevos en el país. Dos me parecen los principales: los esfuerzos tanto a nivel de la reflexión, como de iniciativas de una cierta envergadura por generar un movimiento feminista; y la sensibilidad aún difusa, pero creciente, respecto de los problemas ecológicos. A ambos les doy gran importancia a futuro, en la medida que sus reivindicaciones tienen un potencial liberador y transformador enorme. Estos son movimientos estrictamente nuevos en el país, por lo menos en las últimas décadas.

Con todo, lo fundamentalmente nuevo son las condiciones en que se reconstruyen los movimientos so-

ciales y la sociedad civil: desde fuera del Estado —con el Estado activamente en contra— y con los partidos políticos proscritos, clandestinizados y perseguidos. Los partidos jugaron un papel decisivo en la generación del tejido social chileno. A su vez, las organizaciones de clase, culturales y otras se constituyeron al interior de un sistema político abierto y negociador.

En estas condiciones la Iglesia Católica ha jugado un papel de gran importancia —institucional e ideal— en el proceso de reconstitución de los movimientos sociales, especialmente en los sectores populares. Este es un gran elemento de novedad. Los partidos —particularmente los de izquierda y más recientemente la Democracia Cristiana— a pesar de sus problemas, han jugado un papel relevante en este proceso.

Diego:

¿Cómo evalúas el papel de la Iglesia Católica en todo este tiempo?

En este terreno las opciones pastorales de la Iglesia la han convertido en uno de los agentes fundamentales en la rearticulación del mundo popular. Esta función se ha realizado con una óptica distinta de la que la Iglesia había tenido en períodos anteriores, en los que promovió la creación de organizaciones sociales católicas inscritas, finalmente, en el marco cultural y político de la Democracia Cristiana. Esta actitud ha cambiado en lo fundamental.

Tanto el apoyo de la Iglesia al proceso de reconstitución del tejido social, como su defensa de los derechos humanos avasallados por el régimen han sido realizados con gran amplitud. La llamada pastoral de frontera, en la que la Iglesia se compromete también con no cristianos en la consecución de fines comunes, constituye un esfuerzo por definir incluso conceptualmente esta nueva óptica. Me refiero a la Iglesia en su conjunto, a sus tendencias dominantes, sin olvidar sus tensiones internas y la supervivencia de una Iglesia tradicional y conservadora, que sin embargo en Chile constituye una expresión minoritaria, incluso en el

episcopado.

Asimismo, se han transformado en estos años las relaciones de la Iglesia con el mundo popular, con la política y los partidos, y con el Estado. Tenemos una Iglesia con una gran presencia en el mundo popular, cuya vinculación privilegiada con la Democracia Cristiana en el terreno político —característica de los decenios anteriores— ya no podrá reproducirse sin provocar serias e innecesarias tensiones internas, y que se enfrenta —globalmente— al régimen y sus fundamentos políticos y éticos.

Pedro:

Te has referido al rol también importante de los partidos en el proceso de reconstitución de organización e identidad social, lo que ya no aparece tan evidente. Durante la época democrática los partidos desarrollaban una función de mediación entre la sociedad civil y el Estado que les daba un ascendiente y una influencia determinantes en todas las organizaciones sociales. Desaparecida esa función, ¿cómo se reestablece la vinculación entre los partidos y la sociedad civil?, o dicho de otro modo, ¿no aparece superflua hoy día la existencia de los partidos, al menos como agentes en el proceso de reconstitución de la sociedad civil?

Con todas sus insuficiencias y problemas, los partidos han sido agentes importantes en los procesos de reconstrucción de casi todos los movimientos sociales. Las excepciones son escasas. Este es un dato empíricamente demostrable. Hay que tener en cuenta que en los primeros años después del golpe los partidos —aunque diezmados y clandestinos— fueron las pocas organizaciones democráticas que lograron subsistir y funcionar con sentido colectivo y no controladas por la dictadura. Durante esos años fueron —además— los mediadores casi exclusivos entre el inmenso movimiento de solidaridad internacional con Chile y las organizaciones sociales democráticas que se generaban.

Este rol de animación y apoyo a los movimientos

sociales se ha realizado a través de las estructuras formales de los partidos, y en muchos casos mediante la iniciativa de ex-militantes que mantienen su identidad política —democrática y en muchos casos socialistas— aunque no hayan reestablecido e incluso hayan roto las vinculaciones orgánicas con sus partidos de origen. Este fenómeno, la activa participación de ex-militantes en diversos movimientos sociales, ha aumentado en estos últimos años de crisis más o menos aguda en los partidos de izquierda. Sin embargo, sería erróneo pensar que esa presencia está privada de contenidos políticos e ideales, que sea una suerte de “activismo social” puro.

En todo caso, los partidos se han encontrado con un problema nuevo: no han podido reproducir el tipo de relación que establecieron históricamente con los movimientos sociales —en la que éstos se subordinaban al Partido— precisamente por su clandestinización y pérdida de esta función mediadora propia del período democrático. Ello ha favorecido la tendencia a una mayor autonomía de las organizaciones sociales respecto de los partidos, incluso en aquellas cuya reanimación inicial estuvo muy vinculada a la acción de éstos. En el movimiento sindical, por ejemplo, han sido recurrentes los conflictos entre los dirigentes y los aparatos sindicales de los partidos que insisten en reproducir una relación de subordinación de lo social respecto de lo político; y han surgido, de otra parte, fuertes tendencias a afirmar la indispensable autonomía del movimiento, al interior de las cuales existen sectores que incluso llegan a posiciones estrechamente corporativas y “apolíticas”. El llamado movimiento sindical de base es un buen ejemplo de esta nueva afirmación de la necesidad de redefinir la vinculación entre lo social y lo político, entre las organizaciones de masas y los partidos.

Se producen así, modificaciones de hecho, fácticas entre los partidos y el movimiento social. La revisión en un nivel más teórico de toda esta problemática, que es uno de los contenidos fundamentales de la renovación del pensamiento de izquierda, se da, enton-

ces, en un contexto en el que la práctica tiende a coincidir con una reflexión que reivindica la necesaria autonomía del movimiento social y critica las formas tradicionales de concebir y realizar la función dirigente de los partidos políticos. Al mismo tiempo, la superación de lo que llamaría un clasismo primitivo, según el cual toda contradicción social e ideológica que no esté referida a la fundamental entre proletariado y burguesía es secundaria y debe subordinarse, ha permitido valorar el aporte propio que diversos movimientos sociales —juveniles, femeninos, popular-territoriales, etc.— y culturales pueden realizar, desde su perspectiva, a la lucha por la democracia y el socialismo.

Movimientos que en la antigua óptica eran reducidos a un poco atrayente papel de aliados secundarios de la clase obrera. No es esta una modificación menor. Desde un punto de vista de izquierda supone una concepción del socialismo en que éste constituye un proyecto que apunta a erradicar toda forma de explotación, dominación y discriminación: del proletariado por parte de la burguesía; de los ciudadanos por las burocracias estatales; de las mujeres por los hombres, etc....

No se niega en tal visión que la superación de la explotación económica de los trabajadores es una condición necesaria de la emancipación social y política; pero se constata que no es suficiente para eliminar todas las opresiones y servidumbres. Es por ello, y no por consideraciones tácticas o puramente pragmáticas, que se valoriza el papel autónomo y específico de diversos movimientos sociales que, en la tradición de la Izquierda, eran meros acompañantes del movimiento obrero; o incluso sospechosos de contaminación burguesa como el feminismo y el ecologismo.

Se han dado entonces, en este terreno, tanto fenómenos nuevos como modificaciones en el pensamiento de una parte de la Izquierda. Que los nuevos fenómenos de signo positivo se conviertan en un dato permanente depende de la capacidad del pensamiento renovado de convertirse en hegemónico, tanto a nivel

de lo político como de lo social. Si no ocurre así, es muy posible que la restauración de un marco político democrático y la recuperación del indispensable rol mediador y universalizador de los partidos políticos reproduzcan las formas tradicionales de relación entre éstos y las organizaciones populares.

tercer día

Sobre democracia y socialismo •
Sobre el proceso de transformación •
socialista

Diego:

Bueno, partamos con el tema de democracia y socialismo. No podemos decir que es radicalmente un tema nuevo, ha estado presente en las críticas marxistas originarias a las dictaduras del proletariado. Pero en el caso de la Izquierda chilena, en torno a la revalorización de la democracia, aparece el tema de democracia y socialismo. ¿Qué significa eso para ti, cómo se concretiza desde el punto de vista del régimen político la relación entre democracia y socialismo? Me da la impresión de que cuando se habla de democracia y socialismo hay implícita una crítica a la dictadura del proletariado. Hacer esa crítica implica inmediatamente pensar en una alternativa de Estado y régimen político, tal como lo pensaba, por ejemplo, Rosa Luxemburgo el 17, cuando le decía a Lenin: no, no, no, libertad política para todos, pluralismo político, etc.

El tema se puede abordar desde múltiples perspectivas. En la Izquierda chilena existe, como tú dices, un proceso de revalorización de la democracia, particularmente a raíz del golpe y en estos años de fascismo. Se produce una relectura de la historia política del país. Esta es una veta que se puede explorar y que pone el problema de la democracia de una manera distinta a como era percibida teóricamente en el período previo al golpe. De allí surge otro elemento; cómo se vincula la lucha por la democracia —que hoy día está en la plataforma de todas las fuerzas de oposición— con la orientación, la definición, la vocación socialista de la Izquierda. Se plantea la cuestión de qué democracia para el socialismo o, a la inversa, qué tipo de

socialismo capaz de recoger estas aspiraciones democráticas.

En el pensamiento marxista en Chile esta es una temática relativamente nueva: los antecedentes habría que buscarlos en el tipo de pensamiento marxista que se dio en el país, y que se expresó básicamente en el Partido Socialista chileno desde su fundación. En el PS hay una crítica temprana al stalinismo, inicialmente de inspiración trotskista; todas las formulaciones programáticas del socialismo siempre apuntan a un proyecto donde el aspecto democrático es central; existe una aproximación distinta a la del otro gran partido marxista —el PC— sobre el fenómeno yugoslavo en los 48; está el pensamiento de Allende sobre la vía chilena al socialismo, etc. No es ésta, por tanto, una cuestión enteramente nueva en el pensamiento marxista de la Izquierda, pero desaparece bastante de su universo teórico en los años 60. En la historia más reciente, entonces, se tiende a tener una visión más estrecha e instrumental de la democracia, considerada puramente un escenario más favorable que otros para la lucha por el socialismo. Pero de alguna manera aparecen como dos objetivos distintos.

Pedro:

Eso se debería a la influencia "guerrillera"...

Convergen varias influencias. Por una parte, la tradición marxista-leninista dogmática, que domina sin contrapeso en el PC y tiene influencia en PS, y otros partidos marxistas como el MAPU, a la que se suman las nuevas influencias —tanto políticas como ideológicas— de la época de los 60. Toda la discusión sobre las vías —y la vía armada particularmente— se desenvuelve en un contexto teórico respecto del Estado muy similar al anterior. Incluso la "izquierda" de esa época desarrolla con mucha fuerza la crítica al carácter formal de la democracia burguesa, a la imposibilidad de producir transformaciones revolucionarias desde estados democrático-burgueses, lo que lleva que a nivel continental se promueva la guerrilla prácticamente en

todos los países, al margen de las diferencias —entre otras— de sus regímenes políticos. En Chile, claro, no se dio la guerrilla —sólo unos cuantos asaltos a bancos en el período de Frei— pero esa vertiente de pensamiento en la Izquierda tampoco contribuyó para nada a un discurso marxista más fino sobre el Estado y la democracia. Todo lo contrario. No alcanza a llegar a Chile la influencia de un marxismo más moderno, como el italiano, por ejemplo, que releva estas cuestiones, sin perjuicio de que muchos de los desarrollos teóricos y políticos —sobre todo del PCI— son muy anteriores al golpe. Su influencia en nuestra izquierda es posterior a 1973. Incluso Gramsci sólo es conocido en círculos muy restringidos. El marxismo de moda entre nosotros en esos años —después de los 68— es más bien althuseriano, estructuralista, que tampoco da luces para un discurso teórico más complejo sobre la relación democracia-socialismo, capaz de dar cuenta en ese nivel de la propia práctica de la Izquierda y de su proyecto de "vía chilena al socialismo". La influencia maoísta que nunca fue grande, pero que se dio —en el PS y el MAPU especialmente—, tampoco tiene desarrollos interesantes sobre estas cuestiones.

Se plantea así una temática nueva en la Izquierda chilena, pero que en el pensamiento marxista, incluso en el clásico, no es nueva como tú dices. Si quisiéramos encontrar antecedentes históricos sobre este tipo de discusión, habría que irse a los debates al interior de la II Internacional antes de su ruptura. Desde nuestro punto de vista se requiere de una parte, profundizar la crítica a la democracia burguesa, ejercicio teórico y político que me parece fundamental. O, si se quiere, profundizar el problema de la relación entre democracia y capitalismo, sobre todo en los países de la periferia del sistema capitalista mundial. Establecer lo más precisamente posible el tipo de crítica que hacemos a las formas democráticas que se han dado en el capitalismo tiene importancia para precisar nuestro proyecto, como también para determinar cuáles elementos de la democracia —tal como ha surgido y se ha desarrollado en el capitalismo— se recuperan y

acentúan en el proyecto socialista.

Diego:

Por eso yo te hacía la pregunta relacionada con el régimen político. Cómo tu reconcilas en una propuesta socialista dictadura y democracia. ¿Tú crees que la idea clásica o la idea constituida históricamente de dictadura del proletariado tiene que ser revisada o no?

Yo creo que sí. Tanto en Marx, como también en Lenin, el concepto de dictadura del proletariado es bastante genérico, apunta al carácter de dominio que tiene toda forma estatal, de dominio de clases. Ese aspecto de la noción marxista e incluso leninista es hoy día una adquisición de las ciencias políticas. Ya no hay nadie que seriamente pueda decir que el Estado no expresa una forma de dominio, aunque por cierto no es solamente eso.

En la teoría del marxismo clásico, la cuestión de la organización político-estatal del socialismo es un problema muy poco trabajado.

Está luego el problema de la concepción histórica de los regímenes que se definen como dictadura del proletariado, que es otra cosa. Esto lo discutimos la vez anterior. Lo que hay que revisar hoy radicalmente son las formas estatales y la organización política que se ha dado el socialismo históricamente realizado.

Diego:

O sea, el régimen político socialista tú lo concibes pluripartidista, electoral y representativo.

Lo concibo pluralista. En general, pluripartidista. Digo, en general, porque yo haría la salvedad para algunos países atrasados y con escaso desarrollo político anterior, como ciertas realidades del África y otras.

En Chile, obviamente, un régimen político pluripartidista, lo que creo válido además para América Latina en su conjunto.

Lo concibo también representativo. No es pensable

un régimen de democracia no representativa, vale decir directa, en sociedades complejas.

Pedro.

Correcto, pero sigue siendo un problema esto, cómo se expresa y se realiza la soberanía popular en el socialismo.

Es justamente ahí, en el diagnóstico que tú hacías sobre el socialismo real, donde diagnosticabas un déficit de soberanía popular.

Me parece que ahondar en el tema obliga a referirse a la crítica a la democracia bajo régimen capitalista. ¿En qué sentido es pertinente dicha crítica?

La primera, que es la central, es la contradicción que existe entre el principio de la soberanía popular aplicada en el terreno de la organización del Estado y de lo "político" con el principio de la apropiación y de la gestión privada de la economía.

Y de allí, entonces, el carácter relativamente formal de la democracia, donde toda una esfera sustantiva de la vida social queda regida por otro principio, que no es el principio democrático, el principio de la soberanía popular, y que es toda la esfera de la vida material y de la producción. Sin perjuicio de que en capitalismo más o menos desarrollados se introduzcan factores de intervención político-estatal en la economía, sigue operando el principio de la privatización de la esfera económica. Creo que ese es un problema central, que hace al carácter incompleto —en ese sentido yo diría engañoso, falso— de la democracia bajo un régimen económico-social capitalista.

Desde ese punto de vista, el gran desafío de la democracia socialista es extender el principio de la soberanía popular, del control y de la gestión democrática, a la esfera de la economía. No imagino una democracia socialista donde ese elemento no este desarrollado. Yo creo que eso distingue a la democracia socialista de una manera bastante radical de la democracia capitalista.

La segunda crítica clásica, es todo el problema de

la separación entre sociedad y Estado que en la democracia liberal se resuelve muy insuficientemente por la vía de la representación. De la crítica a un aparato del Estado, distinto de la sociedad que la gobierna, surge toda una perspectiva, que es estrictamente marxista, y apunta al auto-gobierno como forma política tendencial del socialismo. Finalmente —como señalaba Gramsci— hay que contestar la pregunta de si queremos que sigan habiendo gobernantes y gobernados para siempre. Este es un problema central de la ciencia política marxista, y debería serlo de la práctica socialista.

Bien, allí hay una segunda contradicción. Yo creo que esa contradicción no se resuelve plenamente en el socialismo, en el sentido de que en el socialismo sigue habiendo Estado. Y la perspectiva marxista de la extinción del Estado ha sufrido bastantes embates de la Historia. Sigue siendo, a lo más, un horizonte de muy largo alcance histórico. No creo que nos vengan de ella indicaciones muy útiles, salvo esta tendencia, esta suerte de tendencia utópica al autogobierno pleno de la sociedad por sí misma, sin la mediación del Estado.

Pero, en fin, los problemas del Estado, de la subsistencia del Estado, son problemas que se van a arrastrar por un muy largo período histórico. Y por tanto, que tienen que ser objeto de una atención muy importante. Alguien decía que quizás por allí hay una veta para explicar por qué la teoría política del marxismo es tan insuficiente: ya que se supone que el Estado en el socialismo es transitorio, a este Estado de transición nadie le da mucha importancia porque está destinado a desaparecer. Pero la realidad histórica es que el Estado sigue subsistiendo.

Ahora bien, desde el punto de vista de la organización política muchas de las instituciones y de los mecanismos de la democracia liberal, tienen que ser recuperados y desarrollados en el socialismo. Un Estado representativo, el principio electivo de todos los órganos de la soberanía popular, la renovación periódica mediante elecciones de todas las autoridades estatales en los diversos niveles, las libertades políticas: de ex-

presión, asociación, etc., y en sociedades con desarrollos políticos suficientes el pluripartidismo, son componentes de la institucionalidad democrática-liberal que tendrán que subsistir y perfeccionarse en un régimen de democracia socialista. El problema es cómo se compatibilizan estas instituciones con la ampliación democrática que se persigue en el terreno de la economía.

Juan:

¿En qué se diferencia ese régimen que tú describiste con el italiano, por ejemplo?...

En que en Italia la gestión económica sigue siendo en lo sustantivo privada. Un tipo de capitalismo de estado. O sea, el control democrático sobre la FIAT es mínimo salvo aquella intervención general del Estado ordenador.

Juan:

¿A qué se debe?...

A que Italia es un país capitalista, que no ha dado ningún paso a la transformación socialista.

Juan:

O sea, teóricamente, podría transformarse dentro del mismo sistema, ¿o no?...

Teóricamente sí. El otro gran problema que tienen las democracias liberales, es hasta qué punto, precisamente, permiten la transformación del régimen económico-social por las vías del régimen político democrático. Nuestra experiencia al respecto fue negativa, por ejemplo. Así y todo allí donde existen o se conquistan estados democráticos, las fuerzas socialistas deben luchar por la profundización de la democracia hacia el socialismo.

Pedro:

Tú señalas un antagonismo, una contradicción entre

la forma de democracia liberal y la organización privada de la economía de un lado, y entre soberanía popular y representación política por otro; pero también hay otro antagonismo en las sociedades capitalistas entre la propia democracia liberal y la realidad estatal. Hay una tendencia hoy día a una gestión privada de la cosa pública, de la cosa política.

Existe también este otro elemento: las tendencias autoritarias y no democráticas en la formación estatal capitalista contemporánea, que yo creo que son poderosísimas, que siempre lo han sido además, y que hoy día se dan con mucha fuerza por varias razones.

La democracia liberal original es una democracia censitaria, restrictiva, elitaria, no asociativa. La democracia moderna de los países capitalistas no es el producto puro de la hegemonía de la burguesía en el terreno del Estado. Es el producto de la lucha, básicamente entre burguesía y movimiento obrero y popular, lo que ha generado formas estatales democráticas con mayor o menor amplitud como las que conocemos: las modernas democracias de masas. En Chile se desarrolló una democracia de este tipo.

Ahora, en la propia democracia capitalista contemporánea se desarrollan tendencias muy severas a limitar el ejercicio de la soberanía popular en el ámbito del propio Estado. Eso asume, a veces, las formas de cercenamiento objetivo de las libertades democráticas, como en el caso de Alemania Federal, por ejemplo: la legislación electoral, el "berufverboten", en fin, limitaciones objetivas a lo que son algunos elementos constitutivos del ideario, por así decir, liberal-democrático. Se dan asimismo formas, aparentemente más sutiles, que tienen que ver en primer lugar con los procesos de concentración y transnacionalización económica, mediante los cuales un conjunto de decisiones fundamentales que hacen al desarrollo de cada país son tomadas en centros que no están sujetos a ningún control, no sólo democrático, sino incluso nacional. A lo que se suman todas las tendencias a la autonomía de las burocracias estatales, a la autonomía

creciente de los ejércitos nacionales, a las vinculaciones internacionales de los ejércitos, de las policías, etc. Porque hay instituciones básicas del Estado, —supuestamente democrático— que no están sujetas a ningún principio de control democrático. Lo que ocurre en la democracia americana con el Pentágono, la CIA, etc. Esto casi parece un slogan, pero son realidades bien concretas que no obedecen a ningún principio de constitución efectivamente democrático. Ahora en una perspectiva democrática y socialista esos son problemas que se van a plantear como centrales en términos de buscar formas de organización estatal que tiendan a resolverlos.

Sobre el proceso de transformación socialista

Pedro:

Se plantea, en una óptica, toda una problemática respecto de los ritmos y la profundidad de las reformas en países capitalistas con regímenes políticos democráticos. Reforma tanto en el plano de la institucionalidad política como en la socialización del régimen económico. A partir de la realidad, ponte tú en el caso de España, se pasa un largo período en el que se privilegia la reforma en el plano estrictamente político, de forma de garantizar la democracia. ¿No tiene ello un profundo sentido anticapitalista? Lo que discuto es si necesariamente las reformas en estos dos planos deban plantearse como simultáneas.

Yo creo que es muy difícil hablar de modelos...

Pedro:

La experiencia en la realidad es esa.

Yo creo que se puede afirmar que la lucha por la ampliación de la democracia en sociedades capitalistas tiene una perspectiva anticapitalista muy real. En la medida en que precisamente desarrolla esta contradicción entre soberanía popular y régimen económico-social, la ampliación de la democracia la desarrolla en una perspectiva anticapitalista.

Ahora, por otra parte, los límites que impone al desarrollo de la democracia la organización capitalista y monopolista de la economía son también muy serios. En países como los nuestros se plantea además

otro problema: los desafíos del desarrollo. Yo creo que es distinto pensar los problemas de la relación entre socialismo y democracia en países que han recorrido varias etapas en el desarrollo del capitalismo y en los que la acumulación es más o menos importante, que en sociedades como las nuestras, con niveles grandes de atraso, con problemas serios de viabilidad económica, con demandas populares crecientes, que emergen explosivamente en situaciones de libertad política, etc. No imagino que en países como Chile se pueda avanzar muy sustantivamente en la democratización política si no hay un avance más o menos simultáneo en transformaciones económicas y sociales de fondo.

Creo que una parte —además— de la crisis de la democracia que culmina el 73, tiene que ver con esta contradicción.

A futuro, la democratización va a generar una cantidad de demandas que no serán puramente políticas, que muy difícilmente van a encontrar una satisfacción adecuada sin modificaciones económico-sociales de signo no capitalista.

Diego:

Hay un tema, que es un tema de la Izquierda chilena en la década de los 60, el gran tema de cierto sector de la Izquierda, del sector más radicalizado de la década del 60, que no es propiamente el de la vía armada, sino el tema de la necesidad del socialismo. La palabra necesidad en su sentido fuerte, más precisa, histórica. No hay salida al estancamiento de la sociedad sin socialismo, se afirmaba. El capitalismo está agotado y por lo tanto se plantea la necesidad de una rápida transformación de cualquier revolución democrática y popular en revolución socialista. Por el contrario, me da la impresión que tú te sitúas en una estrategia de construcción del socialismo vía profundización de la democracia.

Supuesta una democratización política significativa de la sociedad, sí. En ese sentido yo creo que tiene razón lo que dice Pedro de que la democratización del sistema político es una condición de posibilidad de la transformación socialista por la vía de la profundización de la democracia. No es el punto en el que estamos hoy día en el país, por ejemplo. En Chile, en las condiciones actuales cabe postular estrictamente la necesidad de una revolución democrática. Otra cosa es cómo se va a dar ese proceso, ese es otro aspecto. Pero si no hay una transformación de fondo de este Estado autoritario, o como le queramos poner, es enteramente impensable una estrategia de transformación socialista por la vía de la profundización de la democracia.

En ese sentido, es distinta la situación de Chile, a la situación de países que tienen —con todas las limitaciones— sistemas políticos democráticos.

Diego:

Pero, cómo concibes tú, ya que has introducido el tema de la revolución democrática, por lo tanto te has remitido a la situación actual, ¿cómo concibes tú la revolución democrática?

Existe, podríamos decir, un modo clásico de concebir cualquiera revolución democrática en la fase actual de desarrollo del capitalismo tiene que plantearse casi inmediatamente en su rápida transformación en régimen socialista. Ese es un modo en el que existen ecos de la polémica de los 60. En los planteamientos tuyos aparece una etapa democrática con funciones propias de más largo plazo. ¿Cuáles son los factores que te hacen pensar en eso, si es que piensas en eso?...

Mira, lo que postulo es una situación... es un régimen más o menos prolongado de tránsito, ya que en socie-

dades como la nuestra no podemos reducir los problemas de la democracia al puro terreno de la organización política del Estado.

Por tanto, la democracia que yo vislumbro es una democracia que, sin llegar al socialismo —entendido en el terreno económico como socialización completa de las fuerzas productivas y una gestión plenamente democrática de la economía— realice transformaciones de fondo en la estructura económico-social como una condición de la propia estabilidad democrática. Por ponerlo en lenguaje clásico, transformaciones de un carácter antimonopólico y nacional. Y con la introducción de dos elementos: uno, que tiene bastante historia en este continente, que es el papel rector del Estado en la economía y en el desarrollo; y el otro es el principio de la programación democrática de la gestión económica estatal. Tiene que ser un tipo de organización democrática donde se realicen —como condiciones de la propia estabilidad de la democracia— ciertas transformaciones de la estructura económico-social.

Pedro:

Poniéndonos un poco en la historia de todo esto. Yo creo que hay un elemento de continuidad, en lo que se refiere a nuestro continente, respecto de todos los temas de la socialización de la economía o de un mayor control e ingerencia estatal. Se ha hablado aquí siempre de programación económica, de las nacionalizaciones, etc. Toda esta temática ha estado en nuestra tradición. Creo que la novedad principal de tu planteamiento, es que se hace acompañar, simultáneamente, y se privilegian mucho todos los aspectos relacionados con la democratización de las instituciones políticas. Porque el anterior planteamiento se ha hecho acompañar de cierto autoritarismo estatal, como el Velasquismo peruano. Y tú sabes que todavía hay tentaciones en el pensamiento de izquierda de un autoritarismo desarrollista, que hace de la precariedad

de nuestro continente y de los problemas reales del desarrollo, un argumento para inhibir o bien para minusvalorar todos los problemas del desarrollo democrático en la esfera política.

Correcto, hay una novedad. Se pone un gran énfasis en la democratización del Estado y de la vida estatal, y no sólo de la vida estatal, sino del conjunto de la sociedad, también en sus expresiones no estatales, como un elemento central de la revolución democrática y como una precondition del tránsito al socialismo.

Y junto con eso, se afirma —en países atrasados, como éstos— la necesidad que tiene precisamente el desarrollo de un sistema político crecientemente democrático, participativo y popular, de enfrentar los problemas del atraso y la dependencia. Esto te lleva al problema de la gestión rectora del Estado y, al mismo tiempo, a la necesidad de su democratización, es decir, a una concepción democrática del desarrollo en países de la periferia.

Pedro:

Pero el problema es si tú pones como motor principal de cambio el consenso que tú logras para realizar el cambio.

Evidente, por tanto, el problema del socialismo, también se pone de una manera distinta, en el sentido de que el socialismo va madurando, por así decir, en la medida en que se genera una hegemonía socialista en la sociedad. Se elude así una visión de las etapas de la transformación social que las imagina determinadas por el desarrollo de ciertas condiciones “objetivas” y que finalmente desvaloriza la política como acción conciente.

Diego:

Claro, dejemos al lado el problema de las condiciones objetivas, lo que nos lleva a cierta óptica desarrollista y veamos el problema de las condiciones políticas, ideológicas y culturales de la sociedad. Uno podría pensar que hay cierta resonancia maximalista en tu planteamiento, en el sentido de que hay que pensar que una revolución democrática requiere una coalición democratizadora. ¿Cómo ves tú la posibilidad de esa coalición con ese tipo de programa, donde de algún modo está planteada una cierta resonancia de la antigua tesis de la simultaneidad de tareas? ¿Cómo ves tú la construcción en Chile de una coalición democratizadora que supone la movilización en torno a ese programa de revolución democrática, de un centro moderado, con un determinado bagaje ideológico de larga data? ¿Cómo ves tú la constitución de esa coalición democratizadora?... porque no hay revolución ninguna si tú no eres capaz de movilizar contra una dictadura —que desorganiza la sociedad, que privatiza, que desarticula, etc.— una coalición democratizadora.

Yo tengo la opinión de que existen potencialmente las condiciones para que una gran coalición capaz de democratizar al país coincida en las tareas de transformación sustantiva del orden económico-social: rol rector del Estado, nacionalización de la banca y los recursos básicos, liquidación de los grandes grupos monopólicos, planificación democrática. En un país como éste, después del experimento de desarrollo capitalista que hemos vivido y sufrido en estos años y de su fracaso estruendoso, se puede crear un consenso muy amplio en torno a la necesidad de esas transformaciones.

Diego:

Yo también te podría decir que en el análisis de las tendencias actuales solamente se abren espacios para

un programa moderado y para un equilibrio al centro del sistema político. Lo que es importante es si tú pones el énfasis en reconstituir el espacio democrático que te permita reorganizar la Izquierda, replantearla como una oposición en el interior del régimen. Propones al mismo tiempo plantear un programa que sea re-democratización política y democratización social y económica simultáneamente.

Yo creo que el programa de la Izquierda, en cuanto específico programa de la Izquierda, tiene que plantear esas dos tareas como simultáneas y como condición de un proyecto democrático estable, y por lo tanto históricamente viable. Y esto no es ningún maximalismo doctrinario sino una dosis indispensable de realismo histórico. Una democracia política real no es posible en un cuadro de atraso, explotación y desigualdad social como la que hoy día tenemos en Chile. Esto me parece evidente. Ahora otro problema son las condiciones políticas para hacer que un programa de este tipo sea el programa del bloque democrático. O sea para conseguir un consenso mayoritario en torno a estas orientaciones. Tengo la impresión que no es esa una tarea imposible, ya pensando concretamente en Chile, en las concretas fuerzas ideológicas y políticas que están hoy día en la perspectiva de la lucha democrática, teniendo en cuenta algunos elementos de memoria histórica. El problema del papel rector del Estado en el desarrollo yo creo que va a ser un tópico común de las fuerzas democráticas principales en este país. La cuestión del control nacional de las principales riquezas es una conquista histórica nacional que —en los sectores más importantes— ni este régimen, ultraliberal-capitalista, ha sido capaz de desmontar, como la propiedad y la gestión nacional del cobre, por ejemplo. Respecto al control por parte del Estado del aparato financiero sucede algo similar. Todos estos objetivos y otros tienen condiciones concretas en Chile de concitar consensos amplios. Claro, a condición de que se los reivindique con fuerza y

fundamento. En otro plano, toda la reivindicación de un sistema político crecientemente democrático, de una real participación popular, etc., son también cuestiones sobre las cuales se pueden crear consensos muy amplios con lo que tú llamas el centro. También desde el centro —y en particular desde la DC— se desarrolla pensamiento en esta perspectiva. No estoy pensando —por lo tanto— en la figura clásica de un movimiento popular que “arrastra”, digamos, a posiciones que no son las suyas a otros sectores. Con la Democracia Cristiana, que se está enfrentando no sólo a los problemas de la lucha por la democracia, sino que también a los problemas del desarrollo del país, pueden surgir coincidencias no pequeñas respecto de un tipo de programa como el que señalo. No hemos realizado aún esa verificación política indispensable, pero cuando la hagamos es posible que nos encontremos con más de una sorpresa.

Diego:

Ya, pero hay una cuestión de principios, quizás ahí, por lo cual me gustaría entender más lo que significa para ti revolución democrática. Porque es evidente que en el diseño que tú haces no se incluye en la coalición democratizadora una derecha.

Como una fuerza sustantivamente democratizadora en este país, no.

Diego:

¿Pero como una fuerza antiautoritaria?...

De escasa significación, salvo quizás —y eso habrá que verlo, no me cierro a ello— en el proceso de restringir el autoritarismo personalizado de Pinochet, incluso en su desplazamiento, y en propugnar aperturas políticas limitadas y excluyentes. La derecha más consecuentemente democrática ha sido estrictamente marginal en estos años.

Ahora otro problema es que sea una fuerza constitutiva del nuevo bloque democrático histórico que es necesario que se desarrolle en el país. No lo considero así, sin perjuicio de que imagino una derecha liberal en el arco de fuerzas constitucionales.

Diego:

Ya, entonces me permito preguntarte de nuevo... ¿Qué entiendes por revolución democrática?... Porque podríamos pensar en una revolución democrática pasiva. Donde no es el pueblo en armas, el que derrota a la dictadura, sino que una combinación de una crisis de alturas, con un movimiento popular movilizado que genera una fractura en el punto nodal del poder del autoritarismo que es la adhesión irrestricta de las fuerzas armadas. Eso no es lo que la figura de revolución semantiza inmediatamente. La figura de revolución es pueblo en armas, es Nicaragua. Pero si tú estás pensando, entonces, en un colapso o crisis, yo veo difícilmente cómo ello puede hacerse sin articular una derecha democrática, por cuanto eso consuma la fractura del bloque dominante y acentúa la crisis de las alturas. La crisis de las alturas, requiere que se vean imposibilitados de gobernar.

Ya tu hipótesis no tiene nada de pasiva, salvo que se piense que la única actividad revolucionaria sea la guerra, cuestión profundamente falsa y dañina. Pero antes, quisiera insistir en tu afirmación del radicalismo de la propuesta. Bien, a eso yo respondo que es una propuesta democrática radical que es funcional a una estrategia de articulación de un bloque democrático muy amplio. Existen las condiciones de viabilidad para diseñar una línea con contenidos programáticos de ese tipo, que contribuya de una manera sustantiva a la articulación de un amplio bloque de fuerzas para democratizar un país como éste.

Bien, ahora, el otro problema que tú planteas es el de la derecha democrática. Yo creo que de nuevo,

hay allí dos líneas de análisis. Si alguna cuestión ha demostrado la experiencia chilena de los últimos años, es la capitulación vergonzosa —y ese es el término exacto— de la derecha liberal en este país. Esta es una conclusión que surge del análisis incluso más superficial de estos años. Y ello se refiere a problemas más de fondo. Porque la gran burguesía no ha sido nunca un factor importante en el desarrollo democrático chileno y tampoco creo que lo vaya a ser a futuro.

Se advierten ya hoy día, ciertos procesos de recomposición política en la Derecha. No me cabe duda de que el curso de los acontecimientos puede hacer que una parte de ella recupere alguna de sus viejas banderas liberales. Yo no desconozco para nada la importancia de ese fenómeno. Y sobre todo, la incidencia que pueda tener en el desgaste y quiebre del sistema. Y finalmente en la erosión del actual bloque en el poder. Tampoco niego la importancia política que pueda tener ese proceso en los momentos de crisis nacional y de cambio de régimen.

Pedro:

Tú, al definir estas condiciones de la democracia tan radicales, has puesto a la democracia casi como sinónimo de socialismo. O sea, al final, es una democracia que está muy a las puertas del socialismo. Yo creo que has hecho innovaciones importantes, sobre todo en función de la historia del socialismo, que es toda la recuperación de la democracia en la institucionalidad, en los órganos del poder estatal y en la democratización de la sociedad.

A mí me preocupa más otro tema, o sea, que tú al abrirte a esta perspectiva, aplicas toda una estrategia de intervención en la sociedad que es de ritmos de reforma. Tú señalas la radicalidad de tu concepción de la democracia, yo creo que hay otro punto de vista complementario, que son los ritmos de reforma, y como éstos no son abstractos, son concretos, hay que cruzarlos con las condiciones imperantes hoy día en el capitalismo de los 80. Y ahí hemos señalado un

tema. Digamos, por ejemplo, la cierta necesidad del espacio político para poder acometer esos objetivos democráticos radicales.

Pero también hay otros, como por ejemplo, las condiciones internacionales. Todo el tipo de poder que hoy existe en el capitalismo. A mi modo de ver reafirman mucho el privilegio que tiene en este ritmo de reformas todo lo que es la democratización del poder, o sea, la democratización del poder estatal. Necesitamos aún dentro del capitalismo, otro tipo de relaciones de poder, incluso a nivel internacional.

Yo creo que es muy importante, en una izquierda, en un movimiento socialista que tiene que reconstruir su programa, su perspectiva histórica, que esa perspectiva vaya siendo señalada con nitidez. Una perspectiva histórica que no surge de un radicalismo abstracto... en la medida en que hay condiciones de viabilidad para un programa de ese tipo.

Ahora, otros problemas son los de la estrategia de la transformación, de los ritmos del cambio, de las correlaciones de fuerza, que son elementos que también tienen que ser seriamente considerados. Pero yo creo que esos problemas no deberían hacer perder de vista la propuesta de transformación democrática y socialista que identifica el proyecto histórico del movimiento socialista. Esa es la única manera de no recaer en una visión puramente tacticista y oportunista de la inserción en lo real, que al final también demuestra tener muy negativas consecuencias en el proceso de transformación. No comparto esta vieja idea de que no nos planteamos las tareas para las cuales no existen todas las condiciones, un tipo de planteamiento que no potencia la capacidad de transformación que hay en la sociedad, por una parte, y que por otra, dificulta en extremo una política de alianza, de construcción de bloque. Es necesario superar estas izquierdas con dos políticas: una política muy estrecha, muy prag-

matista, muy realista para la coyuntura. Y un programa de transformación global que no se ve por ninguna parte, donde lo que se adivina es que una vez que hayan unas correlaciones de fuerza distintas, viene un socialismo donde los problemas de la democracia y otros pierden toda relevancia. O un tipo de política de izquierda que nos viene propuesta últimamente donde en aras de un pretendido realismo y de la responsabilidad la Izquierda pierde todo contenido propio y afán hegemónico.

cuarto día

Sobre los socialismos reales

Diego:

Bueno, es indispensable empezar por Polonia. Yo dejaría la pregunta abierta. ¿Qué piensas sobre Polonia? Algunos ven en Polonia un test bastante definitivo sobre las posibilidades de cambio dentro del socialismo, y su verificación es bastante pesimista. Polonia estaría demostrando que el socialismo necesita una revolución popular para llegar a ser lo que efectivamente prometía en su propuesta originaria, digamos, en su propuesta emancipadora.

Obviamente el tema es amplísimo. Uno podría introducirse en él desde varios ángulos, pero partamos por Polonia. Yo distinguiría dos cuestiones —ciertamente muy vinculadas— una, son los acontecimientos estrictamente polacos, las contradicciones y problemas que vive la sociedad polaca después de tantos años de socialismo; la otra, es la ubicación de Polonia dentro del sistema socialista mundial, y particularmente del europeo, y por lo tanto, el problema de hasta dónde los fenómenos polacos corresponden a fenómenos y tendencias más generales del campo socialista en su conjunto.

Los últimos acontecimientos de Polonia demuestran varias cosas. Las más visibles son, a mi juicio, dos. En primer lugar, las tremendas dificultades de su régimen socialista para desarrollar en todos estos años una hegemonía real en la sociedad, habiendo dispuesto de todos los recursos clásicos del poder político: el Estado, el sistema ideológico, la educación en todos los niveles, el control de la economía, al menos toda la economía industrial y el aparato de planificación estatal, etc. Un régimen, por otro lado, que si bien enfrentó muchos problemas económicos del 75 para adelante, logró que la sociedad disfrutara de los beneficios que el socialismo ha dado a otros pueblos, sobre todo en el terreno económico-social. Este es el primer gran problema, es decir, cómo después de 30 años de poder socialista, de reformas muy profundas en la estructura de la sociedad, el régimen no logra desarrollar una hegemonía cultural y políti-

ca. Lo que indica la existencia de problemas muy de fondo. En este sentido, no estamos frente a un episodio. Tampoco puede explicarse la contradicción entre el Partido y el Estado y un movimiento de masas de la magnitud que alcanzó Solidaridad, con el tipo de razones que muchas veces el movimiento comunista ha dado, tales como los efectos de la confrontación con el capitalismo, las maquinaciones —tanto las reales como las supuestas— de los enemigos del socialismo, etc. Se añade la circunstancia que las diversas fuerzas que apuntan a la necesidad de la democratización del sistema socialista polaco tienen su principal núcleo social en la clase obrera industrial. Lo que para un régimen socialista no debería ser un detalle. No son los campesinos, pequeños propietarios privados de Polonia quienes encabezan el movimiento por la renovación de la sociedad, sino que básicamente la clase obrera industrial. Una clase obrera industrial, además, que en lo fundamental se ha constituido bajo el socialismo, sin perjuicio de que habían núcleos proletarios en Polonia antes de la transformación socialista.

En segundo lugar, se demuestran una vez más las inmensas dificultades que han tenido los sistemas socialistas de Europa Oriental para su propia reforma. No hay duda que en el desarrollo de la situación polaca hay todo un período en el que aparece posible que la renovación de la sociedad en una perspectiva más democrática puede realizarse con el concurso de fuerzas muy amplias. Fuerzas del propio Partido Obrero Unificado, del movimiento sindical, de la intelectualidad y de la Iglesia Católica. Sin embargo, el régimen no es capaz de encauzar —ya no vamos a decir de encabezar— ni de articular ese proceso de renovación socialista. Y se llega a una situación donde el movimiento se detiene básicamente con el uso de la fuerza, en este caso, de la fuerza militar. El ejército se impone a la sociedad, lo que incluso es un elemento nuevo en los países socialistas. Llega un momento, en que también el Partido parece haber perdido toda capacidad de gobierno por medios políticos y en el

marco constitucional normal del Estado: se le hace necesario recurrir al estado de guerra interno y entregar el poder al ejército.

El Partido, único responsable de la conducción del Estado, llega a la situación de no poder gobernar, no solamente con grados suficientes de consenso y de participación, sino estrictamente de no ser capaz de mantener las premisas del orden social.

Me parece que las inmensas dificultades para realizar reformas indispensables al sistema es un segundo elemento clave que se suma a la experiencia checa de hace ya más de diez años y que es también una experiencia con muchos rasgos específicos. Pero de ambas surge este elemento común.

Juan:

¿Te parece que este elemento es general en los países que llevan algún tiempo de socialismo?

Me parece difícil hacer previsiones tan generales, pero por lo menos me parece que ésta —la enorme dificultad para su propia reforma— es una tendencia general. No me atrevo a decir que sea irreversible. Porque Polonia, también demuestra que en las sociedades socialistas se desarrollan conflictos y contradicciones reales. Hay que recoger este elemento. En el socialismo no se detienen los procesos ni las contradicciones sociales, ni los problemas políticos. Se pueden detener por un tiempo, incluso se puede utilizar la fuerza para ello como en Polonia. Pero son sociedades dinámicas.

Ahora, cómo se va a resolver la contradicción —que a mi juicio, sí es general— entre régimen social y régimen político, está aún por verse. Contradicción que —a su manera— también se da en la URSS, donde no han ocurrido fenómenos análogos a los de Checoslovaquia o a los de Polonia. Y ello no precisamente por casualidad, sino por las características también particulares que tiene el socialismo soviético. Pero como tendencia se puede anotar el hecho de que son regímenes políticos que tienen mucha resistencia a su

propia transformación, diría más bien a su propia evolución. Y donde el recurso de la utilización del poder estatal —en su sentido coercitivo— frente a fenómenos más o menos masivos de contradicción social y política es una tendencia recurrente en los socialismos que conocemos.

Pedro:

Pero tú no hablarías a estas alturas de un modelo soviético de socialismo, que tiene un primer conflicto al implantarse en otras realidades nacionales (la polaca, la checa, la húngara, la búlgara e incluso en países del tercer mundo como Cuba, que podría ser lo más cercano a eso) y otro más intrínseco en la propia naturaleza del modelo soviético.

Me parece que hay más de un fenómeno. Por una parte, existe un modelo soviético —el establecido en la URSS, en primer lugar— que es conceptualizado por el partido soviético como un modelo de socialismo con pretensiones universales: un modelo en el que se han resuelto —por decirlo así— de una manera suficiente los problemas fundamentales que hacen a la construcción del socialismo. Sin duda, el modelo soviético, por mil razones, ha tenido una influencia bastante grande en todos los países en los que se ha desarrollado el socialismo.

Existe otro factor, que yo creo que también es fundamental para analizar la situación del socialismo contemporáneo. El socialismo ha sido el producto, en algunos países, de revoluciones nacionales de masas, de mayorías. Han sido procesos de transformaciones muy de fondo e inducidos por las dinámicas de las propias sociedades donde han ocurrido. Allí las revoluciones han tenido un carácter nacional-popular —como diríamos ahora— evidente. Hay otras sociedades socialistas donde el socialismo se ha implantado desde arriba, que es el caso de todos los países de Europa Oriental —con sus diferencias, claro está— salvo el caso de Yugoslavia, donde efectivamente se dio una guerra nacional de liberación contra la

ocupación nazi que fue hegemonizada por las fuerzas socialistas.

Este es otro elemento que debe ser considerado. Allí donde los sistemas socialistas son productos de revoluciones nacionales —y es el caso de la URSS, de China, de Cuba, de Vietnam, de Yugoslavia, y de Corea y más-menos, de algunas otras experiencias socialistas de África— se han dado situaciones distintas a aquellas en que el socialismo ha sido implantado básicamente como producto de la división de hegemonías o influencias mundiales que resultaron de la Segunda Guerra Mundial.

No es tan claro que el desarrollo de la propia dinámica de la sociedad polaca, por ejemplo, hubiera dado —los años 45-47— revolución socialista. Este elemento ha interferido, sin duda, el desarrollo de todos estos países, donde la “importación” de un modelo exógeno ha provocado contradicciones con la estructura y la cultura nacional.

Diego:

Tú hablas, para referirte a estos países de socialismo real, de socialismo. ¿Por una gentileza o por un concepto?... O sea, ¿qué tienen estos países de socialistas?...

Esta es una discusión bastante antigua, desde Trotsky para adelante. Va a seguir. No la vamos a resolver aquí. Yo los llamo socialistas y no por una concesión. Tienen muchos elementos socialistas, no capitalistas, sobre todo en la estructura económica: la socialización de la economía, la lógica de articulación del sistema no basada en la propiedad privada y el lucro; en la estructura social y en aspectos importantes de la cultura. Se puede hacer un discurso más largo, pero creo que hay muchos elementos en esos países que corresponden a lo que podríamos llamar la plataforma o el ideario general del socialismo.

Pienso que en esas sociedades no se han desarrollado algunos aspectos que formaron —o más bien forman— parte sustantiva del ideario socialista y que

se refieren básicamente, haciendo una simplificación, a las inmensas dificultades que han tenido todas las experiencias socialistas existentes para acompañar los procesos de socialización de la economía con procesos más o menos equivalentes en el terreno de la socialización del poder.

Entonces, ¿nos encontramos ante un socialismo plenamente realizado?... Yo digo no. Hay un aspecto sustancial en el ideario socialista que ha tenido realizaciones deficientes, y que en casos simplemente no se ha realizado. Habría que hacer, en todo caso análisis más finos. Pero, en general, me parece evidente que a estas alturas del siglo 20 la historia ha demostrado ser bastante más resistente de lo que se pensaba a la realización práctica de los ideales de emancipación política contenidos en el proyecto y la utopía socialista de los clásicos del marxismo, incluido en este aspecto, Lenin.

Pedro:

Entonces lo que tú llamas la socialización del poder, a estas alturas ¿es un imposible en esas sociedades, de no mediar cambios de carácter revolucionario?...

Este es un terreno de predicciones difíciles. Para comenzar no veo la posibilidad de cambios revolucionarios por ninguna parte...

Pedro:

Como posibilidad histórica o...

Como posibilidad histórica creo que es una estricta utopía, es no conocer las concretas realidades construidas en los países socialistas. Yo tampoco creo que sean sociedades estáticas, inmóviles. No lo son, y por tanto, el camino históricamente viable para el desarrollo de la democracia en esos países es el de las reformas, un camino estrictamente reformista. A esta conclusión llegan prácticamente todos quienes en los países socialistas ven la necesidad de las reformas

democráticas, tanto dentro de los partidos comunistas como fuera de ellos. Las otras disidencias llegan más al nihilismo o a propuestas de simple regresión histórica, como es el caso de Solzenitzin, que plantea el retorno a la vieja Rusia campesina y ortodoxa, y son incapaces de encontrar salidas políticas a las críticas que ellos mismos levantan a estos regímenes.

Tengo, además, la impresión de que a pesar de que son procesos difíciles, son por una parte posibles, y por otra necesarios en la mayoría de los países socialistas. Porque la necesidad de avanzar en la democratización es por así llamarla objetiva, al menos, en los países socialistas más avanzados. Ella se corresponde además, con muchas de las realizaciones positivas que ha tenido el socialismo, en la medida en que el régimen político está siendo un obstáculo al desarrollo de esas sociedades, ya no sólo en el terreno puramente político, sino también en el económico.

Por último, si uno mira las cosas con una cierta perspectiva histórica, hay procesos que, aunque contradictóricamente, apuntan a esa dirección. Desde este punto de vista no es la misma la Unión Soviética de Stalin, que la de Krushev y la de Breznev. No digo que exista un proceso lineal de democratización, han habido avances y retrocesos, pero comparada con la situación de los 35 o de los inicios de los 50 la situación actual es distinta; o tomando otros casos, es muy distinto el clima político, cultural e incluso moral de Hungría que el de Checoslovaquia, por ejemplo.

En todo caso, el camino revolucionario lo descartaría por imposible.

Diego:

Pero estás hablando de una fatalidad. ¿Cómo avanza la socialización del poder —eje central del socialismo— en esos países? Tú nos dices, es claro, no puede avanzar por una vía revolucionaria, pero hay también un dejo de desesperanza en esto que tú dices.

No hay desesperanza, sino una constatación de reali-

dad. La desesperanza la pones tú.

Juan:

¿Cómo repercuten esas insuficiencias y rigideces en el desarrollo del socialismo en otros lugares? ¿Qué consecuencias tiene que sociedades de ese tipo sean el pilar de una ideología o un proyecto con pretensiones universales?

Plantea varios problemas. Por una parte, para quienes somos socialistas —y particularmente para los que además de socialistas somos marxistas, y por lo tanto no podemos desentendernos de toda esta historia— la necesidad de una crítica lo más rigurosa, y teórica e históricamente fundada posible de los socialismos reales. Este es un elemento fundamental en la propia conformación de nuestro pensamiento socialista, porque el socialismo a estas alturas del desarrollo de la humanidad no es puramente un programa no realizado, como lo era antes de la revolución bolchevique del 17. Por tanto, el problema de cuáles son los factores que han dificultado, retardado o impedido la plena realización del ideario socialista en los países donde ha habido transformación socialista es un asunto fundamental, si queremos superarlos. Desarrollar una crítica, como digo, histórica y teóricamente fundada, y por lo tanto no banal como tantas que circulan es un elemento central en la conformación de un pensamiento socialista contemporáneo.

Por otra parte, se plantea todo el problema del modelo socialista que se pretende llevar a cabo; determinar cuáles son los elementos propios de nuestro programa de transformación socialista. Es decir, cómo resolvemos en las concretas condiciones de los países donde hoy día no hay socialismo y en el contexto del mundo contemporáneo, esos problemas que en las diversas experiencias socialistas no han podido ser bien resueltos.

Diego:

¿Tú ves una diferencia entre Cuba y el resto de los

países socialistas?...

Bajo muchos aspectos sí. Precisamente Cuba —por lo que decíamos antes— porque el socialismo ha surgido de una revolución nacional, es un país que no tiene los problemas de los países socialistas de Europa Oriental. Yo diría que en dos sentidos. A simple vista el régimen cubano goza de un consenso bastante mayoritario en la sociedad, si no simplemente no habría sobrevivido a la agresión permanente de que ha sido objeto por parte del imperialismo. En segundo lugar, los grados y niveles de participación popular en el proceso me parecen mayores que en otras partes. Hay, por tanto, elementos distintos. Existe sí el problema de que, en general, el modelo de organización estatal, tanto desde el punto de vista de su conceptualización como de elementos constitucionales es bastante análogo al modelo de los otros países socialistas.

Pedro:

Lo último que tú afirmaste es lo más evidente; lo que más homologa el modelo soviético a todas las distintas experiencias del socialismo es su régimen político.

¿Tú no crees de que hay ahí un gran nudo gordiano, en un régimen cuya base está ofrecida para la socialización del poder?

Evidente, yo creo que ese es el mayor problema. Hay dos problemas gruesos, primero cierta concepción del Estado; un problema que se ubica, por así decirlo, en un nivel estrictamente teórico. Algunos rasgos que me parecen centrales de ese tipo teórico de modelo estatal: la idea del Estado ideológico, según la cual el Estado como tal asume una determinada ideología, que es el marxismo-leninismo. Este es un dato, incluso, constitucional; lo que hace que la diversidad, aun dentro del campo de las fuerzas socialistas, no tenga un espacio estrictamente teórico en esa concepción. Este es un elemento muy importante, sobre todo si se considera que hoy día el socialismo puede ser el

proyecto de masas mucho más amplias que las que asumen una determinada ideología. Otro es esta identificación —que ya no es tan teórica pero que se ha dado así en la práctica, y que también tiene ya rango constitucional— entre Partido y Estado; con el añadido del principio del régimen unipartidista. Esto no es así en todas partes desde el punto de vista formal, pero en la práctica se observa que en los países socialistas donde hay más de un partido, los otros partidos que no son el comunista no tienen una función política importante.

Bien, creo que a estos elementos se podrían añadir otros, pero a mi juicio, los fundamentales son la idea del Estado que asume una ideología, con pretensiones universales y esta identificación entre Partido y Estado, a la que se añade la tesis del partido único como la forma ideal de organización política del socialismo (que corresponde a la tesis de que en una sociedad en que desaparecen las clases progresivamente desaparece la base que constituyen los partidos). Aquí hay un nudo muy central y creo que si ese nudo no se enfrenta, esos partidos no tendrán ideología suficiente para avanzar en la democratización política de las sociedades socialistas. Es lo que ha ocurrido trágicamente en Polonia, donde los elementos renovadores del partido polaco aparecían siempre haciendo concesión tras concesión a estos elementos de la ideología oficial del Partido.

El otro factor que no es teórico, sino estrictamente político, es la resistencia del aparato estatal concreto a ser transformado. El conjunto de los intereses particulares que en un estado socialista, como en todo estado, se conjungan en torno a su preservación, a su inmutabilidad. Intereses que hacen que el Estado difícilmente promueva su propia transformación. El Estado es una de las instituciones sociales más conservadoras. Creo que ese elemento también opera. Ahora, creo que los dos tienen importancia y se intercondicionan mutuamente, pero a mi juicio, el nudo central en este problema es la necesidad, desde el punto de vista teórico, de revisar muy a fondo algu-

nos elementos que han llegado a ser constitutivos de la teoría del Estado al uso de los países socialistas, y que se presenta incluso, como la única teoría del Estado posible dentro del marxismo, cuestión que yo creo que es profundamente falsa.

Pedro:

En este planteamiento de reforma democrática del socialismo, señalabas elementos de crítica al régimen político que son bastantes radicales y que importan una transformación radical en el sistema político socialista. ¿Desde dónde emergen esas fuerzas portadoras del cambio?

Vienen desde todas partes, porque al final vienen de la sociedad. En la Unión Soviética el impulso para los cambios que se han operado han venido del Partido. Yo creo que el XX y el XXII Congreso implicaron un cambio sustantivo en la vida política de la Unión Soviética, que no afectó a los fundamentos del Estado, pero no hay duda que se produjo a partir del XX Congreso un proceso de democratización en la sociedad.

En el caso checo, las tendencias renovadoras vinieron básicamente del Partido. Se asentaron, claro, en un apoyo popular muy amplio. En el caso polaco vienen casi estrictamente desde fuera del Partido, sin perjuicio que hayan algunos fermentos de renovación al interior de éste, pero que no logran hacer un impacto en la sociedad hasta que no se desarrolla el movimiento social renovador con base principalmente en la clase obrera.

Diego:

Tú has señalado que no son sociedades inmóviles, son sociedades donde aparecen focos de conflicto, pero esos conflictos tienen que enfrentarse al Estado necesariamente. ¿No hay una especie de germen reaccionario en esta estatización de la política, o sea, todo conflicto al tener que enfrentarse contra el Estado no tiene un fermento reaccionario?

A ver, ¿en qué sentido?

Diego:

En el sentido de que surgen del partido o surgen del partido del Estado, surgen de la línea de la sociedad aceptada, incorporada; o surgen de fuera de ella. Pero cuando surgen del partido del Estado hay un cierto transformismo para llamarlo en los términos más teóricos, o gatopartidismo; son reformas limitadas. La desestalinización es una reforma, que se da en el marco del Estado, es una reforma muy limitada. El caso más extremo es el caso polaco donde los conflictos surgen de la sociedad y adquieren una fuerte radicalidad pero generan una crisis. Entonces hay un impasse muy fuerte en estas sociedades.

Evidente; ahora los impasse son de intensidad variable, además porque la identificación entre Estado, Sociedad y Partido, por ejemplo, en la Unión Soviética es mucho más alta que en Polonia. Se dan también esos fenómenos reales, o sea, no son estados autoritarios al estilo de muchos de los que conocemos en Occidente, donde no hay correspondencia entre Sociedad y Estado. Hay niveles de correspondencia reales; en algunos países más que en otros. Eso es lo que hace que yo no vea en la Unión Soviética por ejemplo la posibilidad hoy día de un movimiento análogo al de Solidaridad. Y no porque el Estado sea más fuerte o el Estado sea más represivo, sino porque hay otros fenómenos que hacen, finalmente, que en la sociedad soviética el grado de consenso sobre cuestiones sustantivas de la organización social sea relativamente amplio. Ahora, el dinamismo se expresa también, y los conflictos.

Diego:

Claro, pero ¿qué tipo de consenso? ¿Es un consenso de dictadura?

No tan mecánicamente, por el fenómeno nacional que hay detrás de la Revolución. Son fenómenos que ope-

ran y que importan, operan desde el punto de vista de la conciencia, desde el punto de vista de la ideología, desde el punto de vista de la cultura, etc. Ahora el problema que sí hay en la Unión Soviética es que crecientemente las demandas que surgen de la sociedad —que no son por la transformación radical del sistema— que son por su modernización, por mayor participación, por mayor eficiencia económica, por mayor igualdad, por mayor libertad en el campo artístico-cultural, etc., encuentran una estructura política muy rígida, que las procesa muy ineficientemente. No es que sea tampoco enteramente impermeable a ellas. Pensar que el régimen soviético es completamente impermeable a determinadas demandas sociales, es hacer una abstracción. Se podrían identificar algunos procesos y fenómenos que son muy reales: toda la discusión que hay en torno a la reforma económica, al papel de los sindicatos, al desarrollo de la ciencia, el arte, etc., implican dinamismo y cambio. Ahora lo que yo creo es que la estructura política extremadamente rígida hace que esas contradicciones potencialmente puedan aumentar. Ahora, creo que hay que considerar los elementos de diferenciación para ver cuáles son las posibilidades de evolución futura de esos sistemas, porque en este terreno los elementos diferenciales sí pesan.

Diego:

Correcto, entonces nos encontramos con que efectivamente tu crítica es muy radical, porque tú has dicho inadecuación del Estado, del régimen político. Has dicho también que la sociabilización del poder en esas sociedades no está cumplida o está bloqueada. Yo te pregunto, si no hay socialización del poder, ¿cómo puede hablarse de la socialización de la economía? Puede hablarse de estatización de la economía, pero para que haya verdadera socialización de la economía tiene que haber una gestión obrera, de la clase obrera, de la mayoría de la nación, de la economía efectiva, con participación, etc. Entonces en el fondo cuando tú dices que está bloqueada la

socialización del poder estás diciendo una crítica muy radical, tengo la impresión.

Es radical. En este aspecto es radical: desde el punto de vista del programa ideal del socialismo es evidente que hay un aspecto incumplido, que no es secundario. Tengo la impresión de que una visión relativamente científica del socialismo desde el punto de vista marxista tendría que llegar a conclusiones muy análogas.

Lo otro que es también fundamental para nuestro proyecto socialista, es ver por qué se han producido esos fenómenos. Porque este problema de la socialización del poder es uno de los nudos centrales históricos que no están resueltos hoy día, y que no se pueden resolver con una simple frase. Porque muchas de estas gentes que han hecho revoluciones, y las han hecho de verdad, han querido resolverlo pero no lo han logrado de una manera satisfactoria. Incluso, porque algunos de los procesos que intentan avanzar en ese camino se han topado con obstáculos muy de fondo, como toda la experiencia autogestionaria yugoeslava, por ejemplo.

O sea, la socialización del poder en economías y sociedades complejas es una tarea política colosal. Bueno, y el problema de la democracia en el socialismo se juega mucho allí. No puramente allí, hay un aspecto que me parece más o menos evidente que es el aspecto de las libertades políticas. Pero cualquier discurso sobre democracia y socialismo se juega básicamente en términos de si es posible producir fenómenos crecientes y reales de democratización de la vida económica.

Juan:

Ahora, tú crees que las limitaciones en los otros campos se han dado porque en lo fundamental se ha interpretado el socialismo solamente como socialización económica.

No sé, yo creo que el problema de las causas es mu-

cho más complicado, porque ahí entran un conjunto de factores históricos que son muy importantes, y que no podría uno desestimarlos. En fin, es un discurso largo y está bastante hecho: las circunstancias de que el socialismo como experiencia histórica se ha desarrollado en países de la periferia capitalista y no en el centro, en sociedades muy atrasadas tanto desde el punto de vista del desarrollo de las fuerzas productivas como de sus regímenes políticos. El ideario socialista marxista es para sociedades industrialmente avanzadas, y la revolución socialista ha tenido otro itinerario que el previsto por los clásicos. Yo creo que el problema de los condicionamientos históricos han sido muy determinantes en el tipo de socialismo que conocemos hoy día. Cualquier análisis que no considere esos factores peca de idealismo de la peor manera. Sin embargo, también hay elementos teórico-ideológicos que han tenido una influencia importante en la configuración del socialismo real. Señalo dos: algunas insuficiencias serias, a mi juicio, de la teoría política del marxismo, que hizo que problemas históricos que eran muy complejos se enfrentaran con un marco teórico y conceptual muy simplista. El otro aspecto, que no tiene que ver con estas insuficiencias teóricas del cuerpo doctrinal del marxismo, es la construcción en tiempos de Stalin de una verdadera ideología desde el poder que justificó necesidades históricas —reales y supuestas— como la aplicación consecuente de los “principios” del marxismo y el leninismo. Se justificaron así en nombre de Marx y Lenin, políticas que en no pocas ocasiones contradecían explícitamente el pensamiento de los fundadores del marxismo. Uno puede entender las necesidades históricas, y a veces las necesidades históricas obligan, en fin, a mediatizar la aplicación de idearios, de programas, etc. No encuentro en esto una perversión. Forma parte de la discusión histórica concreta. Lo que sí es una perversión es esta operación que se desarrolla con mucha fuerza en el stalinismo de convertir la necesidad en virtud. Todo ello significó, además, un freno al desarrollo de una teoría marxista

del Estado compatible con los desafíos contemporáneos en el terreno de la socialización del poder.

Diego:

Sobre Nicaragua, mirando el proceso desde lejos, uno podría ver un fatal camino hacia la repetición de los mismos estilos y formas de construcción del socialismo, ¿qué piensas tú sobre eso?

Mira, yo desgraciadamente sobre Nicaragua conozco poco y creo que estos procesos hay que conocerlos bien para opinar con base. Además, desde acá la información es particularmente parcial y tergiversada. Mis opiniones tienen esa limitación. Ahora, tengo la impresión, sin embargo, de que uno puede afirmar que Nicaragua enfrenta también problemas análogos a los que han enfrentado otras revoluciones socialistas y, por tanto, —en cierto margen— tiene los mismos riesgos y problemas.

El primer problema es un problema de carácter social: hasta donde se puede desarrollar en la revolución nicaragüense, con una cierta perspectiva histórica, el tipo de alianza que dio origen al derrocamiento de Somoza; y eso básicamente tiene que ver con la vinculación, la articulación posible entre las fuerzas populares y la burguesía nacional. Mi impresión es que en ese sentido el sandinismo ha sido bastante cuidadoso con las alianzas en ese terreno.

Y la segunda cuestión es el problema del pluralismo ideológico y político. Yo tengo la impresión de que también allí —hasta donde uno ve y mira desde lejos— ha habido una importante preocupación de la dirección sandinista. Yo creo que el problema que puede haber es que si no hay un desarrollo teórico suficiente el pluralismo pueda ser visto como una pura necesidad “táctica”, como un puro condicionamiento de la ubicación internacional de Nicaragua; y eso, finalmente, siempre hace que la dirección pierda capacidad hegemónica. Ese es el problema más complicado desde el punto de vista del desarrollo de la revolución: una visión tacticista, una visión de corto plazo, una

visión no orgánica de la vinculación entre democracia y socialismo hace que la dirección revolucionaria aparezca frente a las eventuales oposiciones y a los elementos de pluralismo que hay en la sociedad con una actitud teórica y políticamente defensiva.

Esa precaución sería lícita desde fuera. Habría, sin embargo, que conocer más en concreto el Frente Sandinista, sus dirigentes, saber qué están pensando, escribiendo y haciendo respecto de estas cosas. El otro problema es que una revolución se desarrolla en un proceso donde la lucha política es particularmente intensa. En el caso de Nicaragua la agresión norteamericana ha sido, es, y va a ser implacable. Es otro dato del que la revolución de Nicaragua no ha escapado. Son revoluciones que se desarrollan en un ambiente nacional e internacional de cerco, y donde los enemigos de la revolución se detienen muy poco a pensar en el humanismo de sus métodos de lucha. Ahora, si no se tiene una perspectiva muy amplia y muy madura, siempre puede haber la tentación de que el estado de necesidad imponga determinadas medidas, que finalmente se van justificando ideológicamente y se transforman en elementos permanentes del régimen político. Así el proceso se rigidiza mucho más allá de las necesidades que eventualmente se enfrentaron en los momentos de más dura confrontación política. Desde lejos yo no podría decir, por ejemplo, que la dictación del estado de emergencia es una cuestión arbitraria en un país sometido a cerco, amenazado de invasión, etc. El problema es si se piensa —y aunque no se piense, sí resulta— que el estado de emergencia pase a ser la forma normal del Estado. Y hay que tener mucha cautela en esos procesos porque normalmente han empezado así.

En la Unión Soviética —por ejemplo— es así. En la concepción leninista del poder soviético existe el pluripartidismo. En la de Stalin ya no. La supresión de los partidos soviéticos se entiende —al inicio— como una medida estrictamente de emergencia y

transitoria. Luego se convierte en permanente y después en teoría de la organización del Estado socialista. Como ya conocemos cómo se han dado esos procesos históricos, todas las cautelas y alertas en este sentido de los revolucionarios constituyen a estas alturas una necesidad impuesta por la experiencia.

Juan:

El socialismo siempre ha sido una ideología a la defensiva, cercada y —a pesar de que sus valores son mucho más humanistas que los del liberalismo— éste sin embargo logra invertir el universo simbólico del consumo ideológico adueñándose del humanismo. ¿Cómo crees que esto debe enfrentarse?, ¿se ha discutido este aspecto en la pretendida renovación socialista?

Lo que pretende la renovación que intentamos llevar a cabo es recuperar para el socialismo ciertas reivindicaciones que le son muy propias, pero que para un cierto sentido común le han sido arrebatadas.

Ello tiene que ver con lo que conversábamos antes. No todo puede ser atribuido a la real, persistente, inescrupulosa y enorme campaña antisocialista, que el capitalismo mundial lleva a cabo desde el 17 en adelante. Ella no puede, ciertamente, ser desestimada. Pero la experiencia socialista contemporánea arroja —junto a un saldo muy positivo en muchos aspectos— también grandes saldos negativos. Las purgas de Stalin, no son un invento del imperialismo, son purgas de Stalin. El movimiento socialista arrastra un pasivo no solamente en el terreno de las ideas, sino que de la Historia.

Nos corresponde, en primer lugar, hacer las cuentas con el pasivo. En segundo lugar, un elemento central de la renovación es recuperar para el proyecto socialista ciertos objetivos que le son intrínsecamente propios, especialmente en el plano de la emancipación política. Nuestra eficacia para lograrlo... bueno está por verse, como también nuestra eficacia histórica. No podemos facilitarnos la vida en este terreno.

La empresa de una transformación socialista que se acompañe con procesos sustantivos de democratización del poder es un desafío histórico que está por realizarse y que es en muchos aspectos inédito. Si extraemos todo lo útil y positivo de la experiencia del socialismo realizado hasta hoy día, en este plano no encontraremos “buenas lecciones” que nos ayuden hacia adelante, sino más bien problemas, obstáculos, etc.

Pedro:

Hemos analizado el problema de los socialismos y de las transformaciones como un modelo de laboratorio pero traduciéndolo a la realidad histórica de hoy día, ¿cómo ves tú el problema de la relación de la Unión Soviética con los socialismos, a raíz de la experiencia de Checoslovaquia y Polonia; su rol de intervención, de control?

La Unión Soviética en su esfera más directa de influencia, y particularmente donde pesan los problemas inherentes a la seguridad del Estado soviético y al equilibrio europeo, tiende a jugar un papel de freno a la transformación de esas sociedades. En Europa Oriental esto es así. La experiencia checa es concluyente en este sentido y en Polonia, aunque no ha habido intervención directa, el tipo de salida de la crisis del 81 tuvo —por lo menos— la simpatía y el apoyo soviético. Hay que seguir el proceso de Hungría, hasta ahora los importantes avances en el desarrollo de la democracia socialista no han sido interferidos.

Distinto es el problema del rol mundial de la URSS, es un tema largo, pero yo soy de los que afirmo que —aunque con contradicciones— la URSS ha jugado un papel básicamente progresista en la historia de este siglo. Dicho así, sin mayores remilgos.

quinto día

**Sobre el derrocamiento
de la Dictadura
y la transición democrática**

Pedro:

¿Cuáles son, a tu juicio, los grandes campos de opinión que ha tenido la Izquierda chilena sobre el problema del derrocamiento de Pinochet?

En general, se ha producido en la Izquierda una suerte de consenso básico en diseñar un tipo de estrategia política que parte del supuesto —y el propósito— de una ruptura profunda entre el movimiento antidictatorial y la Dictadura. La ruptura revolucionaria como perspectiva ha sido un terreno de consenso. El debate y las diferencias, que han sido también agudas, se han producido sobre la base de este consenso muy genérico.

Existe una línea, que hoy día desarrollamos y vamos perfilando como Convergencia, que pone mucho énfasis en la necesidad de reconstituir tejido y organización social, movilización popular, frente político democrático, nuevo bloque de fuerzas como condición indispensable de cualquier proceso de ruptura más o menos radical. Hay otra vertiente, otra línea, del MIR desde siempre, y que se desarrolla como tendencia en el PC desde hace algún tiempo, que pone un énfasis principal en los aspectos militares de la confrontación entre las fuerzas democráticas y el fascismo. Ya sea en la versión de guerra popular del MIR, que es una línea más acabada y redonda, al menos como formulación; o en la tesis menos definida del PC de insurrección popular en la que se supone que el movimiento popular tendría una fuerza militar propia decisiva. Se da, entonces, una doble realidad: un cierto consenso, de que el régimen no va a evolucionar desde sí mismo hacia aperturas más o menos sustantivas, por lo que en algún punto se producirán confrontaciones significativas. Y de otro lado diferencias profundas en la línea —política y de masas— necesaria para llegar a ese punto de divorcio entre sociedad y Estado, al punto de una ruptura revolucionaria.

Diego:

Es verdad que la Izquierda en su conjunto ha hablado

durante todo este tiempo de derrocamiento, pero después de nueve años; considerando el actual grado de movilización, organización y articulación política de la Oposición. en medio de una crisis social y económica tan fuerte como la que vive Chile hoy día, creo que cabría plantearse si el tema del derrocamiento no constituye una suerte de discurso ilusorio. Porque se podría pensar que este tipo de dictaduras se derroca a través de tres vías: una guerra popular, una situación del tipo nicaragüense; una insurrección de masas; y la tercera, un golpe de estado democrático. En los dos primeros casos el derrocamiento viene por una capacidad de articulación del movimiento de masas con fuerza militar; en la tercera forma —el golpe de estado democrático— la fuerza viene más bien de una escisión democrática en las fuerzas armadas. Pero si hoy día mira uno las tendencias y el dinamismo político que operan en la sociedad chilena tiene el derecho a preguntarse si este tema del derrocamiento no será definitivamente ilusorio, en el sentido de que la lucha habría que orientarla más a arrancar y conquistar espacios democráticos a través de una lucha de programa mínimo, de corto plazo, en vez de plantear la política hacia el futuro: al derrocamiento pensado como una especie de momento explosivo, de situación revolucionaria para la cual hay que preparar condiciones, pero condiciones que no se ven hoy día. Entonces quizás sí ese carácter ilusorio que tiene la consigna, tenga que ver con el estancamiento político. Lo que te quiero preguntar es si tú —en definitiva— le ves alguna viabilidad al derrocamiento o si no se trata de uno de estos típicos temas ideológicos, donde el discurso va mucho más allá de la práctica, una clásica separación entre discurso y práctica que se ve mucho en la Izquierda a través de su historia. Te pregunto además de la viabilidad del derrocamiento, qué utilidad tiene hoy plantearlo como objetivo. ¿No sería mejor plantear hoy un programa mínimo de democratización y dejar el tema del derrocamiento como una incógnita, considerar la salida como una incógnita de la ecuación?

Me parece que es un tema muy pertinente. La discusión en torno a los llamados problemas estratégicos en la Izquierda debe ser replanteada en muchos aspectos. Por varias razones. Una es la necesidad de revisar muy a fondo lo que en la Izquierda normalmente entendemos por estrategia, que tiene que ver con el desafío más general de cuestionar algunas de las categorías con las cuales pensamos la política. Esta idea de que una estrategia política supone tener prefigurado un itinerario muy exacto de cómo se van a desarrollar los acontecimientos sociales y la lucha política, de imaginar muy anticipadamente los desenlaces de determinadas tareas históricas —en este caso la plena recuperación de la democracia en Chile— y de poner estas predeterminaciones como elementos muy decisivos para orientar la práctica política concreta en los períodos que van desde que se formula la estrategia y el desenlace previsto; me parece, al menos, de dudosa eficacia política. Pienso que es mucho más pertinente un tipo de diseño político en el que se disciplinan los procesos principales mediante los cuales es posible producir efectivamente una ruptura democrática, cuáles son los factores que desde hoy día hay que ir desarrollando y las luchas concretas que es posible librar. En tal visión de las cosas, más que el camino, es importante tener claro los objetivos políticos de carácter programático, porque éstos sí dan luces para ubicarse en las coyunturas intermedias y que —en nuestro caso— están dados por los contenidos de lo que hemos denominado la revolución democrática que el país necesita. Esta es una línea de reflexión que deberíamos desarrollar con mucha fuerza. Ella nos llevaría también a discutir toda esta categorización de estrategia y táctica, como dos momentos distintos y en que la estrategia tiene un rango mayor, y la táctica vendría a ser un ejercicio de pura deducción coyuntural de un supuesto diseño estratégico. Esta es una discusión antigua, todo el debate en torno a las vías tiene que ver con ella. Y como ya nos equivocamos una vez, en los 70-73, sería útil que no nos volviéramos a equivocar a futuro.

Se añade a lo anterior un segundo tema: los nuevos datos que surgen de la actual crisis económica. La discusión sobre el diseño de una política democrática es distinta ante una dictadura que vive una profunda crisis económica y también política como la actual, y los análisis que hacíamos cuando ésta tenía un proyecto fundacional con alguna perspectiva de éxito y consolidación. Nuestro análisis tiene que tomar cabalmente en cuenta los efectos políticos —también al interior del régimen— que provoca la crisis en curso. En una primera aproximación, estamos obligados a revisar algunos de los supuestos con que hemos trabajado todos estos años. Porque comienzan a surgir —al interior del régimen— tendencias más o menos poderosas que apuntan a producir modificaciones de significación en el actual cuadro político. La tesis de que no existen al interior de las fuerzas del régimen tendencias aperturistas de cierta consistencia, es discutible como fenómeno actual. Y ello ocurre no porque el proyecto original haya evolucionado desde sí mismo —por decirlo así— sino simplemente por el fracaso definitivo del modelo económico. El régimen ha perdido fuerza y consistencia ideológica y política, si bien aún conserva su base material de poder. Ante el fracaso y la pérdida de perspectiva, surgen —aunque aún tímidamente— en la constelación de fuerzas del régimen nuevos realineamientos políticos, que aún no han tenido —a noviembre del 82— manifestaciones significativas, pero que no hay que descartar hacia adelante. Si la Izquierda no registra estos datos nuevos puede verse muy sorprendida por los eventuales cursos que asuma el proceso político chileno en los años que vienen.

Diego:

Justamente, yo creo que eso es medular. El supuesto en que se ha basado el análisis de la Izquierda: no va a haber ninguna apertura del régimen; y, por lo tanto, si no hay apertura lo único posible es el derrocamiento. A partir de lo que tú dices ahora, uno puede replantear la pregunta que te hice antes y creo que fortalece la idea de que el tema del derrocamiento es

un tema no pertinente en algún sentido. Porque quizás lo que la crisis abre como posibilidad es un espacio de lucha para la oposición democrática, un espacio para crear una coalición liberalizante, para usar los términos de algunos cientistas políticos como O'Donnell. Crear una coalición liberalizante es diferente que crear una coalición para el derrocamiento.

Yo saco una conclusión exactamente inversa: la cuestión del derrocamiento de Pinochet aparece hoy día más posible que antes, en la medida en que aumentan las fuerzas que —aunque diversas y por distintos motivos— apuntan a la necesidad de una democratización, y en que Pinochet —y lo que representa como cristalización del actual orden político— es el obstáculo principal para abrir un proceso de apertura democrática, cualquiera sea la profundidad que ésta adquiera. No es tampoco una novedad para nuestra política que una situación como la actual abra nuevos espacios para la lucha democrática. Tanto en nuestro diseño, como en nuestra práctica de estos años, la lucha por crear y ampliar espacios abiertos, públicos, de confrontación política y de masas ha sido una constante, incluso para aquellos que se orientan en una perspectiva insurreccional clásica. Hoy día —claro está— este elemento adquiere una mayor vigencia y obliga a diseñar políticas más ajustadas, ya que se plantea una pugna por la democratización más aguda que en el período previo a la crisis económica. Y se abren espacios de lucha: la resolución del problema del exilio, la cuestión de la seguridad personal de los ciudadanos, la derogación de los aspectos más restrictivos de la legislación laboral, el término de la intervención de las universidades, etc., que constituyen batallas políticas que podemos impulsar y librar hoy día —en este cuadro político— y con Pinochet aún en el poder. Esto es claro. Es más, esta óptica es consustancial a la perspectiva de la reconstrucción del tejido social y de la sociedad civil, y de la creación de un nuevo bloque político y social democrático como condición indispensable de cualquier democratización de fondo.

De otro lado una línea que se limitara, sobre todo, en el cuadro actual de un país en crisis, puramente a postular la necesidad de la caída de Pinochet sería absolutamente insuficiente; no daría orientación para la lucha y la movilización democrática, y sería finalmente abstracta. En esto sí que estoy de acuerdo. Lo que no quita que la afirmación de la decidida voluntad política de la oposición de apuntar al derrocamiento de Pinochet sea hoy día necesaria y pertinente. Lo que sí me parece nuevo es que el frente de fuerzas que se puede generar en función de la necesidad de democratizar el país —tanto a nivel de las reivindicaciones democráticas más particulares, como de la demanda general por un cambio de régimen político— es hoy día potencialmente mucho más amplio que ayer. Es también más heterogéneo, lo que tanto favorece como complica nuestra política. Es posible que fuerzas que han girado en torno al régimen lleguen a la conclusión de que sin grados importantes de democratización política, el país se hará cada vez más ingobernable. Y llegarán a esa conclusión por una súbita “reconversión” democrática, sino teniendo en cuenta incluso sus más estrechos intereses corporativos y de clase.

Juan:

En todo caso, me parece que se está dejando de lado un protagonista central, que son las Fuerzas Armadas. ¿Cómo entran en este proceso?

Evidente, es un tema fundamental. Y que está necesariamente muy vinculado a la cuestión del derrocamiento de Pinochet. Si no se produce un desplazamiento en la cúpula militar de la actual dirección, y ésta se personifica —y no de una manera puramente simbólica— en Pinochet, es imposible que se abran procesos de democratización significativos. De allí que oponer —como lo hace Diego— lo que llama coalición liberalizadora, o en otros términos la perspectiva de la ampliación del campo democrático, a la necesidad del derrocamiento de Pinochet, constituya una

fórmula muy insatisfactoria y errada. Mientras exista el régimen encabezado por Pinochet, incluso los avances que pueden lograrse aquí y allá y que obviamente son importantes en términos de conquistar “espacios de libertad”, serán precarios y reversibles.

Juan:

En todo caso, parece que será necesario un período de transición, ya que el derrocamiento del que se habla no significaría necesariamente un inmediato cambio del régimen. ¿Cómo ves tú el régimen de transición y cómo ves a la Izquierda en ese proceso?

El régimen de transición —sus características— dependerá fundamentalmente de la manera en que termine el régimen de Pinochet: de cuáles sean las fuerzas que concurren a este proceso; de cuál sea el nivel de organización y articulación de la oposición democrática; de cuáles sean los grados y la intensidad de la movilización popular. Finalmente, de cuál sea el arco de fuerzas que actúen de una manera determinante en el desplazamiento de Pinochet. Como izquierda un problema central es el que discutíamos antes: qué política se propone para terminar con el régimen actual. Pero también —y desde ya— se nos pone otro: cuál es nuestra propuesta concreta para la transición y nuestras opciones generales para ese período. Algo se ha avanzado en este terreno, sin perjuicio de que no haya aún una propuesta unitaria de la Izquierda para la transición democrática.

Se plantea entre nosotros también toda una discusión de cuál debe ser la política de la Izquierda si el curso de los acontecimientos no sigue exactamente el previsto —y deseado— por nuestra política.

Los elementos centrales de nuestra propuesta de transición me parecen claros: la restitución de las libertades políticas en su sentido más amplio, la puesta en marcha de un programa económico de emergencia centrado en la defensa de la producción nacional y el pleno empleo; la disolución de la CNI y de los órganos represivos secretos del estado; el esclarecimiento

y juicio de los crímenes políticos de estos años; el cambio de las máximas jerarquías del poder judicial y su reemplazo por jueces que den garantía... de justicia; la convocatoria —con plazo fijo— a una Asamblea Nacional Constituyente, donde los representantes libremente elegidos por el pueblo definan el futuro ordenamiento institucional del país y lo sometan a plebiscito. Todo ello requiere —a mi juicio— que la transición sea dirigida por un gobierno de emergencia que integre y represente a todas las fuerzas democráticas del país.

Una propuesta de este tipo —adecuada a la magnitud de la crisis del país— supone la concertación de un compromiso o Pacto Constitucional entre todas las fuerzas políticas democráticas como única manera de dar estabilidad y viabilidad al nuevo orden institucional.

Diego:

O sea tu hipótesis significa que antes de 1989 Pinochet es desplazado del poder, antes que se cumplan los plazos previstos por la constitución de 1980.

Exactamente. Planteo que la oposición tiene que trabajar en esa perspectiva. O sea: aquí no hay democratización posible con Pinochet como titular del poder del Estado —con todo lo que representa como cristalización autoritaria del poder— ni en el marco de la constitución del 80. Y la política debe apuntar a crear el consenso más amplio posible en torno a estas dos premisas básicas.

Juan:

Existe una situación intermedia que es bastante más probable que el derrocamiento, y es el desplazamiento efectivo de Pinochet —por sectores militares— y un proceso muy gradual de apertura incluso no de acuerdo con la constitución del 80. Esto es distinto —y más posible— que un derrocamiento en el que las fuerzas opositoras asumen el poder.

Diego:

Voy a hacer de abogado del diablo. Yo creo que no hay que confundir hipótesis con deseos. Un gran defecto de los programas de la Izquierda ha sido muchas veces la confusión de hipótesis factibles, con un grado de probabilidad racionalmente comprobada, podemos decir, con deseos. Existe la tendencia a definir el programa por los deseos y no por las hipótesis. En las actuales condiciones de organización de la Izquierda, de su capacidad de articulación política, de los grados de politización efectiva de la sociedad y sumado a eso la unidad política de las FF.AA., de los sectores empresariales en torno al régimen, creo que puede plantearse como hipótesis factible que Pinochet dure hasta el 89. Por lo menos lo va a intentar seriamente. Y por tanto hay que evaluar la posibilidad de torcer esa voluntad política clara, que nada va a modificar, en condiciones en que la oposición aparece muy incipiente y que las FF.AA. no parecen estar divididas. En todo caso, este desplazamiento de Pinochet, ¿de qué fuerzas depende principalmente? En primer lugar de las FF.AA. A su vez qué pase con las FF.AA. va a depender del grado de movilización opositora de masas, pero también del grado de desintegración del bloque en el poder, de sus apoyos históricos: empresariado, élites políticas, pequeña burguesía, etc. Si uno mira la estructura de datos, visualiza un horizonte más pesimista.

Cuando digo que esa es la hipótesis sobre la cual tenemos que trabajar, no estoy afirmando que tiene una categoría de necesidad histórica, que inevitablemente va a ocurrir. Es obvio que —como tú dices— deben plantearse hipótesis políticas que tengan grados razonables de posibilidad histórica. Y yo digo: en este país, con la crisis de régimen que vivimos, con lo que actual y potencialmente es la oposición, con los procesos de desarticulación que a nivel de proyecto de futuro viven las fuerzas del régimen; con pugnas en el régimen que se acrecientan, y que seguirán esa tendencia, al menos, mientras dure la crisis económica, y

todo el mundo dice que durará aún un buen tiempo; la hipótesis del derrocamiento de Pinochet es razonable, capaz de orientar una línea política en la Izquierda y el conjunto de fuerzas democráticas. Es decir, la orientación de trabajar activamente en estos años por producir un cuadro nacional que haga posible el derrocamiento de Pinochet se fundamenta en una hipótesis factible. La viabilidad de este objetivo tiene que ver con el desarrollo de los procesos que tú describes y, en primer lugar, con la concertación política de las fuerzas sustantivas de la Oposición en torno a una estrategia como la señalada, cuestión que yo creo que es posible con la Democracia Cristiana de hoy día, y mañana incluso con fuerzas que han girado en torno al régimen. El propósito actual de la derecha llamada aperturista de buscar un acuerdo con el centro político en el cual éste acepte el marco constitucional del 80 como condición para poner en marcha el itinerario de "transición" previsto en su articulado permanente, encontrará —más allá de eventuales escaramuzas y las tentaciones de algunos— obstáculos finalmente infranqueables. En segundo lugar, del desarrollo de un creciente movimiento social opositor, movilizado y articulado en torno a la demanda nacional por poner fin a la dictadura y abrir camino a la refundación de una república democrática y a la lucha por las reivindicaciones económico-sociales de todos los sectores del pueblo. Estos procesos inevitablemente repercutirán en las FF.AA., que no tendrán las condiciones objetivas para seguir gobernando al país, y que tenderán a deshacerse de quienes los han llevado a un callejón sin salida. En síntesis, la crisis de gobernabilidad, que hoy día es incipiente, germinal, debe convertirse en un dato central y cotidiano de la vida del país para que pueda terminarse con la dictadura. Toda nuestra perspectiva apunta, respecto a las FF.AA., a que en una tal situación se desarrollen allí tendencias poderosas por la democratización del país. Ello es todavía una incógnita. La alternativa, una guerra popular contra las instituciones armadas que controlan hoy día el Estado, nos parece simplemente inviable, la descartamos

totalmente.

Ahora, ¿cómo se va a producir concretamente la caída de Pinochet? No es posible preverlo con exactitud. Es perfectamente inútil, además, intentar la profecía. Lo importante, a mi juicio, es determinar los procesos que generarán una situación en que la mantención de la dictadura sea imposible; y operar activamente en ellos.

Diego:

Tú insistes en un punto central que quizás sea básico para poder definir una opinión, que es el tema de la crisis. Ese es un concepto que me parece característico, y que me gustaría que ampliaras y que es la idea de crisis del régimen. Esta es más amplia, me parece, que la de crisis económica coyuntural. Si se trata de una crisis del régimen, este es un dato básico en el diagnóstico para la definición de línea. En síntesis, ¿qué tipo de crisis es la que estamos enfrentando hoy día?

Como crisis manifiesta la que enfrentamos hoy día —noviembre de 1982— es una crisis económica de grandes proporciones. No se han producido todavía las manifestaciones evidentes, visibles, cotidianas, de una crisis política. Sin embargo, ocurre que el éxito del modelo económico era una condición indispensable para la implantación de una manera más o menos estable del proyecto de "refundación capitalista" que dio consistencia al régimen desde el 73 hasta el período previo a la crisis económica actual. Por ello, al interior de la crisis económica se incubaba una crisis política. Fracasado el modelo económico, el modelo político sancionado en la constitución del 80 —y en particular el poder omnímodo y personal que se le entrega a Pinochet— pierde uno de sus principales pilares de sustentación. Dicho de otra manera, no hay salida a la crisis económica dentro del actual ordenamiento político. Las tendencias "aperturistas" que se evidencian al interior del régimen, indican la imposibilidad —incluso— de rearticular las fuerzas del bloque hasta

ahora en el poder sin buscar un ordenamiento político que permita una confrontación más abierta de los intereses en pugna y mecanismos más "objetivos" para dirimir las disputas de clases y políticas que lo agitan. Esto está vinculado a la incapacidad del capital financiero para reorganizar el esquema productivo por la vía de un nuevo movimiento concentrador, y a la indispensable mayor intervención estatal para gobernar la crisis económica. De hecho la banca está hoy día intervenida. La revalorización del rol del Estado, en el que el peso político de la conducción militar de Pinochet es incontrarrestable, hace que sectores cada vez más amplios de la burguesía estén interesados en crear mecanismos que les permitan un control más institucional del gobierno, y no seguir sujetos a la mediación de Pinochet. De allí el énfasis en acelerar la llamada transición, en abrir un espacio de confrontación política legitimada, en limitar el poder discrecional del dictador mediante la no utilización del artículo 24 transitorio, y en permitir la existencia de una oposición moderada y discreta. El "aperturaismo" se mueve todavía en el marco constitucional del 80 —factor actual de unidad del conjunto del bloque en el poder— pero el problema que enfrenta es que ese marco precisamente legitima el poder personal y discrecional hasta varios años más. Se produce, entonces, la circunstancia de que el actual ordenamiento político comienza a ser contradictorio —no sólo con la mayoría del país, es obvio— sino con una parte de las fuerzas que lo implantaron. En este sentido la crisis económica incuba una política. No digo que la crisis política en curso sea de una magnitud tal como para poner en jaque a la hegemonía burguesa en la sociedad —no hablo hoy día de una crisis revolucionaria— sino del actual orden político autoritario, militar y personalizado. Obviamente el vértice militar y Pinochet resisten con fuerza la tendencia a ver disminuido su poder arbitral, base del actual esquema político. Todo el discurso anti-fronda aristocrática expresa, precisamente, esa resistencia.

De otra parte, es posible que esta crisis en germen

pueda ser resuelta por las fuerzas del régimen, tal como han logrado superar otros momentos delicados —como la crisis militar que terminó con la destitución de Leigh y todo el generalato de la FACH, por ejemplo—. Pero, sin duda, la actual es de una magnitud inédita en estos años y lo previsible es que se profundice.

En todo caso, se crea una situación que debe ser considerada en la política de la Oposición, en la medida en que la necesidad de la democratización del país, como condición de solución de los problemas que lo aquejan, será cada vez más evidente, así como los límites y la inviabilidad —o al menos la precariedad— de aperturas restringidas y excluyentes.

Diego:

Yo creo que no hay nada que nos permita imaginarnos de que van a haber fuerzas significativas dentro del régimen —sean FF.AA., empresariales, o derecha política— dispuestas a prescindir del régimen político, es decir, de la constitución del 80. Creo que cualquiera estrategia política o línea política que parta del supuesto de que van a haber sectores significativos de empresarios, de la derecha política que hoy día opera —gremialistas, neodemocráticos como se están llamando— o sectores de las Fuerzas Armadas dispuestas a la ruptura del régimen, se basa en una hipótesis que no encuentra base —ni germinal— en el escenario actual, y además es bastante difícil de suponer que ocurra más adelante. En tres años más —pienso— el campo de fuerzas va a estar dividido en tres fuerzas centrales. Las voy a tratar separadamente: los sectores que están porque no opere la constitución de 1980, porque quieren mantener la dictadura militar, y Pinochet va a querer que tengan fuerza. Los sectores que van a estar por la aplicación de la Constitución del 80 —gremialistas, sectores de derecha de la DC que cada vez más se van a acercar a esas posiciones. Y la oposición, el centro químicamente puro —la DC— y la Izquierda que van a estar por superar el marco de la constitución del 80, en un proyecto de ruptura demo-

crática. Si este escenario se da y el equilibrio de fuerzas entre quienes hoy día son duros y blandos en el gobierno es relativamente precario, la Izquierda inevitablemente va a estar enfrentada a la perspectiva de ser el ala jacobina, radicalizada, democrática, de una coalición liberalizante.

Uno puede imaginar muchos escenarios. Pueden incluso haber otros peores para nosotros, como que en esta crisis el régimen se militarice aún más, e intente una suerte de populismo estatista con Pinochet, que al carecer de una base popular posible acentúe los rasgos represivos del régimen. Puede ocurrir también que, para viabilizar el itinerario constitucional, las fuerzas del régimen logren desplazar a Pinochet. Cuando uno comienza a imaginar escenarios, las posibilidades son muchas.

Diego:

Pero escenarios posibles...

Pero los que yo te menciono tampoco pueden descartarse a priori: no nacen sólo de mi cabeza, sino que existen tendencias que —desarrolladas— apuntan a esas situaciones. Diseñar una política entonces, no es el intento de adivinar el futuro, sino el esfuerzo por incidir en los acontecimientos para que se desarrollen en el sentido que interesa a las fuerzas —sociales e ideales— que la diseñan.

Hay que tener en cuenta las tendencias y las fuerzas que operan en la sociedad, es claro, e intentar desentrañar el sentido probable en el que se desarrollarán. Pero no es posible, a mi juicio, derivar una línea —como tú pretendes— de una pura hipótesis de escenario futuro, error bien común en nuestras tradiciones; y además convertir a la Oposición y a la Izquierda en un factor radicalizador, o en el ala jacobina del aperturismo del régimen me parecería un error de proporciones, aunque se asuma en aras de un realismo estrecho. Esa es, por otra parte, la política que ya hoy día y no en tres años más la Derecha, —y El Mercu-

rio en su representación— le propone al Centro, precisamente para conjurar los escollos que encuentra la realización de la llamada transición y crear desde ya un nuevo cuadro político que ayude, además, a resolver la crisis económica. Ese es el dato de hoy. De paso este dato obliga a relativizar la idea de una oposición casi inexistente y con fuerzas mínimas. Si no existiera no le interesaría tanto a la derecha dividirla, o aliarse con una parte de ella para salvar el momento más crítico del régimen.

Existen, entonces, condiciones de posibilidad para intentar una política de amplia unidad de la Oposición en torno a la necesidad de una profunda democratización del país, proceso que no puede realizarse en el marco de una constitución autoritaria, excluyente y antidemocrática como la del 80. Esa política puede atraer fuerzas que hoy día están con el régimen —civiles y militares— y provocar el derrocamiento de Pinochet antes del 89. Es una política a la vez democrática, amplia y realista, en el sentido de que tiene condiciones —no garantías— de viabilidad. La alternativa es convertir a la oposición democrática en el apéndice de una derecha que ha demostrado su carácter antidemocrático hasta la saciedad, y cuyos impulsos aperturistas aparecen ante el fracaso de su proyecto hegemónico. Desde el punto de vista del conjunto de la oposición es una alternativa miope; para la Izquierda sería simplemente suicida.

Surge la pregunta si esta línea es la misma que hemos proclamado todos estos años. En muchos aspectos sí. Lo nuevo es que recoge el dato del posible desplazamiento hacia posiciones más aperturistas, liberalizantes y eventualmente democráticas de sectores que se han ubicado en torno al régimen, y que las convoca para concurrir al establecimiento de una república democrática. No cambia la perspectiva de ruptura democrática, como eje central de nuestra óptica estratégica. Ruptura con el marco institucional de la Dictadura y con el dictador y lo que representa como cristalización autoritaria y militar del poder.

Pedro:

Yo veo que la piedra de tope en toda esta polémica de escenarios, y de la conducta posible de las fuerzas democráticas que hoy día no la podemos anticipar, es una lectura de la crisis. Hay una que va por el camino de la ingobernabilidad creciente, y esa favorece un tipo de escenario como el que tú señalas, lo que favorece la instauración de un sistema político diferente al anterior, en el que podrían entrar fuerzas democráticas de derecha, aunque sea para evitar riesgos mayores. Otra lectura es que hay una recuperación de la gobernabilidad de la crisis, en el que se da el tipo de escenario que plantea Diego, una cierta recomposición, en términos de la constitución del 80, de sus plazos y todo un juego de espera. Yo pienso que si se quiere analizar cuál es el curso más probable, hay que meterse en esa discusión ya que los grados de gobernabilidad van a depender del carácter de la crisis.

Lo otro, es que éste es para la Izquierda una novedad como tema. Nuestra visión anterior suponía una progresiva acumulación de fuerzas para llegar a un punto de ruptura bastante lejano, por lo distante que estábamos de las crisis de gobierno. Pero hoy día la transición presenta estos otros mecanismos que se cruzan y se entrecruzan. O sea, si esta crisis económica nos lleva a una situación de permanente crisis política o no.

En la Derecha o en sectores del régimen, su eventual evolución hacia posiciones democráticas será motivada por la crisis de gobernabilidad. Las fuerzas sustantivas de la burguesía de este país no son esencialmente democráticas desde hace muchos años. Este es un dato más o menos permanente. Yo no creo en una conversión ideal de la Derecha. Lo que no obsta a que si en el futuro se ve constreñida a realizar una política democrática —o más bien a moverse en una situación democrática— tendrá que asumir elementos ideológicos democráticos. Algo de eso ya se prepara en los círculos intelectuales liberales de derecha.

Yo estoy de acuerdo en que el dato de la crisis eco-

nómica —y de los condicionamientos políticos que crea— es un dato muy central para imaginar escenarios futuros y para discernir estrategias políticas. Mi opinión es que vamos llegando a un punto en que la resolución de los agudos problemas económicos se hace cada vez más difícil en el actual orden político. Por razones tanto internacionales como internas.

En la discusión que hubo en torno a la designación del gabinete de Lüders ya se manifestaron síntomas de estos problemas. Para enfrentar una coyuntura que ya estaba muy determinada por los problemas económicos, se prefiguró al interior del régimen un diseño de conducción económica que involucraba cambios políticos de alguna significación. Lo que en ese momento se designó como programa del alessandrismo. Ya es manifiesta la incapacidad de la conducción económica de Lüders, que expresa la inmensa dificultad de reactivar la Economía en el actual cuadro político. Los problemas del 83 serán aún peores, porque a la recesión interna, se agregarán los problemas de un déficit externo que nadie sabe todavía cómo se puede encarar.

El gabinete actual, que se propuso básicamente recuperar la confianza de los llamados agentes económicos, ha fracasado en este propósito al poco tiempo. Comenzamos en noviembre a asistir a un proceso de franca rebeldía económica de sectores de burguesía media agraria y comercial, sobre todo en provincias. Como apuntaba un diario de la cadena de El Mercurio, estos movimientos de resistencia y solidaridad empresarial si no se detienen, no se sabe nunca donde terminan. Y sin un giro sustancial en la política económica sólo se podrán detener con la represión. Todos estos procesos apuntan ya a presiones por modificar el cuadro político. Y no pongo en el escenario la actividad política y de masas de la Oposición, que aunque todavía dispersa, sin duda crecerá en el próximo período. Si además, se avanza —como es posible— en una mayor articulación política de las fuerzas democráticas, éstas pueden constituir un actor importante en el escenario de 1983.

Ahora, las modificaciones en el cuadro político serán complejas. Básicamente porque no existe aún una alternativa al régimen actual, política y socialmente consistente. La crisis no se resolverá, entonces, en un acto único, casi mágico, que marque el cambio de la situación actual por una enteramente distinta. Imagino más bien un período más o menos prolongado de crisis económica y política antes que se logre un nuevo equilibrio. Este es el escenario que preveo, por lo menos, para el año 83. Agregaría que esta previsión considera tanto los problemas internos, como los efectos que produce en el país la crisis de las economías capitalistas centrales, que aunque no tienen las magnitudes que les asigna la propaganda oficial, sin duda repercuten con fuerza en algunos aspectos, especialmente en el comercio exterior y el manejo de la deuda externa.

Diego:

Correcto, pero hay una diferencia entre resolución de la crisis y gobernabilidad, que yo creo que habría que explorar. Porque evidentemente resolución de la crisis sería la posibilidad de volver a la situación previa a la de 1980, es decir, tener de nuevo una economía dinámica, de crecimiento sostenido y que el régimen estuviera nuevamente a la ofensiva en el terreno de los cambios sociales, en las modernizaciones y demás. Esto, evidentemente en el estado actual de crisis del capitalismo y sus efectos en la economía chilena, sobre todo, por el modo en que la economía chilena ha manejado esa crisis no aparece posible. Parece que un período de crecimiento lento va a ser bastante largo, por lo menos dos a tres años. Pero otra cosa es la gobernabilidad de la crisis, es decir, la capacidad de —a pesar de la crisis económica— mantener latente o regulada la crisis política. Es evidente que se puede pensar que esta situación se deteriora y los deterioros pueden venir por el lado de los sectores empresariales que no son oídos y de sectores militares que se ponen más críticos en la medida en que se acumulan problemas en la sociedad. Claro, es verdad, tú tienes razón,

ahí mucho depende cómo se administre o se gobierne esta crisis. Pero no hay que pensar que una crisis económica muy larga inevitablemente genera colapso o crisis política. Pueden existir fórmulas de gobernabilidad de la crisis económica; y evidentemente que yo creo que la única posible, y ahí es donde uno no ve mucho al gobierno, es el aperturismo político.

Es la alianza con el Centro.

Diego:

Claro.

El problema es que la resolución de la crisis económica —desde el punto de vista político— supone para el régimen —al menos— una alianza con el centro, es decir, una modificación de alguna magnitud del actual cuadro —yo diría más— del orden político vigente. Esto ya hoy día es un dato. Y no cualquier dato. La Oposición —o una parte de ella— a pesar de su debilidad relativa pasa a ser central para resolver la crisis nacional. Cuando esto ocurre las implicancias políticas de la crisis económica se convierten en un hecho. Y con el tiempo esto será cada vez más evidente para sectores cada vez más amplios. Finalmente sin democracia este país ya no camina, casi para ningún lado, salvo al atolladero.

Estos hechos no pueden dejar pasarse de lado. Si la Izquierda y las fuerzas democráticas fueran tan débiles, tan insignificantes, tan impotentes, lógicamente no tendrían esta capacidad de ser factores significativos para superar la crisis nacional.

Existe un elemento de fuerza de la oposición que un análisis realista —como se pide ahora— no puede desconsiderar, aunque esa fuerza no esté aún suficientemente desplegada. Porque existe también el realismo miope, chato, del día, del deslumbramiento con el puro poder.

Diego:

Correcto, tú estás ahí diseñando una estrategia en que el Centro opera como fuerza democratizadora aprovechando la circunstancia de la crisis.

No. Yo trato, primero, de analizar las tendencias políticas que ya hoy día están operando, precisamente para diseñar una estrategia que las tenga en cuenta. En este sentido afirmo que ya hoy día —aunque no con entera evidencia— la oposición democrática es un actor nacional significativo. Y que su estrategia debe consistir en convertirse en el eje de la democratización del país, en una situación en que la demanda por un cambio en el orden político será cada vez mayor, y no como tú sugieres en el ala “radical” de uno de los bandos en que las fuerzas del régimen tienden a dividirse. El problema que tenemos es convertir esa fuerza potencial en una realidad política. Para realizar esta posibilidad la oposición enfrenta hoy día un par de disyuntivas cruciales. La primera es si va a jugar el papel de contribuir a la gobernabilidad del país aceptando el marco que les viene propuesto por el aperturismo de derecha, o si va a jugar un rol significativo en el intento por cambiar el régimen, derrocar a Pinochet y abrir paso a una transición democrática consistente. Afirmo que se puede —y debe— optar por la segunda alternativa. Nadie puede garantizarnos el éxito, pero es asimismo una alternativa razonable, realista, y la que más sirve al objetivo que nos interesa a todos, que es conquistar una democracia real, en los plazos más breves posibles.

Pedro:

Tú propones en el fondo, que una coalición de centro-izquierda reclame para sí misma ser el eje central de un proyecto de democratización y de salida de la crisis.

Exacto. Una propuesta nacional de salida a la crisis que se va ordenando en torno a la oposición democrática. Oposición que —por lo demás— es crecedora y

aspira a atraer a sectores que han apoyado estos años al régimen.

Juan:

¿Y cómo juegan en esto las FF.AA.?

Un diseño de este tipo considera las fuerzas armadas como instituciones. No a Pinochet y al mando pinochetista. Porque estamos llegando a un punto en que los agudos y cotidianos problemas de un país al borde de la parálisis económica, con las gravísimas consecuencias sociales producidas por más de un 30^o/o de cesantía, hacen que las FF.AA. no puedan —como instituciones— desentenderse de su responsabilidad histórica en el fracaso de su gobierno y del proyecto que éste encarnó. El poder omnímodo de Pinochet será inevitablemente cuestionado; el debate político en la superioridad de las FF.AA. ya ha comenzado, así como el análisis de las alternativas que se les plantean como sostén principal de un gobierno y un orden político agotados. El surgimiento de una alternativa democrática consistente, y el agravamiento de la crisis de no mediar cambios políticos sustantivos, hará que esa alternativa se vaya abriendo paso también en el interior de las instituciones armadas, no sin conflictos y problemas, claro está. A ese proceso debemos apostar.

Pedro:

En este esquema se prevé un período de mucha pugna. Porque todavía hay un proceso pendiente, en el que efectivamente las fuerzas de la Izquierda y el Centro se transformen en este eje reordenador de la crisis y de la democratización del país, cuestión que todavía no es así, aunque hayan gérmenes de ello.

En la Izquierda hay fuerzas significativas para una política como la señalada. Este puede ser otro tema, pero el papel de la Convergencia Socialista —como proyecto político de izquierda— lo veo muy vinculado al impulso de una línea de amplia unidad y de rup-

tura democrática, capaz de hegemonizar al conjunto del movimiento popular. En la DC —por otra parte— tienden a imponerse los sectores que rechazan una alianza privilegiada con la derecha aperturista, que entienden que la constitución del 80 no es el marco posible para una transición democrática real y que buscan la caída de Pinochet.

Diego:

Bueno, pero eso de algún modo se sitúa en otro discurso, en otro lenguaje, en otro escenario teórico que el del tema del derrocamiento, tal como clásicamente ha sido pensado.

¿Por qué?

Diego:

Porque creo que discutir esto en los términos clásicos del lenguaje de izquierda como derrocamiento, empuje simbólicamente el discurso, y además, lo llena de connotaciones militaristas y de guerra civil, que no es lo central en él. Es un camino plagado de conflictos, por supuesto. Aquí hay una oposición democrática que a partir de la profundidad de la crisis levanta una propuesta nacional y que apunta a una Asamblea Constituyente, un nuevo marco constitucional, etc., y que cuestiona el poder de Pinochet, que llama también a las FF.AA. Es decir, sé que estoy hablando de significaciones simbólicas más que teóricas, pero esta propuesta tiene otras que las habituales contenidas en la temática del derrocamiento. Quiero decir que me parece una mala palabra para discutir este fenómeno. Está llena de resonancias de un lenguaje y de un tipo de hacer política que no son los que uno puede ver surgir en el escenario.

Es evidente que se pueden decir las cosas de diversas formas y que la manera en que se digan no es indiferente...

Diego:

Sobre todo en política.

De acuerdo. Y yo sigo pensando que el término derrocamiento describe adecuadamente el objetivo que la oposición democrática debe proponerse. Que lo hayamos usado desde hace tiempo no es razón para su abandono, no tiene necesariamente esas resonancias militaristas de las cuales recelas. Claro, no basta con afirmar la voluntad del derrocamiento de Pinochet, es indispensable diseñar una política que lo haga posible, y esa política es compleja, requiere el desarrollo de diversos procesos, y se basa en la posibilidad de articular y movilizar una mayoría social y política en función de la democratización del país; como supone también abandonar la ilusión de una derrota militar de las FF.AA. institucionales por el pueblo en armas, en tanto es un objetivo que seriamente no se puede plantear en una sociedad como la chilena. Siendo todo ello así, me parece que proponernos una política que apunte al derrocamiento es pertinente.

Diego:

Sí, pero ten en cuenta que este es un discurso que también tiene que estar dirigido y pensado hacia las Fuerzas Armadas. En este tipo de escenario político que tú describes sin una parte significativa de las FF.AA. dispuestas a producir cambios en la cúpula del Estado, no ocurrirá nada. O sea que las palabras, el mensaje, el programa tiene que plantearse también en función de ellas.

Precisamente por eso. El mensaje hacia las FF.AA. tiene que consistir en que mientras subsista la orientación que Pinochet ha dado al gobierno no será posible superar los agudos problemas del país, se acentuará su divorcio de la mayoría del país, no podrán entrar en un diálogo con sectores fundamentales de la sociedad; y los militares saben tan bien como nosotros —yo creo que mejor— que Pinochet no está dispuesto a irse tranquilamente o a cambiar positivamente el rumbo. No es un mensaje fácilmente digerible por las FF.AA., pero es el único que razona-

blemente les podemos plantear, incluso si aspiramos a ser creídos. Pienso que ya hoy día hay militares que se plantean la hipótesis del cambio de mando. Se trata de que lleguen a ser una mayoría significativa, dispuesta a operar ese cambio, que no será un proceso fácil, ni probablemente pacífico. Pero si se logra desarrollar una mayoría activa por la democratización y la oposición va configurando una alternativa sólida, el mensaje del derrocamiento del dictador encontrará oídos más receptivos al interior de las instituciones castrenses, o bien fortalecerá la influencia de aquéllos que ya hoy día se plantean la necesidad del cambio. Procesos de este tipo, de otra parte, se han producido tanto en estas Fuerzas Armadas, como en otras. El carácter, por así llamarlo apocalíptico con que aparece el derrocamiento cuando aún no existen todas las condiciones para que ocurra, desaparece en el momento —o más bien en la situación— en que estas condiciones ya han madurado. Allí el derrocamiento aparece, diría, como una necesidad natural, como el curso “lógico” de los acontecimientos. Y no me parece un ejercicio de mera retórica insistir —incluso hoy día— en estos elementos de nuestra previsión política, ni ocultar nuestra voluntad de derrocar la Dictadura. Esta voluntad, aunque no tenga hoy día los medios para realizarse, constituye también un dato real de la situación del país, y pesará en los desenlaces de la crisis.

Juan:

En el caso español, por ejemplo, no hay derrocamiento.

Diego:

Te quería llevar al caso español. Lo que ocurre en España es un proceso de continuidad y ruptura. Pero los aspectos de continuidad son muy importantes, o sea, es el mecanismo de sucesión pensado por Franco el que se pone en operación, el equivalente a la constitución del 80. Y en él la oposición es capaz de negociar ampliaciones democratizadoras de aquello que

ofrece el poder. Ese escenario tú en Chile lo descartas, por lo menos, como el programa de la oposición.

Exacto, lo descarto como el programa de la oposición democrática. Otra cosa es la actitud que la Oposición debería adoptar si su política no logra imponerse, y aparecen escenarios nuevos, distintos a los queridos por ella. En ese caso habrá que adecuar la política a las posibilidades que abra esa nueva situación. Si tú me preguntas qué deberíamos hacer para la elección prevista para el 89 por la constitución de Pinochet, te contesto que ese problema lo tendremos que resolver el 89, y no ahora. Lo que corresponde hoy día es intentar que el 89 no tengamos la constitución excluyente y autoritaria que propicia este régimen.

Si nuestra perspectiva no logra imponerse en la sociedad —porque no somos la única fuerza que opera en ella— o si se producen desarrollos políticos no previstos es evidente que tendremos que revisar nuestra propuesta. En ese sentido decía anteriormente que me parece indispensable cuestionar esta noción de la estrategia como un itinerario prefijado. Ahora, para que la política no se convierta en un puro pragmatismo, lo fundamental es tener un horizonte programático claro, es decir, nitidez en los objetivos políticos que se persiguen: en nuestro caso la plena democratización del Estado y la sociedad. ¿Cómo se van a ir realizando esos objetivos en el concreto proceso de la lucha política y en circunstancias que van a ser cambiantes, y en las cuales no seremos el único actor? A esto se puede responder de un modo muy aproximativo, y siempre provisorio.

Retomando lo de España. Ocurre allí que la oposición democrática no logró realizar su política de ruptura con el régimen franquista. Tampoco puede afirmarse que la sucesión es la prevista por Franco, en el sentido político digo, en la medida que la Corona y una parte del franquismo —subordinados cuando el dictador ejercía el poder— se orientan hacia una política democrática —no sin lucha, recuérdese el gobierno de Arias Navarro y su apertura restringida—

lo que permite un consenso con la oposición democrática y popular que se expresa en la constitución actual —que no es franquista, ni continuista respecto de la dictadura, ni nada que se le parezca— y que permite que en 1982 jure como Presidente del gobierno, Felipe González, un socialista. Visto el proceso desde hoy día, ¿fue un error la línea de ruptura democrática de la izquierda y una parte del centro español. O bien debieron dedicarse, digamos, los últimos años de los 60 y los primeros de los 70 a negociar con el franquismo su sucesión, o a convertirse en el “ala radical” del aperturismo del régimen, que ya existía en germen? Pienso que no, que en general hicieron bien desarrollando un poderoso movimiento obrero democrático; creando un fuerte movimiento estudiantil antifranquista; conquistando espacios de libertad —como se decía— en la cultura, la prensa y donde fuese posible; intentando coaligar al conjunto más amplio posible de fuerzas nacionales y regionales en términos de una política de ruptura democrática, etc. Todo ello no bastó, y Franco pudo gobernar hasta morir. Pero el trabajo y la política de esos años permitió desarrollar fuerzas sociales, organización democrática autónoma del Estado franquista, cultura crítica, identidades políticas y liderazgos que han sido decisivos en el complejo proceso de democratización del Estado y la sociedad española; hasta tal punto de que a siete años de la muerte del dictador son esas fuerzas quienes gobiernan el país y constituyen —sin duda— la más sólida garantía para la consolidación y desarrollo de la nueva democracia. No propongo sacar de España conclusiones —o aplicaciones— lineales y directas para nuestro país. Cada realidad es diversa. Pero si vamos a extraer experiencias de situaciones de alguna manera análoga a la nuestra, al menos realicemos una lectura completa de esas experiencias.

Pedro:

Volviendo a lo nuestro, existe un problema específico respecto a las Fuerzas Armadas. Se dan aquí dos opciones: una es apostar a una fractura, al surgimien-

to de una fracción democrática en las FF.AA. que es el implícito que se señalaba anteriormente. Hay que examinar si esta opción tiene viabilidad, o si bien se da la otra opción —más común— que es la inhibición política del conjunto de las instituciones armadas; inhibición que se da por la magnitud del campo de fuerzas opositor y por la ingobernabilidad del país, procesos que se han dado en Perú, en Bolivia y ahora en Argentina.

Me parece un tema a discutir. Creo que las opciones que tú planteas no son en absoluto excluyentes, diría más bien que al contrario. El movimiento democrático debe apuntar a inhibir a las FF.AA. para que no sigan constituyendo el sostén de un orden político y económico totalitario y excluyente de las mayorías nacionales. A esta inhibición confluyen tanto la fuerza del movimiento democrático como el mal gobierno —y en casos el desgobierno— y en ese cuadro pueden surgir —y de hecho en muchas experiencias han surgido— facciones militares democráticas que pueden jugar un papel significativo. A más largo plazo en casi todos nuestros países la cuestión de la democratización en profundidad de las instituciones castrenses es una necesidad política fundamental. De lo contrario, los procesos de democratización serán muy inestables y la sucesión de aperturas y dictaduras se puede convertir en el ciclo trágico y monótono de nuestra vida política. La historia de Bolivia y Argentina en las últimas décadas lo demuestra. La democratización de las FF.AA. será el producto de la hegemonía en la sociedad y el Estado de las fuerzas realmente democráticas, pero necesitará el concurso activo de militares democráticos.

La “vuelta a los cuarteles” puede asumir diversas formas y grados en nuestros países, pero en Chile creo que pasa por la caída de Pinochet. Yo no lo imagino —como a Morales Bermúdez, por ejemplo— invistiendo a un Presidente elegido por sufragio universal después de una Constituyente en la que participen todas las fuerzas políticas del país. No hay que olvi-

dar que el carácter personalizado y permanente del mando en la persona de Pinochet es una característica que distingue a esta dictadura militar de otras del continente, en las cuales el mando ha sido institucional y rotativo como en Brasil, Perú y Argentina, lo que les ha permitido una mayor flexibilidad política.

La opción militar de fondo que la Izquierda debe asumir —y este es un debate hoy día agudo en la izquierda chilena— es si el movimiento popular tendrá un papel estrictamente militar sustantivo en la lucha contra la dictadura o si debe desarrollar fundamentalmente una fuerza social y política capaz de provocar la ruptura democrática, y la consiguiente democratización de la sociedad. Esta sí es una opción real, ineludible, que no se resuelve con discursos ambiguos. Yo pienso que —en Chile y la mayoría de los países sudamericanos— la primera no tiene ninguna condición de viabilidad histórica y condena al movimiento popular al aislamiento, la marginalidad, y en el mejor de los casos a la derrota. La opción que yo sostengo para Chile, considera también los aspectos militares implicados en la lucha por la democracia y el socialismo, no los elude. Se toma en cuenta el dato que va a ser muy difícil que el conjunto de la institución militar, a través de mecanismos de inhibición o involución haga entrega de un modo “pacífico” y “normal” del poder a fuerzas políticas democráticas, precisamente porque el mando actual y quienes se identifican con él tienen la voluntad manifiesta de perpetuar un régimen militar totalitario. La activa movilización democrática de la sociedad debe apuntar entonces a que se generen sectores militares dispuestos a deshacerse de ese mando, que en nuestro caso —insisto— está fuertemente personalizado en Pinochet.

Pedro:

Pero el bloque militar antipinochetista puede ser más “involucionista” que democrático.

Evidente. Pero a nosotros nos interesa que sea lo más

democrático posible en función no sólo del derrocamiento, sino de la estabilidad democrática futura y de la necesaria democratización de las FF.AA., que en ese cuadro será una tarea ardua y una lucha llena de obstáculos. Lo que tú llamas el “involucionismo” militar puede ser un elemento muy importante en un momento del proceso, pero insuficiente si no se quiere caer en un tipo de organización política democrática cautiva, inestable, siempre sujeta a los cambiantes humores militares.

Pedro:

En este esquema de transición, tú has planteado una política que busca la concertación de todas las fuerzas democráticas, incluido naturalmente al Partido Comunista. Un componente importante de este sistema de alianzas es la Democracia Cristiana, que hasta el día de hoy ha planteado un veto a priori a la participación comunista. ¿Cómo crees tú que es modificable este dato, y hasta qué punto esa política no es una simple declaración de intenciones en la medida que el veto de la Democracia Cristiana sea algo permanente a mediano o largo plazo?

En la medida en que tenemos con la Democracia Cristiana una diferencia sobre la naturaleza del bloque político que hoy día es indispensable construir para abrir una perspectiva democrática, nuestra política tiene que consistir en ir creando las condiciones para que ese veto desaparezca. Cuestión posible porque nuestra óptica responde de una manera más coherente a las realidades políticas del país, a las necesidades que nos plantea la lucha por el término de la dictadura y la construcción de una nueva república democrática que tenga condiciones de estabilidad. Creo que esta posición, tanto en el plano del debate y la confrontación de ideas, como en el de la concreta lucha social y política tiene mucha fuerza. En este terreno existirá un campo de confrontación entre nosotros y la Democracia Cristiana. Esta, de otra parte, ya hoy día

sostiene claramente que en su esquema de reconstrucción de la democracia considera al Partido Comunista como una fuerza constitucional, y por lo tanto, concurriendo activamente a la definición del nuevo orden político del país, en igualdad de condiciones con el resto de los partidos políticos. Sobre este aspecto existe una distancia sideral entre la postura de la D.C. y la Constitución de Pinochet y la opinión de la mayoría de la derecha. Es evidente que si se pretende desarrollar en el país un sistema político estable, éste debe ser construido con la participación de las grandes fuerzas populares y democráticas del país. Esta es una condición sine qua non de cualquier proyecto democrático serio, y cualquiera sea la opinión que se tenga del Partido Comunista, no cabe duda que en la historia de este siglo ha sido una gran fuerza popular y democrática. Su concurso activo en la gestación de un nuevo orden democrático, es tanto un derecho como una necesidad. Esto hoy día constituye un consenso de todas las fuerzas democráticas. Aceptado este criterio básico, no se ve razón para que fuerzas que deben concurrir activamente a lo que podríamos llamar la refundación de la democracia, sean excluidas a priori de los acuerdos políticos indispensables para poner término a la dictadura y levantar desde ya una alternativa democrática sólida. La política actual de la D.C. es incluso contradictoria con los objetivos que ella misma proclama. Por ello el veto a priori —previo incluso a la confrontación de opiniones sobre los acuerdos posibles o los desacuerdos eventuales— me parece una conducta política inaceptable desde el punto de vista de los intereses de la lucha y los principios democráticos. Diría, además, que sobre este aspecto no hay unanimidad en el centro político. No son pocos los que en la D.C. y la Socialdemocracia tienden a coincidir más bien con una política como la nuestra.

Diego:

Pero, ¿no será este veto del centro y en particular de la D.C. una consecuencia de los vaivenes de la línea

del P.C. en el último tiempo?

No me parece. Hoy día la D.C. se niega a todo acuerdo político con el P.C. y esa negativa no tiene que ver con los contenidos de los acuerdos, sino que se basa en la pura y simple afirmación de que hoy día no hay condiciones para ellos; al menos públicamente, suelen agregar los dirigentes demócratacristianos. En los años 77-78, por ejemplo, la D.C. sostenía una política idéntica respecto del P.C., cuando éste tenía una línea distinta en varios aspectos a la actual y donde toda la cuestión de la violencia aguda y las formas armadas de lucha no sólo no era postulada, sino incluso criticada por el P.C. Lo que ocurre es que aún domina en la D.C. una visión maniquea de la política en su confrontación con el P.C. Y desde el punto de vista del desarrollo de la democracia en este país, esas visiones deben ser desterradas y sustituidas por una aproximación laica y racional en la relación entre las grandes corrientes culturales y políticas. Este combate ideal contra el maniqueísmo político lo considero indispensable, y pienso que debe ser muy propio de la Convergencia Socialista como fuerza política y cultural. Me parece necesario, además, para nuestro propio desarrollo como fuerza política autónoma.

Por último, las necesidades de la lucha antifascista, de la movilización social, de dar expresión al sentimiento democrático de amplias masas hace que el entendimiento posible entre las fuerzas democráticas que realmente tienen raigambre popular sea un elemento central, si de verdad se quiere contribuir activamente a terminar con la Dictadura y no constituirse en espectadores de su hipotético derrumbe.

Dicho todo lo anterior con claridad, es posible sostener también —y esa es mi opinión— que la sectarización y los errores de la política del P.C., particularmente durante este período, han contribuido al propósito de quienes pretenden demonologizar al P.C. en la política chilena. Este es sin duda un elemento presente, y que debe ser considerado porque

efectivamente el giro de la política del P.C. de los últimos años lo ha llevado a aislarse y a sectarizarse en sus relaciones políticas, y no sólo respecto del centro, sino que incluso de importantes sectores populares y de izquierda. Sin ir más lejos nuestras relaciones con el P.C. —como Convergencia Socialista— han sido políticamente tensas, difíciles y hasta críticas durante todo este último período. Todo ello también cuenta.

Diego:

Tú has hablado de no demonologizar el problema del Partido Comunista, lo que me parece una perspectiva correcta, pero ¿por qué sacralizar el problema del P.C.? Es decir, ¿por qué poner como condición de constitución de alianza democrática la participación del P.C.?

Porque ha sido una de las grandes corrientes culturales y políticas de la sociedad chilena. Es una razón que me parece de una evidencia abrumadora. Como fuerza política el P.C. es uno de los componentes importantes del arco democrático de este país. Y por lo tanto, la política de las fuerzas democráticas —más allá de las fuerzas de izquierda— debe consistir en intentar el entendimiento más amplio posible —al menos— para derribar la dictadura y crear un nuevo orden democrático. No quisiera dramatizar el discurso, pero los más profundos intereses de la nación requieren esa amplia concertación, que es además posible: es decir, podemos arribar a acuerdos sustantivos. Entonces, yo digo: verifiquemos esa posibilidad; si no resulta, si las diferencias son irreductibles, los problemas y el discurso se plantean en otro terreno, en un terreno estrictamente político. En la perspectiva que yo señaló no hay demonologización ni sacralización del P.C. No es el aval del P.C. —por decirlo así— el punto de toque de una política democrática, e incluso de izquierda; pretensión que normalmente los miembros del P.C. tienen. En todo caso las fuerzas democráticas deben considerar que el P.C. constituye una de las fuerzas políticas importantes en la confi-

guración de la moderna democracia chilena.

Diego:

Es evidente que el Partido Comunista es una fuerza popular, ¿pero no se trataría quizás de una gran fuerza popular no democrática, lo que justificaría su exclusión de un bloque democrático?

Es una fuerza popular y democrática. Y en ese sentido, el test fundamental es el test de su práctica y de su historia. El P.C. ha sido una fuerza que —junto a otras— ha contribuido al desarrollo de la democracia chilena de manera importante desde Recabarren. En segundo lugar los programas y las propuestas políticas que ha levantado el P.C. —normalmente en conjunto con todas las fuerzas de izquierda— han apuntado a desarrollar la democracia en el país, y ello desde los años 30 en adelante.

Otra cosa es que yo piense —como pensamos muchos— que el PC no resuelve bien en el terreno teórico los problemas de la relación entre socialismo y democracia, lo que finalmente afecta muy profundamente la capacidad hegemónica de su política. Pero todo ello corresponde a otro universo de temáticas y problemas —el de la ciencia y la cultura— que tiene su propia autonomía. A mi juicio el metro para medir el carácter democrático de los partidos es su práctica y su programa político. Y en el examen histórico el P.C. sale con buena nota.

Diego:

Se han vivido años de extrema pauperización, durante los cuales los sectores populares han sido sometidos a enormes disminuciones en sus niveles de vida. ¿Qué crees tú que va a pasar cuando se abra un proceso de transición democrática? ¿Visualizas tú una situación de desbordamiento de las demandas populares?

La situación económico-social que uno puede imaginar al término de la dictadura será la de un país mucho más pobre que hace 10 años; nos encontraremos

con un endeudamiento externo que va a pesar y condicionar a la economía chilena durante años; con índices altísimos de cesantía; con una industria nacional en buena parte desmantelada; con una crisis alimentaria en marcha, etc... La recuperación económica no será fácil y junto a ella se planteará con urgencia la necesidad de definir una nueva estrategia de desarrollo que tome en cuenta la necesidad absoluta de priorizar determinados objetivos económico-sociales, cuya satisfacción no podrá ser postergada para las fases de "pleno despegue" de la economía. Entre ellos el empleo y la alimentación me parecen los básicos.

En esta situación, el potencial de demandas populares será muy alto. Demandas que serán, además, mínimas y muy legítimas, en la medida en que el costo mayor del experimento económico liberal lo han pagado los trabajadores. Si presuponemos que la transición significará la plena recuperación de las libertades democráticas y que, por lo tanto, los principales movimientos sociales se reconstituirán con una relativa rapidez —y en particular el movimiento sindical, las organizaciones territorial-poblacionales, y otros sectores como las capas técnicas y profesionales que en estos últimos años han sido muy afectadas por la crisis económica— se va a producir una verdadera explosión de demandas sociales, entre las cuales la de los sectores populares se van a expresar con fuerza. Y existirá una economía que, en el mejor de los casos, va a poder responder lentamente a ellas.

Diego:

... Pero tú parece que estás describiendo una situación catastrófica desde el punto de vista de la estabilidad democrática.

No. Lo único que intento es enfatizar que los problemas que plantea la democratización no se refieren exclusivamente a la esfera política y del Estado. Vale decir, si aquí no hay una concertación social y política en torno a la democratización del Estado y la vida política y a un proyecto nacional de desarrollo, las

condiciones de la estabilidad democrática serán precarias. Además, porque quedarán en la sociedad chilena, incluso incrustadas en instituciones del Estado, fuerzas autoritarias y reaccionarias activas y resueltas, salvo que los objetivos de la revolución democrática sean cumplidos cabalmente en las primeras etapas de la transición, hipótesis que no me parece la más probable.

En esta óptica, los problemas que hacen a la construcción de un frente político capaz de dar estabilidad democrática; al diseño de un programa de desarrollo que tome en cuenta las contradicciones sociales reales del bloque democrático; y la perspectiva política y cultural que asuman los diversos movimientos sociales, y en particular el movimiento sindical y el empresariado nacional, constituyen tres aspectos o elementos de una misma necesidad histórica: la de levantar un proyecto viable de Nación para las postrimerías del siglo XX y que se proyecta hacia el XXI.

Pedro:

Toda la temática del pacto social ha sido muy propia en este tiempo del centro democrático y de importantes sectores sindicales. Queda, sin embargo, la impresión de que este tema es difícilmente digerible para una cierta cultura tradicional de izquierda.

No es nuestro caso. La perspectiva de un pacto social para la democracia y el desarrollo independiente del país está en la base de nuestra propuesta para Chile.

Sin embargo, existe una versión del pacto social que yo no comparto y que creo que la clase obrera y los trabajadores no compartirán y que, esquematizándola, consiste en pedir al movimiento popular que frene sus demandas económico-sociales a cambio de libertad política. En tal concepción, las demandas populares aparecen como una amenaza a la estabilidad democrática, que es preciso atenuar. Es obviamente una perspectiva insuficiente e interesada —desde el punto de vista de clases— del pacto social. La concertación debe dar cabida a las necesidades básicas

de la población, lo que en esta economía significa un esfuerzo grande y constituye una de las orientaciones gruesas de cualquier proyecto de desarrollo económico. En esta óptica, las demandas populares pueden jugar un rol decisivo en la estrategia de desarrollo y no constituyen un puro obstáculo o un peligro desestabilizador. La afirmación, por ejemplo, de que asegurar un nivel nutricional adecuado a todos los chilenos es un objetivo prioritario de una política económica democrática, independientemente del nivel de ingresos o de la situación ocupacional de los ciudadanos, puede convertirse —supuesta una política agropecuaria específica adecuada— en un gran instrumento para superar la postración agrícola que vive el país. Los ejemplos pueden multiplicarse. El pacto social, entonces, no consiste básicamente en el esfuerzo de moderar la demanda popular —como aparece en muchas formulaciones del centro y la derecha democrática— sino en el acuerdo en torno a un esquema de desarrollo en el que la satisfacción de esas demandas ocupe un lugar determinante; en el que los trabajadores tengan un rol importante en la dirección económica y en el que el empresariado nacional juegue un rol activo, creador y socialmente garantizado. Supone, también, acordar métodos democráticos para resolver las pugnas de intereses inherentes a un esquema de alianzas y concertación de clases.

sexto día

Sobre la Convergencia Socialista ●

**Sobre cuestiones ●
de política internacional**

Sobre la Convergencia Socialista

Juan:

¿De qué necesidad política real surge la llamada Convergencia Socialista?

La Convergencia surge —podríamos decir esquemáticamente— de tres impulsos. El primero es la necesidad que enfrenta la izquierda chilena de renovar su práctica y su proyecto político en función de las nuevas condiciones en que se desarrolla la lucha política en el país. Hay una exigencia, que podríamos llamar objetiva, que hace indispensable la renovación de la Izquierda. Esta exigencia produce procesos concretos de renovación teórica, ideológica y política en sectores muy amplios, que de alguna manera atraviesan con distinta intensidad prácticamente a todos los partidos.

De otra parte, la Convergencia surge y se hace necesaria a partir de la crisis que afecta a la mayoría de los partidos de izquierda, que se evidencia con fuerza a partir de la escisión del Partido Socialista en 1979, y de la posterior disolución práctica de la Unidad Popular como frente unitario dotado de programa y línea política común. Responde a la realidad de que el cuadro político de la Izquierda, nacido en otras circunstancias históricas, ya no refleja ni sus actuales alineamientos políticos e ideales, ni aspectos importantes de la realidad social y política del país.

Hay un tercer elemento: es la necesidad de dar expresión política a sectores populares significativos que se constituyen social y culturalmente en estos años de fascismo, y que no tienen o no encuentran un referente político claro; o por lo menos, que no encuentran su referente político en las grandes fuerzas democráti-

cas que tienen perfil histórico en el país, que son la Democracia Cristiana, el Partido Comunista y el Partido Socialista histórico. Lo fundamental de estas fuerzas socialistas emergentes se constituyen íntimamente vinculadas al mundo cultural cristiano y de orientación anticapitalista.

Juan:

O sea, ¿más que una mera reunificación o reunión de partidos o ex-partidos es una formulación nueva?

Ya hoy día, la Convergencia es un fenómeno que se da en varios planos. Se da en el terreno de la rearticulación del cuadro político de partidos. Se da en los impulsos que surgen de movimientos sociales: básicamente estudiantiles, sindicales, territorial-populares y en la intelectualidad, que buscan una expresión política que sea capaz de recoger su experiencia práctica y la reflexión surgida en estos años de reconstitución y lucha social bajo las condiciones nuevas de la dictadura, y con una relación distinta a la histórica con los partidos y, más en general, con la política. Este proceso, que es real, no tiene todavía un curso predeterminado; incuba y tiene en germen —eso sí— la posibilidad de convertirse en un proceso que, finalmente, dé nacimiento a una nueva fuerza política en el país: socialista, democrática, popular y revolucionaria, que sea mucho más que la pura sumatoria —por integración o fusión— de los partidos que han vivido con más intensidad que otros los procesos de renovación de este tiempo.

Pedro:

Tú planteas una suerte de combinación entre refundación política y nueva representación de tradiciones políticas históricas. Ahora, en el campo de la representación de las viejas tradiciones políticas, pareciera que las más importantes para la Convergencia son el llamado tronco histórico socialista —el Partido Socialista— y las fuerzas políticas socialistas que emergieron de la crisis del reformismo, a fines de la década

del 60, o a principios del 70, y que hoy día son los partidos Izquierda Cristiana, MAPU y MAPU Obrero Campesino. Esto sin duda que le impone a la Convergencia, a lo que ya existe, una cierta tensión, dificultades y facilidades para su constitución. Mi pregunta es, ¿cómo ves tú, esas tensiones y cómo ves la inserción de esas tradiciones políticas en la Convergencia?

Desde el punto de vista de los partidos constituidos en el país existen estas dos vertientes de la Convergencia, por así decir. Por una parte, todo aquello que en el Partido Socialista apunta a su renovación, en un proceso complejo de rescate de sus tradiciones históricas más propias y fecundas y de confrontación con las nuevas realidades y exigencias.

Se intenta recuperar muchas de las características históricas más propias del viejo Partido Socialista: su carácter nacional; su dimensión popular y combativa; un proyecto de socialismo donde el problema de la socialización de poder y la democracia sea un elemento sustantivo (recuérdese la tesis de la república democrática de trabajadores); su pretensión de desarrollar una cultura marxista crítica y creadora; su ubicación internacional autónoma, solidaria con los procesos revolucionarios y de liberación y con un fuerte contenido latinoamericanista, etc.

Junto a este momento de recuperación histórica, el P.S. vive otro de adecuación a las novedades que plantea la derrota del 73 y las transformaciones del país en estos años de fascismo. Hay, por tanto, en curso en el PS tanto un proceso de recuperación de algunos elementos de identidad histórica, como el intento de poner esa tradición en consonancia con las nuevas realidades del país. Existe dentro del Partido Socialista todo un potencial renovador y convergente que se desarrolla en medio de una crisis partidaria como la que ha vivido el socialismo en estos años, que es bastante profunda.

Este proceso de renovación del PS no ha sido, ni va a ser fácil. Pero, en todo caso, no hay duda que a la Convergencia tal como hoy día se desarrolla, le vienen

del tronco histórico socialista aportes fundamentales, con todo lo que ello significa, además, como potencialidad de masas, en la medida que el Partido Socialista está presente, creo yo, en la memoria histórica de sectores importantes de la clase obrera y el pueblo chileno.

La otra vertiente partidaria, es la de los partidos que surgieron en la década del 60, en la crisis del reformismo y que se incorporaron de manera muy activa a todo el proceso que dio origen a la Unidad Popular y al Gobierno de Allende. Partidos que también han tenido en estos años, un itinerario bastante complejo. Han realizado, tomados en su conjunto, un aporte significativo en la lucha antifascista, en los procesos de reconstitución de los diversos movimientos sociales, en la presencia política en el mundo cristiano popular, en los procesos de renovación teórica en el campo del marxismo y, en fin, en la movilización social y política antifascista. Con todo, el proyecto original de estas fuerzas de constituirse por sí solas en un factor fundamental para superar las limitaciones históricas de la Izquierda no se realizó, ni tiene hoy día condiciones de realizarse. Estos tres partidos, cada uno por vías distintas, han llegado a esta conclusión y a proponerse la perspectiva de contribuir a la generación de una fuerza política superior, con lo que, además, el proceso de dispersión que caracterizó a esta área después del 72 se ha invertido por otro de signo opuesto, a partir del 79.

Se plantea en términos de la Convergencia, por tanto, un primer problema: cómo se integran estas corrientes políticas y estos concretos partidos en un proyecto común. No hay duda que allí surgen tensiones. Se trata de partidos que tienen distintas tradiciones y experiencias en estos años, que tienen diversas inserciones sociales, que tienen un tipo de reflexión teórica y política particulares. Pero que, a mi juicio, en sus propios desarrollos van apuntando a ciertas perspectivas centrales comunes.

Si bien es cierto que hay unas tensiones reales, se han venido desarrollando los contenidos teóricos e

ideales de un proyecto democrático y socialista compartido, así como una línea común de enfrentamiento a la dictadura. Se avanza en la articulación de la Convergencia en varios frentes de masas. La creación en 1982 del Secretariado de la Convergencia permite unificar la iniciativa política de los partidos que hoy están claramente definidos por el proyecto común. Existe en el exterior, asimismo, un movimiento convergente muy amplio. Todo ello contribuye a que las tensiones se desplacen a la necesaria confrontación ideológica y política en función de generar una fuerza política superior, y no se encapsulen en pugnas sectarias de orgánicas partidarias. Es evidente que no han desaparecido completamente los sectarismos de partido, y que aún —aquí o allá— reaparecen las ilusiones de que los actuales partidos convergentes pueden tener sentido por sí mismos. Tendencias éstas que aparecen con más fuerza cuando el proceso convergente encuentra dificultades o avanza lentamente. Con todo, la convergencia se va convirtiendo en una realidad política nueva.

A este proceso, aún en germen, hay que apostar. Salvo que se entienda el proceso convergente como un proceso que tienda puramente a recomponer el cuadro político anterior a la crisis actual de la Izquierda.

Juan:

Ahora, también existe la tendencia del Partido Socialista a buscar la reunificación socialista. ¿Tú crees que éste sería el fracaso de la Convergencia?

En absoluto. El PS enfrenta el problema de que todos los intentos de unificación, o dicho de otra manera, los esfuerzos por superar la actual disgregación del partido —esfuerzos que a mí me parecen muy valiosos— se tendrán que referir inevitablemente al problema de cuáles con los contenidos políticos y programáticos en torno a los cuales se desarrolle el proceso de reunificación. Y en la medida de que esos contenidos se vayan definiendo en la perspectiva de la

necesidad de renovar tanto el proyecto como el cuadro político de la Izquierda en el país, el proceso de reunificación puede ser coincidente con el proceso mayor de la Convergencia Socialista.

Podría conspirar contra el desarrollo de la Convergencia, una reunificación socialista que se hiciera de espaldas a las exigencias y los problemas actuales que enfrenta el movimiento popular y el país. Ella sería una reunificación que no tendría una mayor significación histórica. Pero en la medida en que se desarrolla en el Partido Socialista una sensibilidad creciente respecto de que aquí no basta rearmar, por así decir, el tronco histórico socialista, sino que los problemas son mucho más de fondo, yo no veo contradicciones esenciales entre los intentos por rearticular el socialismo histórico desde el punto de vista político y organizativo, con el proceso mayor de apuntar a la creación de una nueva fuerza política que sea una superación del cuadro actual, donde, sin duda el socialismo histórico tiene un aporte sustantivo que hacer.

Pedro:

¿Por qué sigues hablando del socialismo histórico en términos globales y no ves ahí, también, divisiones bastante profundas? Una parte del socialismo histórico hoy día rechaza y no concurre a la política de la Convergencia, ese es el problema.

Hablo de socialismo histórico porque creo que corresponde a un área política real en Chile, sin perjuicio que hoy día esté relativamente dispersa, tanto política como orgánicamente, pese a lo cual vive también —sobre todo en Chile— un proceso que apunta a su reunificación. Las tensiones políticas que vive el socialismo histórico de alguna manera reproducen las divergencias y opciones que han sacudido a la Izquierda en estos años, por ello el proceso de reunificación no puede soslayar definiciones de fondo, y consecuentemente se torna más complejo. El sector que encabeza Almeyda ha sido particularmente

reactivo a la renovación de la Izquierda y, hasta ahora, decididamente contrario a la Convergencia, aunque también —creo yo— existen en ese sector fermentos renovadores. En síntesis, creo que el proceso de definiciones internas en el socialismo histórico no está agotado, y que las alineaciones no han cristalizado de un modo definitivo. El desarrollo de la Convergencia, de otra parte, como una fuerza política operante va a influir en el debate en curso al interior del socialismo histórico.

Juan:

¿Crees que el proceso de creación de la Convergencia se tiene que dar, necesariamente, desde el comienzo con el PS, o a lo mejor se puede empezar por los otros partidos?

Yo parto del hecho que la Convergencia es un proceso que ya está desarrollándose en el país y en el exterior, y en la cual, ya desde el comienzo, se comprometen sectores y personalidades del PS. El Secretariado de la Convergencia Socialista que hoy día integran el Partido Socialista XXIV Congreso, los Mapus, y la Izquierda Cristiana, se ha constituido en 1982 como un referente político y de masas real. En el llamado Grupo de los 68, iniciativa que reúne y convoca a lo más activo de la intelectualidad de izquierda en el país y que ha sido un importante animador del proceso convergente, participan también numerosos compañeros socialistas. Yo diría que en el exterior esta participación en el movimiento convergente de sectores, militantes y dirigentes del Partido Socialista es, incluso, más activa y numerosa.

O sea, este proceso desde el comienzo involucra, por lo menos, a sectores importantes del socialismo histórico.

Pedro:

En el ámbito del socialismo histórico, se define a los concurrentes a la Convergencia como el MAPU, el MAPU-OC y la IC en general, como fuerzas cristianas,

o partidos de origen cristiano. ¿Cómo ves tú esa terminología? Sientes que representan efectivamente a sectores cristianos o representan otras cosas, además.

Es una terminología imprecisa. En dos sentidos por lo menos. Primero, en el sentido de que algunos de esos partidos, durante mucho tiempo, no han pretendido constituirse en la expresión política única de los cristianos socialistas. Es el caso de los dos MAPU, por lo menos. Partidos que, durante todo este tiempo, se han autodefinido como fuerzas marxistas, y que incluso, han hecho una contribución no poco importante al desarrollo del marxismo en el país y en la Izquierda. Creo sí, que son partidos que han tenido históricamente, y siguen teniendo, una particular preocupación por toda la problemática de la incorporación del mundo cristiano, popular y progresista a un proyecto socialista. Creo que ese ha sido un elemento que ha estado tanto en la formulación explícita de uno de estos partidos como la Izquierda Cristiana, como en la práctica de todos ellos.

Sin perjuicio de lo anterior, yo creo que estos partidos no expresan, no son un referente político suficiente para un amplio campo del mundo cristiano que se desarrolla en una perspectiva democrática, y eventualmente socialista. Sectores que han crecido de manera importante en estos años, que tienen expresiones en el terreno tanto cultural como social y que no tienen hoy día referente político claro. Ellos constituyen —a mi juicio— un componente esencial del proyecto de partido que a través de la Convergencia debería desarrollarse en el país, y deberán integrarse a él en primera persona y no simplemente mediados por los partidos existentes. Estos tres partidos, de los partidos hoy día existentes son los que tienen más vinculaciones con toda esta franja del mundo cristiano que se orienta en una perspectiva socialista. Pero que tengan esas vinculaciones no significa, para nada, que expresen ese fenómeno cabalmente desde el punto de vista político y cultural.

Juan:

Ahora, esta Convergencia, ¿tendría necesariamente una base marxista-leninista?

No. Lo que se trata de construir es una fuerza política que no se defina por su afiliación a una determinada ideología, con pretensiones de proporcionar una explicación global, digamos, del mundo, la naturaleza y la sociedad, sino que una fuerza que se defina, que se constituya y que se identifique en función de un concreto programa de transformación democrática y socialista de la sociedad chilena. Y que, desde el punto de vista más teórico, se identifique con una determinada cultura democrática y socialista. Cultura a la que concurren diversas aproximaciones teóricas e ideológicas, dentro de las cuales, el marxismo a mi juicio, es un componente esencial pero no único, ni el elemento articulador de la identidad histórica de la nueva formación política.

No hay duda que en la Izquierda chilena éste es un elemento de novedad. Por otra parte, es la única manera de construir una fuerza democrática y socialista que efectivamente dé espacio al conjunto de corrientes socialistas que existen y que se pueden desarrollar en el país; y que no se van a constituir en torno a una adscripción ideológica sino que se van a constituir en torno a una concreta visión de nuestra realidad y de la realidad del mundo contemporáneo; a una visión de los caminos de transformación democrática que hay en la sociedad chilena y a un proyecto socialista para un país como el nuestro.

No es, por tanto, una fuerza que defina su identidad en torno a determinada teoría o ideología. Sí, pienso yo, una fuerza donde el marxismo sea una corriente que tenga una poderosa influencia teórica y cultural.

Pedro:

¿Cómo ves tú el abandono de los partidos de tipo ideológico que yo creo que caracterizaron a la izquierda chilena en la época del 70?

Me parece una conclusión inevitable tanto de nuestra experiencia como de nuestra reflexión de estos años. En una sociedad como la nuestra, un proyecto socialista es alimentado por diversas corrientes culturales: el marxismo, en sus diversas manifestaciones; el tipo de pensamiento cristiano desarrollado con fuerza en América Latina desde Puebla, con todo lo que significa, además, como compromiso de sectores significativos de la Iglesia y el mundo cristiano con la lucha por la liberación de nuestros pueblos; y en menor medida, pero como una corriente real, el socialismo de raíz cultural racionalista y laica. En estas corrientes ideales se identifican amplios sectores del pueblo, no constituyen un puro fenómeno, llamémoslo, intelectual. Estos son los datos de la realidad. En el terreno político no es posible responder a esta realidad con un tipo y una concepción de partido que parta del supuesto de que la única teoría capaz de dar coherencia y racionalidad a la lucha por el socialismo es el marxismo.

Simplemente porque es un supuesto, a estas alturas, falso; en el sentido de incompleto.

En nuestro caso, concurren a la formulación y a la lucha por el socialismo aportes significativos de inspiración cristiana. En el —o los— partidos que aspiran a dirigir la transformación socialista esos aportes deben tener cabal expresión. ¿Esto significa que cambiamos el marxismo por la teología de la liberación, o que intentamos una nueva síntesis teórica que los “supere” a ambos? En absoluto. El camino de solución es que el partido se constituye en torno a un proyecto de transformación social: democrático y socialista, y que al mismo tiempo contribuya a generar y a hacer dominante una cultura socialista de masas, constituida con el aporte de todas las corrientes de orientación socialista.

No hay tampoco en esta concepción —como algunos pretenden— un “abandono” del marxismo. Al contrario. El marxismo constituye un componente esencial de la teoría y la cultura socialista contemporánea, es una poderosa fuerza transformadora. En el

diálogo —y la confrontación— con las otras corrientes ideales —tanto dentro del partido como en la sociedad— se verificará su vigencia y fecundidad teórica y científica. A lo que ya no aspiramos es a que el marxismo pretenda arrogarse una superioridad científica y cultural a priori, por decreto, ni en el estatuto del partido, ni mañana en la constitución del país.

Juan:

¿En ese partido tendrán más fuerza las capas medias de profesionales y de trabajadores de cuello y corbata que los obreros y campesinos?

La presencia de unos, no resta la presencia e importancia de otros. La tuya es una falsa manera de plantear las cosas.

Desde el punto de vista de su inserción social, apuntamos a un partido que exprese al conjunto de clases subalternas y explotadas de nuestra sociedad, y que las constituya en el sujeto histórico de la transformación democrática y socialista de la sociedad chilena. Por ello, hablamos de un partido popular, centrado, claro está, en el mundo del trabajo y los trabajadores manuales e intelectuales; pero que entiende que en una sociedad como la chilena el capitalismo subordina y explota a capas sociales que van mucho más allá de la clase obrera. El objetivo es, entonces, convertir al pueblo en el protagonista de la transformación social, y no solamente a una parte de él. Ello no disminuye la importancia determinante de la clase obrera en el proceso revolucionario de un país como el nuestro; obliga eso sí a superar una concepción obrerista estrecha. La noción de un partido popular portador de un proyecto de transformación radical del capitalismo, democrático y socialista, me parece que responde mejor al tipo de partido que necesitamos que la clásica del “partido obrero”, tal como se ha entendido entre nosotros.

Juan:

Desde varios sectores de la Izquierda, se considera que

las fuerzas convergentes son —globalmente— socialdemócratas. ¿Cuáles son las diferencias con la socialdemocracia?

El movimiento obrero de orientación social-demócrata, en la historia de todo este siglo, ha sido incapaz de realizar el socialismo, sin perjuicio del papel que ha jugado en numerosos países de Europa en la defensa de los intereses de los trabajadores, en la ampliación de la democracia política y en la conquista de reformas progresistas.

Nosotros, en cambio, pretendemos desarrollar una lucha que apunta a una sustitución de la sociedad burguesa y del capitalismo.

Juan:

También la calificación de socialdemócrata para la Convergencia tiene que ver con el carácter "pacífico" de su línea política. ¿Pensando en América Latina, es posible terminar con las dictaduras sin lucha armada? Y por otra parte, ¿conspira la lucha armada contra el carácter democrático del proyecto político?

Tengo la impresión de que se confunden los términos. No descarto en abstracto la pertinencia de la lucha armada. Y, además, en teoría la considero compatible con una perspectiva democrática. En determinadas circunstancias puede ser la única manera de terminar con regímenes dictatoriales. Asimilar una determinada estrategia de lucha por la democracia a los contenidos democráticos o no democráticos del proyecto político me parece que es una simplificación de las cosas.

De hecho, incluso algunas democracias de base capitalista que imperan en América Latina han surgido de guerras civiles, como la de Costa Rica, o de procesos que combinaron la insurrección de masas y la división del ejército como el caso de Venezuela, para no hablar de procesos revolucionarios más profundos y recientes como el de Cuba y Nicaragua.

Ahora, ¿es posible en América Latina —y específi-

camente en los países donde hay dictadura— que los procesos de democratización no pasen por enfrentamientos armados? No cabe la dogmatización en el sentido contrario. Yo creo que eso es posible en muchos de ellos. En la mayoría de los países sudamericanos me parece la única posibilidad histórica. El caso que parece más obvio hoy día, es el de Brasil. No veo, y hasta ahora nadie ve, por ejemplo, que el desarrollo de la democracia en Brasil tenga que pasar por enfrentamientos armados.

Pedro:

La pregunta tendría que ser, si es posible que en ese país la democracia funcione.

Correcto. No hay ninguna perspectiva progresista en este continente que no pase por una lucha muy resuelta por la democracia. Yo creo que esa sí es una constatación que tiene un carácter continental.

No es una abstracción decir que hoy día se desarrollan a nivel continental contradicciones cada vez más reales entre las fuerzas que están detrás de experimentos autoritarios y fascistoides, y un arco cada vez más variado de fuerzas nacionales que pugnan por la democracia. Yo creo que vivimos ese proceso, con altibajos, pero que se desarrolla a nivel continental. Desde el punto de vista de las fuerzas democráticas se plantea también la cuestión general de cuáles son las condiciones para que se desarrollen regímenes democráticos que tengan condiciones de estabilidad.

Esta es una preocupación común de sectores políticos muy diversos a nivel continental. Las hipótesis más pesimistas nos auguran un fin de siglo donde el continente se va a mover entre situaciones democráticas muy precarias y regresiones militares autoritarias. Hipótesis que tiene que ver, además, con la relativa fragilidad de los procesos de apertura democrática que estamos viviendo hoy día —como el de Bolivia, por ejemplo— o con las dificultades que enfrenta la apertura como en Argentina. Por no hablar de Chile, que en todos estos procesos va

algunos pasos más atrás. Mi opinión es que no hay perspectivas de democratización más o menos estables si no se cumplen dos condiciones: la primera, es la de generar en nuestros países un tipo de bloque político y social democrático muy amplio y mayoritario.

Y la segunda, es que en el continente la democracia es muy poco viable como sistema político si no enfrenta y tiende a superar los graves problemas del atraso, del subdesarrollo y de las desigualdades sociales. Lo que a su vez obliga a modificar muy profundamente nuestras relaciones con el mundo capitalista desarrollado, lucha que no es posible librar a escala puramente nacional. De allí el carácter necesariamente latinoamericanista, antiimperialista y tercermundista de una política democrática con perspectivas de largo aliento en América Latina.

Por lo tanto, no es posible pensar que la lucha por la democracia se reduce puramente a la lucha por las reformas en el terreno político y del Estado, ella va necesariamente acompañada por procesos más o menos sustantivos de transformaciones económico-sociales que den a estos países una perspectiva de desarrollo viable.

A estas dos condiciones agregaría una tercera: y es que la democracia será muy inestable en este continente si no se enfrenta de manera muy resuelta la democratización de nuestras fuerzas armadas. Si no, todas las aperturas democráticas y todas las transformaciones parciales del Estado, resultarán en democracias interdictas y sujetas finalmente a los humores de los cuarteles.

Pedro:

Desde fines de la década del 50 existía en el país una política de izquierda que se confrontaba con una política de centro. Ese esquema perduró hasta 1973. Hoy día nos desplazamos hacia un esquema distinto: hablamos de una política democrática que comprende la izquierda y el antiguo centro. En este sentido la Unidad Popular ya no corresponde a un programa político particular. ¿Qué es lo que especifica hoy día

una política de izquierda, distinguible globalmente de una política democrática y qué sentido tiene reconstruir un bloque de izquierda?

En la actual circunstancia histórica del país, el énfasis principal en el terreno de las alianzas políticas es el de construir un bloque democrático de larga perspectiva que sea capaz de superar las divisiones históricas de las fuerzas democráticas, que hoy día perfila una alternativa suficiente a la dictadura y, una vez que ésta se derrumbe, que sea capaz de fundar un orden político democrático estable. Todas estas tareas requieren como condición política para su plena realización, de un bloque de fuerzas democráticas que coincida —por lo menos— en los contenidos fundamentales del nuevo orden político y en los parámetros básicos de una estrategia nacional de desarrollo. La realización práctica de esa política encuentra obstáculos y dificultades. Pienso que la Convergencia Socialista juega su destino histórico en función de constituirse en una fuerza nacional decisiva que la haga posible. En un cuadro en el que las fuerzas centrales y ordenadoras del arco democrático sean la Democracia Cristiana y el Partido Comunista esa política puede encontrar obstáculos infranqueables para su realización. Nos proponemos por tanto, constituir una fuerza que realice una contribución sustantiva para resolver los problemas cruciales del desarrollo democrático del país.

En el marco de esta orientación general tiene sentido tu pregunta: qué es lo que hace necesario, qué es lo que especifica un entendimiento particular entre las diversas fuerzas de la izquierda. Este es un debate abierto, en el que será necesario entrar sin prejuicios ni tabúes. Personalmente pienso que dentro del arco democrático hay determinadas fuerzas que tienen —o llegarán a tener— una perspectiva socialista. Aspiramos a que esas fuerzas sean considerablemente más amplias —social e idealmente— que la izquierda histórica. Ello hará que el conjunto de fuerzas del arco democrático que coincidan en un proyecto

democrático y socialista para Chile, puedan constituir un área de afinidades mayores que con el resto. En este sentido, todos los problemas hoy día planteados en torno a la unidad de la izquierda deberán resolverse en el nuevo contexto de una política de bloque democrático y tendrán como exigencia que efectivamente se desarrolle una perspectiva común respecto a un proyecto democrático y socialista para Chile, así como una estrategia para llevarla a cabo.

Existe otro elemento que puede especificar una política de las fuerzas socialistas, y es su propósito de ser expresión principal y privilegiada de los sectores populares y del mundo del trabajo. En la medida en que la izquierda —como en el pasado— logre este propósito, las demandas y los intereses de los trabajadores exigirán que desarrolle una línea de entendimientos que serán fundamentales para consolidar la democracia y crear las condiciones de una hegemonía socialista en el país.

Sobre cuestiones de política internacional

Pedro:

Hacia fines del Gobierno Popular, en el MAPU se fue consolidando una visión de la política internacional que podríamos llamar de completo alineamiento con el campo socialista y particularmente con el PCUS y la Unión Soviética. ¿Sigue ésta siendo una visión válida; en qué aspectos se han producido cambios y maduraciones?

La visión que hoy día tenemos de los problemas de la política internacional es mucho más madura y compleja que la de 1972. Difiere, además, de ella en aspectos importantes en cuanto a la óptica con la cual analizamos hoy día los fenómenos mundiales. Estos cambios se originan en una maduración de nuestra reflexión, en una ampliación espectacular de nuestra práctica internacional en estos últimos años, con un exilio tan numeroso, y también en el surgimiento de fenómenos nuevos que eran impensables —al menos para nosotros— diez años atrás. Pongo un solo ejemplo: la guerra chino-vietnamesa, primera guerra formal entre estados socialistas en el mundo, no ha sido sólo un episodio trágico y doloroso como tantos en la vida internacional o una nueva demostración de prepotencia de una potencia grande respecto de una pequeña. Para una conciencia de izquierda y socialista, obliga a revisar —o al menos a replantear— algunos de los supuestos sobre los que construía su visión del mundo contemporáneo.

Nuestra óptica original reduce toda la temática de las contradicciones y de las relaciones internacionales a la contradicción básica entre el capitalismo y el socialismo a nivel mundial, que reflejaría a su vez la

contradicción y la lucha más esencial entre proletariado y burguesía como categorías universales. Este es un núcleo muy constitutivo del pensamiento internacional, tanto del MAPU, como de otras fuerzas de izquierda. Esta óptica concebía, además, al campo socialista y, más allá de él, al movimiento revolucionario mundial como un campo homogéneo, con contradicciones secundarias, claro está, pero portador de una esencial unidad. Claro, aunque en los 70 ya no era posible sostener la tesis del Partido guía de la revolución mundial propia de la III Internacional, la óptica general era heredera directa de aquélla. Así y todo, en el pensamiento de Rodrigo Ambrosio, la idea de la independencia, no sólo política sino también ideológica y teórica de los principales partidos y países socialistas está muy presente. Sin embargo esa óptica se diluye a su muerte en una adscripción muy marcada a la línea del PCUS, es un período en el que no existían además contradicciones entre los intereses de la Izquierda y el Gobierno de Allende y la República Popular China, como objetivamente ocurrió después del 73.

En esta óptica, la temática propia del Tercer Mundo y de nuestras concretas peculiaridades históricas; las contradicciones entre los estados socialistas y la importancia contemporánea de los intereses nacionales, y muchos otros tenían un escaso o marginal espacio teórico. En suma, los conflictos, contradicciones y problemas que no obedecen a la lógica de la confrontación entre el capitalismo y el socialismo histórica y estatalmente constituido, o no eran registrados, o lo eran muy esquemáticamente en esa visión del mundo.

Pedro:

¿Tú crees que esa visión era general en la Izquierda o que sobrevivió otra distinta, como la original del Partido Socialista?

A nivel de la Izquierda existió una tradición distinta, básicamente socialista, que es claramente diferente de

la anterior. Ella apunta a una política de no alineamiento dentro del arco de las fuerzas revolucionarias. Esta formulación es muy explícita en el P.S. desde su fundación. Precisamente uno de los elementos que define al P.S. en el terreno internacional es la permanente negativa a ser parte de ningún sistema internacional de partidos. En esa tradición hay también una mayor sensibilidad hacia la problemática del Tercer Mundo y una óptica que privilegia a América Latina como el escenario central y más próximo de la actividad internacional de la izquierda chilena.

De otra parte, en todos los partidos de la Unidad Popular se dio una política internacional del Estado chileno en cuanto tal, que no tuvo los mismos contenidos de la línea internacional de los partidos. Ello permitió que la política internacional del gobierno de Allende fuera una política que podríamos definir de no alineamiento activo, con un gran énfasis en el desarrollo de la solidaridad latinoamericana en todos los planos, abierta en sus vinculaciones internacionales, solidaria de los procesos de liberación nacional, defensora de los intereses territoriales del país mediante medios pacíficos y diplomáticos, etc... Es decir, una orientación general que —con las correcciones que impone el paso del tiempo y los nuevos acontecimientos mundiales— creo que se podría suscribir sustancialmente en 1982. Ocurría, en todo caso, que una parte de los partidos de la izquierda tenían unas concepciones de las relaciones internacionales de las que no se desprendía necesariamente la política internacional que sustentaban para el Estado chileno que dirigían. Un nuevo divorcio entre teoría y práctica, cuestión en la que hemos insistido bastante en éstas conversaciones. Este divorcio se veía favorecido, además, con la circunstancia de que la política internacional que nosotros planteamos y realizamos como gobierno, en los grandes temas internacionales no encontraba contradicciones fundamentales con la política del campo socialista, y en particular de la Unión Soviética, así como —en esos años— con la de China Popular.

Todo ello hizo que la política internacional del Presidente Allende encontrara un gran consenso en la U.P., y en general, en el país.

Pedro:

¿Cuáles son los cambios principales que se han operado en estos años respecto de la visión de las relaciones internacionales que tú y la gente de tu partido y generación tenían en 1973?

Son de diverso signo y magnitud. En parte corresponden a desarrollos que ya estaban incubados en nuestra práctica anterior, en parte a reflexiones nuevas realizadas conjuntamente con una práctica internacional muy activa en estos años. En general se corresponden, yo diría, con el proceso general de génesis y maduración de nuestra propuesta —democrática y socialista— para la sociedad chilena.

En particular creo que tenemos hoy día una visión más compleja y madura de los conflictos y contradicciones que agitan al mundo contemporáneo. Al mismo tiempo una visión menos ideológica, más laica diría, del campo socialista, lo que permite que tanto el socialismo contemporáneo como sus políticas internacionales sean también objeto de análisis y crítica, en la medida que no las consideramos una especie de encarnación viviente y necesaria de los “intereses del proletariado mundial”, sino, concretas realidades históricas con sus logros y sus limitaciones. Tenemos una mayor sensibilidad respecto de los problemas específicos de Chile en función de su particular inserción internacional en la periferia capitalista, y en el contexto particular de América Latina. Creo que hemos aprendido a conocer y valorar en estos años lo que genéricamente podría denominarse movimiento democrático y progresista del mundo occidental, lo que sin duda ha ampliado nuestra visión de esas sociedades —tanto en Europa como en los Estados Unidos— y la importancia para un país como el nuestro de vincularse a dichos fenómenos políticos y culturales. No hemos

cambiado nuestro antagonismo básico con el imperialismo contemporáneo, ni nuestra actitud de solidaridad con los pueblos que luchan por su emancipación.

Quizás si la transformación principal de nuestro pensamiento en este plano es que concebimos e intentamos diseñar una política internacional a partir de los intereses y peculiaridades históricas de Chile como nación, y de los elementos ideales que están en la base del proyecto democrático y socialista que postulamos para su desarrollo, y no de un proceso de deducción a partir de una determinada teoría general del mundo y la sociedad aplicada al terreno internacional.

Pedro:

Tú señalas dos grandes áreas de quiebre con la anterior visión internacional. En primer lugar, la superación de una manera, podríamos decir, bifrontal de pensar las cosas: una desde el Estado, y otra desde el Partido. Tú postulas, como Convergencia una misma opción política para ser desarrollada desde el Estado y desde el Partido. Pero también señalas elementos de modificación de la visión del escenario internacional, que se traducirían en una política no alineada. Respecto a esto último, muchos han sostenido —o sostienen— una política tercermundista sobre la base de la tesis de la existencia de dos imperialismos que dominan la escena mundial y que por lo tanto el no alineamiento se caracterizaría por la idéntica distancia respecto de la Unión Soviética y los EE.UU., suponiéndole a ambas potencias intenciones de dominación básicamente idénticas. ¿Tu propuesta de no alineamiento se sostiene en esta tesis?

No. Yo no fundamento una política de no alineamiento en la tesis de la existencia de dos imperialismos que, finalmente, reproducen una idéntica lógica de dominación mundial. Me parece una tesis que no considera el carácter específico del imperialismo contemporáneo como tendencia histórica del desarrollo capitalista; sus efectos económicos y políticos

en los países de la periferia y la íntima relación entre el colonialismo y las modernas formas de dominación económica y política, y el desarrollo del centro capitalista. La lógica misma del sistema capitalista lleva a la transnacionalización creciente de la economía y a la superación de las barreras nacionales para la libre circulación de los capitales. Los efectos políticos de esa lógica los conocemos, las tendencias al control político de los estados nacionales y a la subordinación militar a través de los tratados y alianzas para la "defensa hemisférica". Para nosotros, latinoamericanos, el carácter imperialista de la mayor potencia capitalista del mundo no es necesario ir a buscarlo en libros y teorías: está escrito —muchas veces con sangre— en la historia de todos nuestros pueblos.

El socialismo contemporáneo ha logrado desarrollarse y constituirse en la Unión Soviética como una gran potencia industrial y militar sobre la base de una gigantesca movilización de sus recursos internos —humanos, naturales y productivos— sin recurrir a la explotación económica de otros pueblos. Este es un dato central, que vale también para la otra gran potencia socialista: China Popular. En la lógica del sistema socialista no está necesariamente inscrita la necesidad de subordinar a otros pueblos.

Si uno analiza la historia, por ejemplo, de la carrera armamentista verá con claridad que la delantera la han llevado siempre los EE.UU., desde la bomba atómica hasta el propósito explícito de Reagan de alcanzar la supremacía militar norteamericana, lo que destruye uno de los supuestos y condiciones de la coexistencia pacífica en el estado actual de las relaciones internacionales: el equilibrio militar, base indispensable para avanzar posteriormente a un desescalamiento de la carrera armamentista. Se puede afirmar que a la URSS no le conviene la carrera armamentista en los niveles actuales: le sale muy caro mantener la paridad militar con una economía más débil que la americana, paga esa paridad con atrasos en otros sectores económicamente claves, afecta los

niveles de consumo de las masas soviéticas, etc. En los EE.UU. la situación es otra, el gasto militar puede ser usado como uno de los mecanismos —y ha sido utilizado así— para enfrentar crisis recesivas. No es consistente, por tanto, la tesis de los dos imperialismos.

Ocurre eso sí que —cualquiera haya sido su origen y sus responsables— la política de bloques crea sus propias dinámicas; y la política de la URSS no está exenta de manifestaciones negativas, y principalmente de la tendencia a privilegiar sobre toda otra consideración los intereses geopolíticos del Estado. Cuando ello ocurre en el caso de la URSS es doblemente complicado para las fuerzas progresistas y socialistas, porque esos intereses son presentados como los intereses del socialismo o del proletariado mundial. No digo que ésta sea la única lógica de la política exterior soviética —hay que tener en cuenta el apoyo a los procesos de liberación nacional— pero es una lógica presente, y que permite explicar acontecimientos —cómo la intervención de Afganistán, por ejemplo— que de otro modo no tendrían explicación ni lógica posibles.

En todo caso, la superación de la lógica de bloques como elemento ordenador de la convivencia internacional es hoy día una condición de la autonomía nacional de la mayor parte de los países del mundo, y yo diría incluso que de la supervivencia de la humanidad. En esta profunda necesidad histórica fundamento una propuesta de política de no alineamiento activo para Chile. Política que no se define por una suerte de equidistancia geométrica respecto de las grandes potencias, sino por los objetivos que se propone conquistar en el terreno de las relaciones internacionales: la coexistencia pacífica y la utilización de los inmensos recursos que consume la carrera armamentista de las grandes potencias a reducir los agudos problemas que enfrenta la humanidad; la modificación de las actuales relaciones económicas entre el centro capitalista y el Tercer Mundo en la perspectiva de crear un nuevo orden económico

mundial; la defensa de la soberanía nacional, del principio de no intervención y el término de la división del mundo en zonas de influencia; la defensa y regulación del uso de los recursos naturales que son patrimonio de la humanidad, etc.

Las relaciones del movimiento de los no alineados, de las agrupaciones regionales o países o de naciones individuales con las grandes potencias deberían calificarse en función de la actitud concreta de éstas frente a dichos objetivos.

Pedro:

En tu planteamiento respecto de los dos bloques que predominan en la escena internacional y de la necesidad de ampliar dicha escena a más sujetos que las superpotencias. ¿Cómo inscribes todo el problema del equilibrio armado y de la carrera armamentista que llevan a cabo principalmente —los EE.UU. y la URSS— y que constituye uno de los problemas fundamentales para la paz?

Si se quiere avanzar en un tipo de convivencia internacional que permita resolver los problemas más agudos de la humanidad —y los principales de ellos se dan en el Tercer Mundo— una cuestión fundamental es la afirmación de la autonomía y la soberanía nacionales.

En un mundo como el actual esta afirmación —si de verdad pretende realizarse— obliga paradójicamente a ir a la configuración de unidades mayores que los estados nacionales. Esto es así para la inmensa mayoría de los países del mundo y de manera muy particular para los países del Tercer Mundo. Sólo grandes estados como China o India pueden aspirar a un rol completamente autónomo en la escena mundial, y aún así, con grandes dificultades.

Para nosotros esta necesidad y nuestra inserción en un área con intereses comunes e importantes elementos de identidad histórico-cultural, hace que un elemento básico de nuestra política internacional sea su definición latinoamericanista.

La multipolaridad —elemento nuevo y clave para el desarrollo pacífico de la humanidad— plantea tam-

bién esta necesidad de integraciones mayores de aquellos estados particularmente afines. La lógica de bloques dificulta este objetivo en la medida en que privilegia la bipolaridad.

Romper la lógica de bloques es —entonces— un objetivo central de prácticamente todos los pueblos del planeta, en la medida en que todos saldrían beneficiados. Para ello es fundamental garantizar la paz y terminar con la carrera armamentista que no sólo pone al mundo permanentemente al borde de la guerra, sino que es insensata en sí misma ya que parece más o menos claro que ninguna potencia podrá alcanzar la hegemonía militar, o dicho de otra manera, la eventualidad de una destrucción mutua y simultánea constituye un dato permanente de esta absurda paz armada en que vive el mundo.

El equilibrio militar se ha convertido así en una condición de la paz y de la viabilidad de los esfuerzos que tiendan a congelar la carrera armamentista en los niveles actuales, para avanzar luego a una política de desarme nuclear progresivo. Quien intente romper el equilibrio militar, pone al mundo al borde de la guerra e imposibilita, de hecho, la distensión y la emergencia en la escena internacional de la pluralidad de sectores e intereses que caracterizan al mundo contemporáneo. Todo ello sin introducir el otro argumento fundamental de que la destinación siquiera de una parte de las energías humanas, científicas y económicas destinadas a mantener estos crecientes equilibrios militares a resolver los agudos problemas sanitarios, nutricionales, de vivienda, etc., que azotan a millones y millones de hombres lograría en pocos años hacer de la tierra un lugar habitable para los hombres. Por todo ello los problemas de la paz, las grandes cuestiones internacionales deben interesar tan vitalmente a todos los pueblos: se juegan allí —por distantes que a veces ellos aparezcan— una parte importante de nuestros propios destinos.

Pedro:

En un diseño como el que señalas, de una política no

alineada y que busca romper la bipolaridad se van a producir contradicciones con las grandes potencias. Por nuestra ubicación —tanto geográfica como económica— obviamente los problemas principales los vamos a enfrentar con los EE.UU., con su política en la región y con las formas de desarrollo que ha adquirido el capitalismo a nivel mundial. En ese sentido, ¿cuál es él —o los— ámbitos en el que Chile debería desarrollar esa política y cuáles son los contenidos y los temas que pueden sustentar una política común con otros países?

El ámbito más natural —y privilegiado— es el de América Latina, tanto porque a nivel continental enfrentamos problemas muy comunes, problemas que se originan en nuestra concreta ubicación en el sistema capitalista mundial y por la circunstancia de que los EE.UU. han definido —desde antiguo— a nuestro continente en su área más directa de influencia e, incluso, en su cinturón de seguridad como es el caso de América Central y el Caribe. A los problemas e intereses comunes se agrega la existencia de una identidad histórico-cultural que es también muy real. Las ideas latinoamericanistas, la necesidad de la unidad continental nace, prácticamente, junto con nuestros pueblos como sujetos históricos. No partimos de cero: desde Bolívar, San Martín, O'Higgins, Artigas, Martí y los demás fundadores de nuestras patrias y nosotros, existe una continuidad de propósitos que tiene profundas raíces en nuestros pueblos.

¿Cuáles son los contenidos actuales de una perspectiva latinoamericana común? Son múltiples. Sin pretender agotar un tema amplísimo, me parece que en primer lugar la necesidad de alterar el tipo y la calidad de nuestras relaciones económicas con el mundo capitalista desarrollado. La lucha por modificar el actual orden económico mundial y crear uno nuevo, constituye un eje central de una perspectiva latinoamericana común. La acción conjunta en la defensa de nuestros intereses económicos tienen un enorme e inexplorado campo. Piénsese, por poner un

solo ejemplo, cuánto aumentaría hoy día nuestra capacidad de negociación para enfrentar los problemas de una deuda externa agobiante si creamos un frente común para su negociación.

La integración económica me parece un segundo contenido fundamental, tanto en sistemas subregionales —tales como el Pacto Andino o el Mercado Común Centroamericano— y regionales. La fundamentación es obvia: nuestras economías, aun las mayores, tienen problemas en cuanto a la dimensión de sus mercados —de una parte— y requieren defenderse de la penetración incontrolada de las transnacionales, de otra.

Un tercer elemento fundamental es la lucha por convertir a nuestro continente en una zona de paz, desnuclearizada y neutral respecto de la confrontación entre los bloques militares. Ello supone una gran lucha a nivel continental contra la ingerencia americana en el área y especialmente contra la política intervencionista de Reagan. En este sentido se libra hoy día en América Central una batalla decisiva para todos nuestros pueblos. Los intentos de destruir la revolución nicaragüense y la intervención en El Salvador pretenden frenar los procesos de liberación en toda el área y constituyen una regresión inadmisibles en las relaciones entre América Latina y los EE.UU.

La neutralización del continente supondrá una activa política para impedir la proliferación de las armas nucleares y la revisión de los lazos militares que ligan a nuestros países y ejércitos con los EE.UU. El sistema de seguridad interamericano ha naufragado completamente con ocasión de la guerra de las Malvinas. Se trata de sacar las conclusiones del naufragio.

Al mismo tiempo la perspectiva de hacer de nuestra área una zona de paz supone resolver satisfactoria y pacíficamente los conflictos que —arrastrados la mayoría desde el siglo XIX— ensombrecen las relaciones entre muchos de nuestros países y dan pretexto para la creación de conflictos artificiales y absurdos,

e incluso amenazas de guerras locales. Específicamente para Chile, ello significa resolver los litigios pendientes con Argentina y enfrentar activa y creadoramente la legítima aspiración boliviana a tener un acceso soberano al Pacífico.

Finalmente, creo que otro ingrediente de nuestra óptica latinoamericana es la lucha a nivel continental por la democracia. Sólo en la democracia nuestros pueblos podrán enfrentar y superar sus problemas. Es esta una dura lección de estas últimas décadas. No podrán nuestros pueblos desarrollar su protagonismo histórico si no construyen sistemas políticos que lo permitan.

Agregaría que el hecho de que América Latina y el Caribe sea el escenario privilegiado de nuestra política internacional no puede significar que sea el único. No proponemos una política encerrada en nuestra área. En el mundo actual sería anacrónico y ridículo. Debemos tomar parte activa en el movimiento de los no alineados del que somos naturalmente parte integrante; reinaugurar una política amplia de intercambios de todo tipo con los países socialistas; profundizar nuestras relaciones con Europa Occidental apoyándonos fundamentalmente en las amplias fuerzas que allí han favorecido la democratización de América Latina y son sensibles a la problemática del mundo del subdesarrollo; esforzarnos por reestablecer con los EE.UU. unas relaciones basadas en el respeto mutuo y en la cooperación.

Indice

	Pág.
Primer día	
Sobre la Unidad Popular y el período 1970-1973	9
Segundo día	
Sobre la Dictadura, las transformaciones del país y la Izquierda	35
Tercer día	
• Sobre democracia y socialismo	69
• Sobre el proceso de transformación socialista	80
Cuarto día	
Sobre los socialismos reales	93
Quinto día	
Sobre el derrocamiento de la Dictadura y la transición democrática	115
Sexto día	
• Sobre la Convergencia Socialista	153
• Sobre cuestiones de política internacional	171

“La teoría y el discurso dominantes de la Unidad Popular fueron incapaces de articular coherentemente la lucha por la democracia y el socialismo”.

“Tal como nosotros, la Democracia Cristiana no puede excluirse de una severa autocrítica histórica en la medida que la experiencia de estos años trágicos debe servir para el futuro”.

“En el socialismo no se detienen los procesos ni las contradicciones sociales, ni los problemas políticos. Se pueden detener por un tiempo, incluso se puede utilizar la fuerza para ello como en Polonia, pero finalmente son sociedades dinámicas”.

“Se justificaron así en el nombre de Marx y de Lenin, políticas que en pocas ocasiones contradecían explícitamente el pensamiento de los fundadores del marxismo”.

“Sin hacer afirmaciones grandilocuentes, en el Chile que imagino hacia adelante, si la Izquierda no se renueva en aspectos sustantivos no va a tener el rol que tuvo en la vieja república”.

“A lo que no aspiramos es a que el marxismo pretenda arrogarse una superioridad científica y cultural a priori, por decreto, ni el estatuto del partido, ni mañana la constitución del país”.

JAIME GAZMURI MUJICA

**Nacló en Santiago de Chile en 1944.
En 1965 se tituló como Ingeniero
Agrónomo por la Facultad de
Agronomía de la Universidad
de Chile.**

**A fines de los sesenta fundó, junto a
Rodrigo Ambrosio y otros dirigentes
de la Democracia Cristiana, el
Movimiento de Acción Popular
Unitaria, MAPU, partido que nació
como desgranamiento del gobierno
democratacristiano de Frei para
transformarse rápidamente en una
organización relevante en la
conformación de la Unidad Popular
y en el gobierno de Salvador Allende.**

**Gazmuri fue desde su fundación
Subsecretario General y miembro de
la Comisión Política del nuevo partido.
Después de la trágica muerte de
Ambrosio, en 1972, pasó a ocupar
el cargo máximo de Secretario
General, responsabilidad que mantiene
hasta la publicación de este libro.**

**Con distintas identidades supuestas,
Gazmuri permaneció en Chile después
del 11 de septiembre de 1973,
trasladándose a vivir a Roma sólo en
1975 para efectuar distintas giras de
información y solidaridad.
Desde 1976 vive por períodos en Chile,
trabajando por la recuperación
democrática y la Convergencia
Socialista. En una de sus estadas
recientes pudo hacerse este libro.**